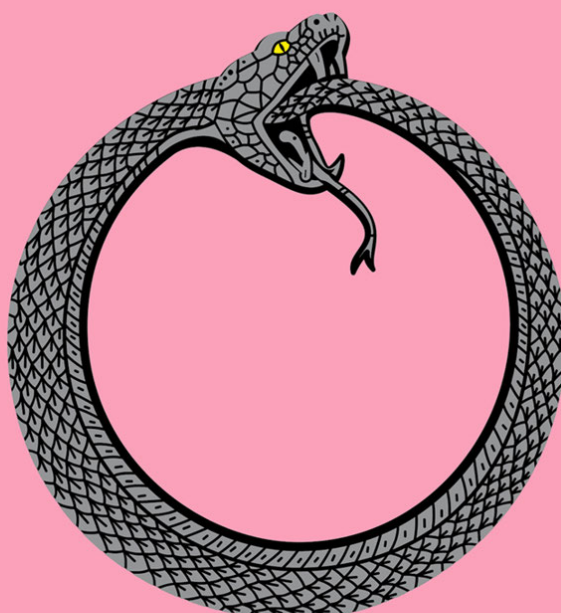
NANCY FRASER

CAPITALISMO CANÍBAL

Qué hacer con este sistema
que devora la democracia y el planeta,
y hasta pone en peligro su propia existencia

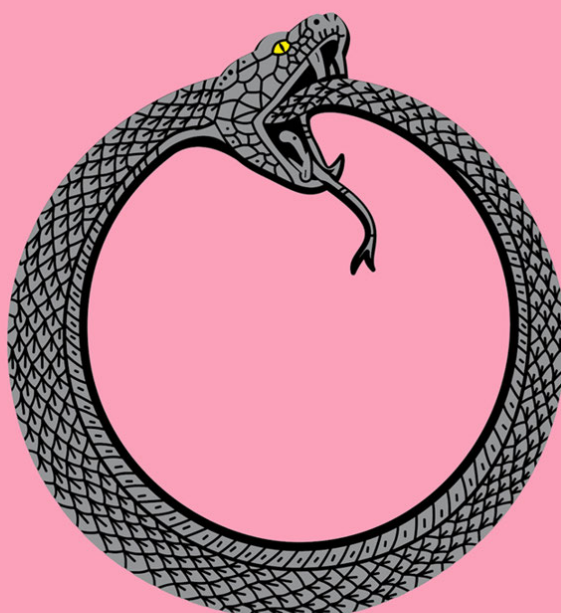


siglo veintiuno
editores

NANCY FRASER

CAPITALISMO CANÍBAL

Qué hacer con este sistema
que devora la democracia y el planeta,
y hasta pone en peligro su propia existencia



siglo veintiuno
editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Dedicatoria

Agradecimientos

Prefacio. Capitalismo caníbal: ¿estamos en el horno?

1. Omnívoro: por qué es necesario ampliar nuestra concepción del capitalismo

Definición de las características del capitalismo, según Marx

Tras la “morada oculta” de Marx

De la producción de mercancías a la reproducción social

De la economía a la ecología

De lo económico a lo político

De la explotación a la expropiación

El capitalismo es algo más vasto que una economía

Luchas por los límites

Las crisis de canibalización

2. Un caníbal ávido de infligir castigo: por qué el capitalismo es estructuralmente racista

Intercambio, explotación, expropiación

La expropiación en cuanto acumulación: el argumento económico

Expropiación como sometimiento: el argumento político

Regímenes históricos de acumulación racializada

¿Sigue siendo el capitalismo necesariamente racista todavía?

3. Devorador de cuidados: por qué la reproducción social es un sitio fundamental de crisis capitalista

Puro lucro, a expensas del mundo de la vida

Accesos históricos de deglución de cuidados por parte del capital

Colonización y “domestificación”

El fordismo y el salario familiar

Hogares con dos salarios

Otro capitalismo. ¿O un nuevo feminismo socialista?

4. La naturaleza en las fauces: por qué la ecopolítica debe ser transambiental y anticapitalista

Contradicción ecológica del capitalismo: una argumentación estructural

Una maraña de contradicciones

Tres maneras de hablar de la “naturaleza”

Regímenes de acumulación socioecológicos

Músculo animal

El rey carbón

La era del automóvil

Nuevos cercamientos, naturaleza financiarizada y “capitalismo verde”

La naturaleza canibalizada en espacio y tiempo

Luchas entrelazadas

Para una política ecológica transambiental y anticapitalista

5. Faenar la democracia: por qué la crisis política es la carne roja del capital

La contradicción política del capitalismo “como tal”

Poderes públicos

Crisis políticas en la historia del capitalismo

Un golpe doble

Una encrucijada histórica trascendental

6. Alimento para la reflexión: ¿cuál debería ser el significado del socialismo en el siglo XXI?

¿Qué es el capitalismo? Una recapitulación

¿Cuál es el problema del capitalismo?

¿Qué es el socialismo?

Epílogo. Macrófago: por qué el covid demostró ser una orgía del capitalismo caníbal

Nancy Fraser

CAPITALISMO CANÍBAL

Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta en peligro su propia existencia

Traducción de

Elena Odriozola

siglo veintiuno
editores

Fraser, Nancy

Capitalismo caníbal / Nancy Fraser.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2023.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de Elena Odriozola / ISBN 978-987-801-255-1

1. Capitalismo. 2. Economía. 3. Política. I. Odriozola, Elena, trad. II. Título.

CDD 306.342

Título original: Cannibal Capitalism. How Our System Is Devouring Democracy, Care, and the Planet, and What We Can Do about it, publicado por Verso, sello de New Left Books, Londres - Brooklin (Nueva York)

© 2022, Nancy Fraser

© 2023, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de portada: Eric Soto & Mr.

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2023

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-255-1

Para Robin Blackburn y Rahel Jaeggi,

interlocutores indispensables y amigos queridos.

Agradecimientos

Es habitual pensar en un libro como el fruto del trabajo individual de su autor. Sin embargo, esa visión resulta sumamente engañosa; casi todos los escritores dependen de una variedad de condiciones generales que posibilitan su tarea: apoyo económico y acceso a bibliotecas, guía editorial y asistencia en las tareas de investigación, crítica e inspiración provenientes de sus colegas, aliento de los amigos y cuidado de sus seres queridos y familiares. Esos elementos constituyen las “moradas ocultas” de la autoría, para invocar una frase que desempeña un papel clave en las páginas que siguen. Demasiado a menudo relegadas entre bastidores, mientras el autor se pavonea en el centro de la escena, esas condiciones son indispensables para la publicación: sin ellas, el libro jamás vería la luz del día.

Es obvio que un libro que teoriza acerca de los soportes ocultos de la producción capitalista debe reconocer sus propios sustentos, sustentos que adoptaron formas muy diversas y provinieron de numerosas fuentes. En el frente institucional, la New School for Social Research me brindó la posibilidad de llevar adelante mi actividad docente con flexibilidad, un año sabático y (por sobre todo) un contexto de dinamismo intelectual. El Dartmouth College me recibió como investigadora visitante distinguida Familia Roth en 2017-2018, y más tarde me brindó un segundo hogar académico con una biblioteca maravillosa, generosos fondos y colegas de excelencia.

Varias otras instituciones me brindaron tiempo valioso y ámbitos poblados por colegas en los que desarrollé las ideas de este libro. Mi más cálido agradecimiento para Jude Browne y el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Cambridge; a Michel Wieviorka y el Collège d’Études Mondiales; a Rainer Forst y el Centro de Estudios Avanzados Justitia Amplificata, Frankfurt, y el Forschungskolleg Humanwissenschaften, Bad Homburg; a Hartmut Rosa y el Grupo de Investigación de Sociedades Poscrecimiento, Friedrich-Schiller-Universität, Jena; y a Winfried Fluck, Ulla Haselstein, la Fundación Einstein de Berlín y el Instituto JFK de Estudios Estadounidenses, Frei Universität, Berlín.

En todo el proceso, me apoyé en las habilidades investigativas y la camaradería de un grupo extraordinario de asistentes de posgrado. Mi

más sincera gratitud para Blair Taylor, Brian Milstein, Mine Yildirim, Mayra Cotta, Daniel Boscov-Ellen, Tatiana Llaguno Nieves, Anastasiia Kalk y Rosa Martins.

Varias publicaciones, en especial New Left Review y Critical Historical Studies, me dieron la valiosa oportunidad de divulgar versiones iniciales de las ideas que aquí expongo y de recibir comentarios que me ayudaron a refinarlas. Los detalles específicos de mi deuda con ellos y otros que publicaron formulaciones previas de estas ideas se indican en párrafos posteriores.

Verso me brindó la editora con quien siempre he soñado: Jessie Kindig, cuyo entusiasmo, creatividad y don con las palabras constituyeron factores decisivos. También en Verso, el editor a cargo de producción, Daniel O'Connor, y el corrector, Stan Smith, transformaron un manuscrito caótico y con numerosas revisiones en un conjunto de páginas acabado y sin errores. Bajo la dirección de Melissa Weiss, David Gee diseñó una tapa sobresaliente, elegante y (me atrevo a decir) mordaz.

Detrás de este libro, también, está el apoyo indispensable de colegas y amigos. Agradecí a algunos de ellos en las notas correspondientes a los capítulos en los que su influencia revistió especial importancia. Pero algunos otros han dado forma a mis pensamientos, que además inspiraron, de manera más general y en el largo plazo. Entre esos compañeros e interlocutores fieles, agradezco a Cinzia Arruzza, Banu Bargu, Seyla Benhabib, Richard J. Bernstein, Luc Boltanski, Craig Calhoun, Michael Dawson, Duncan Foley, Rainer Forst, Jürgen Habermas, David Harvey, Axel Honneth, Johanna Oksala, Andreas Malm, Jane Mansbridge, Chantal Mouffe, Donald Pease, el fallecido Moishe Postone, Hartmut Rosa, Antonia Soulez, Wolfgang Streeck, Cornel West y Michel Wieviorka.

Dos personas más, a quienes dedico este libro, estuvieron siempre en mi pensamiento y en mi corazón mientras lo escribía: agradezco a Robin Blackburn, en cuya erudición, perspicacia y amabilidad me apoyé una y otra vez, y a Rahel Jaeggi, mi verdadera socia en "la conversación", con quien muchas de las ideas que aquí presento fueron originariamente desarrolladas y, más tarde, mejoradas.

Por último, debo mencionar a Eli Zaretsky, quien brindó a este libro un apoyo tan profundo, multifacético y amplio como para que cualquier intento de describirlo de manera sucinta resulte fútil. Digamos tan solo que Capitalismo caníbal no existiría sin su inteligencia sagaz, su amplitud de visión y su amor sostenido.

* * *

Versiones previas de varios de estos capítulos se publicaron con anterioridad y aparecen aquí, revisadas, con permiso de sus editores originales.

Una versión anterior del capítulo 1 adoptó la forma de Conferencia Diane Middlebrook y Carl Djerassi de 2014 en la Universidad de Cambridge, dictada el 7 de febrero de 2014, y luego se publicó en la New Left Review, nº 86, 2014, con el título “Behind Marx’s Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism” [Tras la morada oculta de Marx: por una concepción ampliada del capitalismo]. Sus argumentos fueron sometidos a un bautismo de fuego y emergieron con mayor fortaleza gracias a los desafiantes debates sostenidos con Rahel Jaeggi, muchos de los cuales se registran en el volumen de nuestra coautoría Capitalism. A Conversation in Critical Theory [Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica], publicado por Brian Milstein (Polity, 2018; hay reedición prevista por Verso para julio de 2023). Gracias, una vez más, a Jaeggi por su inteligencia sagaz y su cálida y sincera amistad.

Una versión previa del capítulo 2 tomó la forma de alocución presidencial en la 114ª reunión de la División Este de la Asociación Filosófica Estadounidense, en Savannah, Georgia, el 5 de enero de 2018, y luego fue publicada en Proceedings and Adresses of the American Philosophical Association, vol. 92, 2018, con el título “Is Capitalism Necessarily Racist?” [¿Es el capitalismo necesariamente racista?]. Agradezco a Robin Blackburn, Sharad Chari, Rahel Jaeggi y Eli Zaretsky por sus útiles comentarios sobre este capítulo, a Daniel Boscov-Ellen por su ayuda en la investigación y, en especial, a Michael Dawson por su inspiración y estímulo.

Una versión anterior del capítulo 3 se dio a conocer por primera vez como la 38ª Conferencia Anual Marc Bloch, en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, el 14 de junio de 2016, y más tarde se publicó en la New Left Review, nº 100, 2016, como “Contradictions of Capitalism and Care” [Contradicciones del capitalismo y los cuidados]. Muchos de los argumentos que allí se exponen fueron desarrollados en conversaciones con Cinzia Arruzza y Johanna Oksala, a quienes estoy profundamente agradecida.

Versiones previas del capítulo 4 se impartieron en Viena como conferencia inaugural de la primera estadía de profesora visitante Karl Polanyi, el 4 de mayo de 2021, con el título “Incinerating Nature: Why Global Warming is Baked into Capitalist Society” [Incinerar la naturaleza: por qué el calentamiento global se cocina en la sociedad capitalista] y publicado, luego, en la New Left Review, nº 127, 2021, como “Climates of Capital: For a Trans-Environmental Eco-Socialism” [Los climas del capital: por un ecosocialismo transecológico].

Versiones iniciales del capítulo 5 se publicaron, primero, en Critical Historical Studies, vol. 2, 2015, como “Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism” [¿Crisis de legitimación? Acerca de las contradicciones políticas del capitalismo financiarizado] y luego en alemán con el título Was stimmt nicht mit der Demokratie? Eine Debatte mit Klaus Dörre, Nancy Fraser, Stephan Lessenich und Hartmut Rosa [¿Qué tiene de malo la democracia? Un debate entre Klaus Dörre, Nancy Fraser, Stephan Lessenich y Hartmut Rosa], editado por Hanna Ketterer y Karina Becker en el sello berlinés Suhrkamp durante 2019.

Una versión anterior del capítulo 6 se dio a conocer por primera vez como Conferencia Distinguida en las Humanidades Solomon Katz 2019, en la Universidad de Washington, el 8 de mayo de 2019, y posteriormente se publicó en Socialist Register, vol. 56, Beyond Market Dystopia. New Ways of Living, 2019, con el título “What Should Socialism Mean in the 21st Century?” [¿Qué debe significar el socialismo en el siglo XXI?].

Prefacio

Capitalismo caníbal: ¿estamos en el horno?

Los lectores de este libro no necesitan que yo les diga que estamos en problemas. Ya están al tanto de la existencia de un enmarañado conjunto de amenazas inminentes y desgracias concretas, de las cuales no logran reponerse: deuda agobiante, precariedad laboral, formas de sustento sometidas al asedio; servicios deficientes, infraestructuras derruidas y fronteras duras, inflexibles; violencia racializada, pandemias letales y climas extremos, todos ellos dominados por disfunciones políticas que bloquean nuestra capacidad de idear e implementar soluciones. Nada de esto es noticia y tampoco es necesario insistir aquí en estas cuestiones.

Lo que este libro sí ofrece es una indagación profunda en la fuente de todos esos males. Formula un diagnóstico de la causa de la enfermedad e identifica al culpable. “Capitalismo caníbal” es la designación que uso para referirme al sistema social que nos ha llevado a este punto. Para comprender por qué ese término es el adecuado, veamos las dos palabras que lo componen. “Canibalismo” tiene varios significados. El más conocido, y más concreto, es el consumo ritual de carne humana por parte de un ser humano. Cargado de una larga historia racista, el término se aplicó, por una lógica invertida, a los africanos negros situados en el extremo receptor de la depredación euroimperial. Por lo tanto, hay cierta satisfacción en pagar con la misma moneda e invocarlo aquí como descriptor de la clase capitalista: un grupo que, como expondrá este libro, se alimenta de los demás. Pero el término también tiene un significado más abstracto, que capta una verdad más profunda acerca de nuestra sociedad. El término “canibalizar” significa privar a una empresa o establecimiento de un factor esencial para su funcionamiento, con el fin de crear o sustentar a otro. Como veremos, esa es una aproximación bastante acertada a la relación existente entre la economía capitalista y los ámbitos no económicos del sistema: familias y comunidades, hábitats y ecosistemas, capacidades estatales y poderes públicos cuya sustancia dicha economía consume y devora hasta saciarse.

Existe una acepción correspondiente al campo de la astronomía: se dice que un objeto celeste canibaliza a otro cuando incorpora masa de ese último mediante atracción gravitacional. Mostraré aquí que también constituye una caracterización apta del proceso por el cual el capital atrae a su órbita riqueza natural y social que toma de zonas periféricas del sistema mundial. Y también está, por último, el uróboro, la serpiente que se canibaliza al devorar su propia cola, representada en la portada de este libro. Como veremos, se trata de una imagen adecuada para un sistema con tendencia ineludible a devorar las bases sociales, políticas y naturales de su propia existencia, que son, además, las bases de la nuestra. Así, la metáfora del canibalismo ofrece varias vías promisorias para el análisis de la sociedad capitalista. Nos invita a verla como un frenesí alimentario institucionalizado, cuyo plato principal somos nosotros.

Asimismo, el término "capitalismo" exige ser aclarado. La palabra suele emplearse para designar un sistema económico basado sobre la propiedad privada y el mercado, el trabajo asalariado y la producción con fines de lucro. Sin embargo, esa definición es demasiado acotada, y en lugar de revelar la verdadera índole del sistema, la opaca. Sostendré aquí que "capitalismo" remite a una entidad más amplia, un orden social que confiere a una economía, cuyo motor es la obtención de beneficio, el poder de alimentarse de los soportes extraeconómicos que necesita para funcionar: riqueza expropiada a la naturaleza y a los pueblos subyugados; múltiples formas de cuidado, crónicamente subvaluadas cuando no negadas por completo; bienes públicos y poderes públicos, que el capital requiere y a la vez procura restringir; energía y creatividad de los trabajadores. Si bien no se consignan en los balances de las empresas, estas formas de riqueza constituyen precondiciones esenciales para las utilidades y las ganancias que, en cambio, sí aparecen imputadas. Soportes vitales de la acumulación, también son componentes constitutivos del orden capitalista.

Por consiguiente, en este libro el término "capitalismo" hace referencia no solo a un tipo de economía sino a un tipo de sociedad: una sociedad que autoriza a una economía oficialmente designada a acumular valor monetizado para sus inversionistas y propietarios, a la vez que devora la riqueza no económica del resto de los individuos. Al servir esa riqueza en bandeja a las clases empresarias, esta sociedad las invita a hacerse un festín con nuestras capacidades creativas y con las de la tierra que nos da sustento, sin obligación alguna de reponer lo que consumen o reparar lo que dañan. Y esa es una receta que solo produce problemas. Al igual que el uróboro que come su propia cola, la sociedad capitalista ineludiblemente devora su propia sustancia. Verdadero dínamo de la autodesestabilización, precipita crisis

periódicamente mientras por rutina socava las bases de nuestra existencia.

El capitalismo caníbal, entonces, es el sistema al cual le debemos la crisis actual. La verdad sea dicha: se trata de un tipo poco frecuente de crisis, en la cual convergen múltiples ataques de glotonería. Lo que enfrentamos, gracias a décadas de financiarización, no es “solo” una crisis de desigualdad salvaje y trabajo precario mal remunerado; no “meramente” una crisis de cuidado y reproducción social; no “solamente” una crisis migratoria y de violencia racializada. Tampoco se trata “simplemente” de una crisis ecológica en la cual un planeta en proceso de calentamiento vomita plagas letales, ni “solo” de una crisis política con un vaciamiento de la infraestructura, un militarismo en aumento y una proliferación de hombres fuertes. No, es algo peor: es una crisis general de la totalidad del orden social en la que todas esas calamidades convergen, se exacerban entre sí y amenazan con deglutirnos a todos.

Este libro traza un mapa de esa inmensa maraña de disfunciones y dominación. Al ampliar nuestra visión del capitalismo e incluir los ingredientes extraeconómicos de la dieta del capital, reúne dentro de un marco único todas las opresiones, contradicciones y conflictos de la actual coyuntura. En ese contexto, “injusticia estructural” significa “explotación de clase”, sin duda alguna, pero también “dominación de género” y “opresión racial/imperial”, dos subproductos no accidentales de un orden social que subordina la reproducción social a la producción de mercancías y que requiere la expropiación racializada para asegurar la explotación lucrativa. Tal como aquí se lo entiende, asimismo, las contradicciones del sistema lo vuelven proclive no solo a las crisis económicas sino también a las crisis del cuidado, la ecología y la política, todas ellas en pleno florecimiento por cortesía del prolongado período de atracón corporativo conocido como neoliberalismo.

Por último, tal como lo concibo, el capitalismo caníbal precipita una amplia variedad y una compleja mezcla de luchas sociales: no solo luchas de clase en los puntos de producción, sino también luchas fronterizas en las articulaciones constitutivas del sistema. Allí donde la producción se topa con la reproducción social, el sistema incita conflictos relativos al cuidado, tanto público como privado, remunerado y no remunerado. Allí donde la explotación se cruza con la expropiación, fomenta luchas en torno a la “raza”, la migración y el imperio. Y asimismo, donde la acumulación se da contra el límite de la naturaleza, el capitalismo caníbal desencadena conflictos en torno a la tierra y la energía, la flora y la fauna, el destino del planeta. Por

último, cuando los mercados globales y las megacorporaciones se encuentran con los Estados nacionales y las instituciones de gobierno transnacional, este sistema provoca luchas relacionadas con la forma, el control y el alcance del poder público. Todas estas vertientes de nuestro predicamento actual encuentran lugar en una concepción ampliada del capitalismo que es a la vez simultánea y diferenciada.

Munido de esta concepción, Capitalismo caníbal plantea una pregunta existencial apremiante: "¿Estamos en el horno?". ¿Podemos elucidar cómo desmantelar el sistema social que nos conduce a las fauces de la destrucción? ¿Podemos unirnos para hacer frente al complejo de crisis varias que generó el sistema, no "solo" el calentamiento de la tierra, no "únicamente" la destrucción progresiva de nuestra capacidad colectiva para la acción pública, no "meramente" el ataque generalizado a nuestra capacidad de cuidarnos unos a otros y mantener vínculos sociales, no "simplemente" el vertido desproporcionado de las secuelas sobre los pobres, la clase trabajadora y las poblaciones racializadas, sino la crisis general en la que esos diversos males se entretejen? ¿Podemos concebir un proyecto emancipatorio, contrahegemónico, de transformación ecosocial con suficiente amplitud y visión como para coordinar las luchas de múltiples movimientos sociales, partidos políticos, sindicatos y otros actores colectivos, un proyecto cuyo objetivo radique en enterrar al caníbal de una vez y para siempre? Argumentaré en el presente libro que, en la actual coyuntura, nada que no sea un proyecto de esas características podrá ayudarnos.

Una vez que ampliemos nuestra concepción del capitalismo, también tendremos que ampliar nuestra visión de su reemplazante. Sea que lo denominemos "socialismo" u otra cosa, la alternativa que busquemos no puede tener por finalidad reorganizar tan solo el sistema económico. También debe reorganizar la relación de ese sistema con todas las formas de riqueza que hoy en día canibaliza. Lo que debe reinventarse, por lo tanto, es la relación entre producción y reproducción, entre poder privado y público, entre sociedad humana y naturaleza no humana. Puede parecer una tarea difícil, pero es nuestra única esperanza. Solo si pensamos en grande podremos darnos una oportunidad de vencer a la implacable ofensiva del capitalismo cuyo objetivo final es devorarnos.

1. Omnívoro: por qué es necesario ampliar nuestra concepción del capitalismo

¡El capitalismo ha vuelto! Después de décadas durante las cuales el término solo figuraba en los escritos de pensadores marxistas, ahora los comentaristas de diversas orientaciones se preocupan por su sostenibilidad, los investigadores de todas las escuelas se esfuerzan por sistematizar sus críticas del sistema y los activistas del mundo entero se movilizan contra sus prácticas. Por cierto, el regreso del "capitalismo" constituye un desarrollo bienvenido, un indicador obvio –si es que hacía falta alguno– de la profundidad de la crisis actual y de la urgencia generalizada de una descripción sistemática de esa crisis. Resulta sintomático que todo lo que se dice acerca del capitalismo indica que existe una conciencia cada día mayor respecto de que los males heterogéneos –financieros, económicos, ecológicos, políticos y sociales– que nos aquejan pueden rastrearse hasta una raíz común, y respecto de que las reformas que no apuntan a las bases de esos males están condenadas al fracaso. De manera similar, el renacimiento del término constituye una señal del deseo de contar con un análisis que aclare las relaciones entre las diversas luchas sociales de nuestro tiempo, un análisis que fomente la cooperación estrecha (si no la unificación completa) de sus corrientes más avanzadas y progresistas en un bloque opositor al sistema. La intuición de que ese análisis debe tener como eje al capitalismo es acertada.

Sin embargo, el auge actual de los debates sobre el capitalismo es, en gran medida, retórico; un síntoma del deseo de contar con una crítica sistemática antes que un aporte a esa crítica. Gracias a décadas de amnesia social, generaciones completas de activistas e investigadores jóvenes se han convertido en sofisticados practicantes del análisis del discurso mientras permanecen en la más absoluta ignorancia de las tradiciones de la Kapitalkritik. Apenas ahora empiezan a preguntarse cómo poner en práctica ese tipo de crítica para aclarar la actual coyuntura.

Sus "mayores", veteranos de eras anteriores de fermento anticapitalista, que podrían haberles brindado alguna guía, están cegados por sus propias anteojeras. Pese a sus declaradas buenas intenciones, no lograron incorporar de manera sistemática los aportes del pensamiento feminista, ecológico, poscolonial y de liberación

negra a su concepción del capitalismo.

El resultado de todo esto es que nos vemos atravesando una crisis capitalista de profunda gravedad sin una teoría crítica que la esclarezca y mucho menos que nos conduzca hacia una resolución emancipatoria. Es verdad que la crisis actual no encaja en los modelos estándar que heredamos: es multidimensional y abarca no solo la economía oficial, incluidas las finanzas, sino también fenómenos "no económicos" como el calentamiento global, el "déficit de cuidado" y el vaciamiento del poder público a todas las escalas. Sin embargo, los modelos de crisis recibidos tienden a centrarse exclusivamente en los aspectos económicos, a los que aíslan de otras facetas y privilegian por sobre ellas. De igual importancia, la crisis actual genera nuevas configuraciones políticas y nuevas gramáticas de conflicto social. Las luchas en torno a la naturaleza, la reproducción social, la desposesión y el poder público ocupan un sitial central en esta constelación, lo cual implica múltiples ejes de desigualdad, entre los que se incluyen nacionalidad/raza-etnia, religión, sexualidad y clase. Sin embargo, tampoco en este aspecto son suficientes los modelos teóricos heredados, pues continúan priorizando las luchas laborales en el lugar de producción. Por lo general, carecemos de concepciones del capitalismo y de la crisis capitalista que resulten adecuadas a nuestro tiempo.

Sostengo que Capitalismo caníbal es esa concepción. Presento la noción en este capítulo preguntando qué subyace al argumento principal desplegado por Karl Marx en el libro I de El capital. Esa obra tiene mucho para ofrecer en materia de recursos conceptuales, y en principio contempla las inquietudes más generales que acabo de mencionar. Sin embargo, no tiene en cuenta de manera sistemática el género, la raza, la ecología y el poder político como ejes que estructuran la desigualdad en las sociedades capitalistas, mucho menos como cuestiones en juego en la lucha social y como premisas de esa lucha. Así, es necesario reconstruir sus aportes más valiosos. Por consiguiente, mi estrategia radica en mirar, en primer lugar, a Marx, para luego mirar detrás de él, con la esperanza de arrojar nueva luz sobre algunas viejas preguntas: ¿qué es exactamente el capitalismo? ¿Cuál es la mejor manera de conceptualizarlo? ¿Debemos pensarlo como un sistema económico, una forma de vida ética o un orden social institucionalizado? ¿Cómo debemos caracterizar sus "tendencias a las crisis" y dónde debemos localizarlas?

Definición de las características del capitalismo, según Marx

Empiezo por recordar las características que Marx consideró distintivas del capitalismo. A primera vista, el hilo de pensamiento que seguiré hasta llegar al capitalismo caníbal puede parecer ortodoxo; pero es mi intención que pronto deje de serlo, y para eso demostraré que esas características presuponen algunas otras, que constituyen sus condiciones de posibilidad. Así como Marx dirigió su mirada detrás de la esfera del intercambio, a la "morada oculta" de la producción, con el fin de descubrir los secretos del capitalismo, yo buscaré las condiciones de posibilidad de la producción que están detrás de esa esfera, en ámbitos todavía más ocultos.

Para Marx, la primera característica distintiva del capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción, lo cual presupone una división de clases entre propietarios y productores. Esa división surgió como resultado de la ruptura de un mundo social anterior donde la mayoría de las personas, sin importar cuán diferentes fueran sus posiciones, tenían acceso a los medios de subsistencia y a los medios de producción; en otras palabras, acceso al alimento, el cobijo y la vestimenta, así como a las herramientas, la tierra y el trabajo, sin verse obligadas a participar en un mercado laboral. El capitalismo trastocó esas condiciones de manera rotunda. Cercó las tierras comunales, abrogó los derechos de uso consuetudinario y transformó los recursos compartidos en propiedad privada de una pequeña minoría.

Y esto nos conduce sin escalas al segundo rasgo fundamental del capitalismo según Marx: el mercado laboral libre. Una vez escindida de los medios de producción, la vasta mayoría se vio obligada a someterse a esa peculiar institución con el fin de trabajar y obtener lo necesario para poder vivir y criar a sus hijos. Vale la pena destacar cuán estrafalario, cuán "antinatural", cuán anómalo y específico es el mercado laboral libre desde el punto de vista histórico. El trabajador es "libre" en dos sentidos. Primero, en lo que respecta a su condición jurídica: no es esclavo ni siervo, ni se ve ligado ni de ningún otro modo vinculado a un sitio determinado ni a un amo específico; por lo tanto, es móvil y capaz de establecer un contrato de trabajo. Pero en segundo lugar, está "libre" de (es decir, "sin") acceso a los medios de subsistencia y los medios de producción, incluidos los derechos de uso

consuetudinario de la tierra y las herramientas, con lo cual queda despojado de los recursos y derechos que le permitirían abstenerse del mercado de trabajo. Entonces, el capitalismo se define en parte por su constitución y por el uso de trabajo asalariado (doblemente) libre, aunque, como veremos, también depende en gran medida de un tipo de trabajo que no es libre sino dependiente, no reconocido o no remunerado.

Luego sigue el igualmente extraño fenómeno del valor que se "auto"-expande, tercera característica distintiva apuntada por Marx.[1] El capitalismo tiene la peculiaridad de contar con un impulso sistémico objetivo: la acumulación de capital. Por consiguiente, todas las acciones de los propietarios en cuanto capitalistas se orientan hacia la expansión de su capital. Tal como los productores, se ven sometidos a una compulsión sistémica peculiar. Todos los esfuerzos realizados por todos para satisfacer sus necesidades son indirectos y están sujetos a algo que asume la prioridad: un imperativo primordial inscripto en un sistema impersonal, la propia pulsión del capital a su "auto"-expansión infinita. Marx formula esta cuestión de manera brillante. En una sociedad capitalista –dice–, el capital se vuelve el Sujeto. Los seres humanos son sus peones, reducidos a pergeñar cómo harán para obtener lo que necesitan en los intersticios, mientras alimentan a la bestia.

La cuarta característica específica es el papel distintivo de los mercados en la sociedad capitalista. Los mercados siempre han existido a lo largo de la historia humana, incluso en las sociedades no capitalistas. Su funcionamiento en el capitalismo, sin embargo, se distingue por dos características. En primer lugar, en las sociedades capitalistas, los mercados sirven para asignar los principales insumos a la producción de mercancías. Concebidos en la economía política burguesa como "factores de la producción", en un principio esos insumos fueron identificados como tierra, trabajo y capital. Además de cumplir en el capitalismo la función de asignar trabajo, los mercados también asignan bienes raíces, bienes de capital, materias primas y crédito. En la medida en que asigna estos insumos productivos mediante mecanismos de mercado, el capitalismo los transforma en mercancías. Es, según la llamativa frase del economista de Cambridge Piero Sraffa, un sistema para la "producción de mercancías por medio de mercancías", aunque, como veremos, también se apoya sobre una base de no mercancías.[2]

Pero existe, además, una segunda función clave que los mercados asumen en una sociedad capitalista: determinan cómo se invertirá el plusvalor. Por "excedente", Marx entendía el fondo colectivo de

energías sociales que exceden las requeridas para reproducir una forma de vida dada y reponer lo que se agota en el transcurso de la vida. El modo en que una sociedad utiliza sus capacidades excedentes ocupa un lugar central: plantea preguntas fundamentales respecto del modo en que las personas desean vivir –dónde deciden invertir sus energías colectivas, cómo se proponen equilibrar el "trabajo productivo" con la vida familiar, el ocio y otras actividades–, así como de qué modo aspiran a relacionarse con la naturaleza no humana y qué pretenden legarles a las generaciones futuras. Las sociedades capitalistas tienden a dejar esas decisiones en manos de las "fuerzas del mercado". Tal vez sea esta su característica más relevante y perversa: el hecho de ceder las cuestiones más decisivas a un mecanismo orientado a la expansión cuantitativa del valor monetizado, que es congénitamente indiferente a los indicadores cualitativos de riqueza social y bienestar humano. Ese rasgo está en estrecha relación con la tercera característica central mencionada en párrafos anteriores: la direccionalidad inherente y ciega del capital, el proceso de "auto"-expansión mediante el cual se constituye en el Sujeto de la historia, con el consiguiente desplazamiento de los seres humanos que lo han creado y su conversión en siervos.

Mi objetivo al destacar estas dos funciones de los mercados es contrarrestar la difundida concepción de que el capitalismo impulsa la siempre creciente mercantilización de la vida. Creo que esa concepción conduce a un callejón sin salida, a fantasías distópicas de un mundo totalmente mercantilizado. Esas fantasías no solo ignoran los aspectos emancipatorios de los mercados, sino que pasan por alto el hecho, subrayado por el teórico de sistemas mundiales Immanuel Wallerstein, de que el capitalismo a menudo opera sobre la base de hogares "semiproletarizados". En virtud de ese modo de operación, que brinda a los propietarios la posibilidad de pagar menos a los trabajadores, muchos hogares obtienen parte de su sustento de fuentes que no son salarios en efectivo, como el autoabastecimiento (cultivo de una huerta, costura), reciprocidad informal (ayuda mutua, transacciones en especie) y transferencias del Estado (asistencia social, servicios sociales, bienes públicos).[3] Esta manera de operar deja fuera del ámbito del mercado una proporción considerable de actividades y bienes. No se trata de meros remanentes de épocas precapitalistas, ni tampoco es que estén en vías de extinción. Así, por ejemplo, el fordismo de mediados del siglo XX pudo fomentar el consumismo de la clase media en los países centrales industrializados gracias a los hogares semiproletarizados que combinaban empleo masculino con trabajo femenino en el hogar, además de inhibir el desarrollo del consumo de mercancías en la periferia. La

semiproletarización es aún más pronunciada en el neoliberalismo, que ha construido toda una estrategia de acumulación mediante la expulsión de miles de millones de personas de la economía oficial hacia zonas grises de informalidad, de las cuales el capitalismo extrae riqueza. Como veremos, esta suerte de “acumulación primitiva” es un proceso en marcha, del cual el capital obtiene valor y sobre el cual se funda.

La cuestión, por lo tanto, reside en que factores mercantilizados de las sociedades capitalistas coexisten con factores no orientados al mercado. Y no es este un evento fortuito ni una contingencia empírica, sino un rasgo constitutivo del ADN del capitalismo. De hecho, “coexistencia” es un término demasiado débil para capturar la relación entre los aspectos mercantilizados y no mercantilizados de una sociedad capitalista. “Imbricación funcional” o “dependencia” resultarían más adecuados, pero no logran connotar la perversidad de esa relación.[4] Ese aspecto, que pronto se verá con claridad, está mejor expresado en el término “canibalización”.

Tras la “morada oculta” de Marx

Hasta aquí, presenté una definición bastante ortodoxa del capitalismo, cuya base consiste en cuatro características centrales que parecen ser “económicas”. Seguí a Marx cuando miré detrás de la perspectiva del sentido común, centrada en el intercambio de mercado, para dirigir la mirada a la “morada oculta” de la producción. Ahora, sin embargo, deseo mirar detrás de esa morada oculta, para ver aquello que está todavía más oculto. Lo que afirmo es que la descripción de la producción capitalista postulada por Marx solo cobra sentido cuando empezamos a completarla con las condiciones de posibilidad que la sustentan. Por lo tanto, la siguiente pregunta será: ¿qué debe existir detrás de esas características fundamentales para que sean posibles?

El propio Marx formula una pregunta similar cerca del final del libro I de El capital, en el capítulo acerca de la acumulación originaria o “primitiva”.[5] ¿De dónde provino el capital?, indaga. ¿Cómo nació la propiedad privada de los medios de producción y cómo sucedió que los productores fueron separados de esos medios? En los capítulos anteriores, Marx había puesto al descubierto la lógica económica del capitalismo con abstracción de sus condiciones de posibilidad, que se suponían dadas. Sin embargo, resultó que existía un extenso relato subyacente sobre la proveniencia del capital, un relato bastante violento de despojo y expropiación. Es más, como pusieron de relieve teóricos que van desde Rosa Luxemburgo hasta David Harvey, ese relato subyacente no se sitúa con exclusividad en el pasado, en los “orígenes” del capitalismo.[6] La expropiación es un mecanismo de acumulación aún en marcha, aunque no oficialmente, que persiste junto al mecanismo oficial de explotación, el “relato en primer plano” de Marx, por así decir.

Este movimiento, del relato sobre el primer plano de la explotación al relato sobre el trasfondo de la expropiación, constituye un giro epistémico fundamental que arroja nueva luz sobre todo lo anterior. Es análogo al movimiento que Marx efectúa casi al comienzo del libro I, cuando nos invita a dejar atrás el ámbito del intercambio de mercado y la perspectiva del sentido común burgués con el que se asocia, para centrarnos en la morada oculta de la producción, que ofrece la posibilidad de adoptar una perspectiva más crítica. Como resultado de aquel primer movimiento, descubrimos un sucio secreto:

la acumulación se gesta por medio de la explotación. En otras palabras, el capital no se expande mediante el intercambio de equivalentes, como sugiere la perspectiva del mercado, sino del modo opuesto: mediante la no compensación de parte del tiempo de trabajo de los trabajadores. De manera similar, cuando al final del volumen pasamos de la explotación a la expropiación, descubrimos un secreto incluso más sucio: a la coerción sublimada del trabajo asalariado subyacen la violencia descarada y el robo desembozado. En otras palabras: la extensa elaboración que expone la lógica económica del capitalismo, que constituye la mayor parte del libro I, no es la última palabra. Llega, a continuación, un desplazamiento hacia otra perspectiva, la de la desposesión. Ese desplazamiento hacia lo que está detrás de la "morada oculta" es, también, un movimiento hacia la historia y hacia lo que denomino "condiciones de posibilidad de base de la explotación".

Podría decirse, sin embargo, que Marx no desarrolló en su totalidad las implicaciones de ese giro epistémico de la explotación hacia la morada aún más oculta de la expropiación. Tampoco teorizó acerca de otros giros epistémicos, de igual grado de importancia, implicados en su visión del capitalismo. Esos movimientos hacia moradas incluso más ocultas todavía deben ser conceptualizados, como también deben serlo las implicaciones de la acumulación "primitiva" en su total dimensión. Es imprescindible incorporar todas estas cuestiones, en nuevos libros de El capital si se quiere, para poder desarrollar una comprensión adecuada del capitalismo del siglo XXI.

De la producción de mercancías a la reproducción social

Un giro epistémico esencial es el de la producción a la reproducción social: las formas de aprovisionamiento, provisión de cuidado e interacción que producen y mantienen a los seres humanos y los vínculos sociales. Denominada de formas diversas como “cuidado”, “trabajo afectivo” o “subjetivación”, esta actividad forma a los sujetos humanos del capitalismo y los sostiene como seres naturales corporizados, a la vez que los constituye como seres sociales, conforma su habitus y la sustancia socioética, o Sittlichkeit, donde se mueven. Fundamental en este sentido es el trabajo de dar a luz y socializar a los niños, construir comunidades, producir y reproducir los significados compartidos, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sustentan la cooperación social. En las sociedades capitalistas, buena parte de esta actividad, aunque no toda, tiene lugar fuera del mercado, en los hogares, los barrios y una infinidad de instituciones públicas, entre ellas escuelas y guarderías; y buena parte de ella, aunque no toda, no adopta la forma de trabajo asalariado. Y sin embargo, la actividad de reproducción social es absolutamente necesaria para la existencia del trabajo asalariado, la acumulación de plusvalor y el funcionamiento del capitalismo. El trabajo asalariado no podría existir en ausencia del trabajo doméstico, la crianza de los hijos, la escolarización, el cuidado afectivo y una serie de otras actividades que ayudan a producir nuevas generaciones de trabajadores y a reponer las existentes, como asimismo a sostener vínculos sociales y entendimientos compartidos. Al igual que la “acumulación originaria”, la reproducción social es condición indispensable de posibilidad de la producción de mercancías.

Incluso más: desde el punto de vista estructural, la división entre reproducción social y producción de mercancías es decisiva para el capitalismo; en rigor, esa escisión es un artefacto del sistema. Como ya resaltaron numerosas teóricas feministas, la distinción está marcada por estereotipos de género: la reproducción se asocia con las mujeres y la producción con los hombres. Históricamente, la división entre trabajo asalariado “productivo” y trabajo no asalariado “reproductivo” fue el pilar de las formas capitalistas modernas de subordinación de la mujer. Al igual que la división entre propietarios y trabajadores, también esta se apoya en la ruptura de un mundo anterior. En este caso, lo que se hizo añicos fue un mundo donde el trabajo de las

mujeres, si bien diferente del de los hombres, era visible y públicamente reconocido, parte constitutiva del universo social. Con el capitalismo, en contraste, la labor reproductiva se escinde y queda relegada a un ámbito doméstico “privado”, separado, donde su importancia social resulta opacada. Y en este nuevo mundo, en el que el dinero es un recurso primordial de poder, el hecho de que este trabajo no se pague o sea mal pago sella la cuestión: quienes lo realizan se ven estructuralmente subordinados a quienes perciben salarios dinerarios en la “producción”, incluso a pesar de que su trabajo “reproductivo” suministra las precondiciones necesarias para el trabajo remunerado.

Lejos de ser universal, la división entre producción y reproducción nació históricamente con el capitalismo. Sin embargo, no fue dada de una vez y para siempre: muy por el contrario, mutó con el tiempo y adoptó formas diferentes en diferentes etapas del desarrollo capitalista. Durante el siglo XX, algunos aspectos de la reproducción social fueron transformados en servicios públicos y bienes públicos, desprivatizados, pero no mercantilizados. Hoy en día, la división se modifica una vez más, cuando el neoliberalismo vuelve a privatizar esos servicios y los mercantiliza, mientras también mercantiliza por primera vez otros aspectos de la reproducción social. Es más, al exigir el recorte de los subsidios del Estado mientras recluta masivamente a las mujeres en trabajos del sector de los servicios mal remunerados, esta forma actual de capitalismo traza a nuevo los límites institucionales que antes separaban la producción de mercancías de la reproducción social y reconfigura la asignación por géneros como resultado. De igual importancia, la presente forma de capitalismo canibaliza la reproducción social y permite que el capital la devore con total libertad, sin reponerla. Como veremos en el capítulo 3, el efecto de estos desarrollos convierte esa condición vital de la acumulación en un punto fundamental de las crisis capitalistas.

De la economía a la ecología

También es necesario tener en cuenta un segundo giro en la perspectiva epistémica, uno igualmente crucial, que dirige nuestra atención hacia otra morada oculta. La mejor expresión de este otro giro está plasmada en el trabajo de pensadores ecosocialistas que escriben otro relato subyacente, que tiene como eje la canibalización de la naturaleza a manos del capital. Ese relato versa sobre la anexión de la naturaleza por parte del capital, lo que Rosa Luxemburgo denominó su Landnahme, tanto como fuente de "insumos" para la producción como de "sumidero" para absorber los desechos de la actividad productiva. En este proceso, la naturaleza se convierte en un recurso del capital cuyo valor se presupone y se niega. La contabilidad la trata como si no tuviera costo alguno y el capital se apropia de ella gratis o a muy bajo precio, sin repararla ni reponerla, pues su punto de partida consiste en el supuesto tácito de que la naturaleza es capaz de autorrestaurarse al infinito. Así, la capacidad de la tierra para sustentar la vida y renovarse constituye otra condición necesaria de posibilidad para la producción de mercancías y la acumulación del capital, y es otro objeto de canibalización.

Estructuralmente, el capitalismo supone y, en rigor, inaugura una profunda división entre un reino natural –concebido como un ámbito que provee de manera gratuita y constante "materia prima" disponible para su apropiación– y un reino económico –concebido como un ámbito de valor producido por y para los seres humanos–. Esta división viene acompañada por el endurecimiento de una distinción preexistente entre Humanidad (vista como espiritual, sociocultural e histórica) y Naturaleza (no humana), considerada material, objetivamente dada y ahistórica. La agudización de esa distinción se sostiene en la ruptura de un mundo anterior, donde los ritmos de la vida social se adaptaban en muchos aspectos a los de la naturaleza no humana. El capitalismo escindió brutalmente a los seres humanos de los ritmos naturales y estacionales y los reclutó para la fabricación industrial, alimentada por combustibles fósiles, y para la agricultura con fines de lucro, engrosada con fertilizantes químicos. Con la introducción de lo que Marx denominó una "ruptura metabólica", se inauguró lo que engañosamente ha dado en llamarse el Antropoceno, una nueva era geológica en la cual la "actividad humana" (a decir verdad, el capital) canibaliza el planeta.[7]

Esta división surgida con el capitalismo también mutó durante el desarrollo del sistema. La actual etapa neoliberal puso en marcha una nueva ronda de cercamientos (la mercantilización del agua, por ejemplo) que lleva a "una proporción mayor de la naturaleza" (si cabe decirlo así) al primer plano económico. Al mismo tiempo, el neoliberalismo promete obliterar la frontera naturaleza/humanidad: basta con ver las nuevas técnicas reproductivas y la evolución continua de los cyborgs.[8] Lejos de ofrecer una "reconciliación" con la naturaleza, estos desarrollos intensifican su canibalización por parte del capital. A diferencia de los cercamientos de tierras de los que hablaba Marx, que "meramente" convertían fenómenos naturales en elementos de mercado, los nuevos cercamientos alcanzan incluso "el interior" profundo de la naturaleza, con la consiguiente alteración de su gramática interna. Por último, el neoliberalismo también somete al ecologismo a las leyes del mercado: véase el dinámico comercio de derechos de emisión de carbono y de compensaciones, así como de "instrumentos ambientales derivados", que alejan al capital de las inversiones de largo plazo y gran escala requeridas para transformar formas no sostenibles de vida basadas sobre combustibles fósiles. Como veremos en el capítulo 4, este asalto a lo que queda de los bienes comunes ecológicos transforma la condición natural de la acumulación del capital en otro nodo central de crisis del capitalismo.

De lo económico a lo político

Detengámonos ahora en un tercer giro epistémico fundamental, que pone el foco en las condiciones de posibilidad políticas del capitalismo: su dependencia de los poderes públicos para establecer y hacer cumplir sus normas constitutivas. En efecto, el capitalismo es inconcebible sin un marco jurídico que dé soporte a la empresa privada y el intercambio de mercado. Su relato aparente depende de manera decisiva de la existencia de poderes públicos que garanticen los derechos de propiedad, hagan cumplir los contratos, arbitren en disputas, sofoquen las rebeliones anticapitalistas y mantengan la oferta monetaria que constituye el sustento del capital. Históricamente, los poderes públicos estaban alojados en Estados territoriales, entre ellos los que operaban transnacionalmente, como las potencias coloniales o imperiales. Los sistemas jurídicos de esos Estados fueron los encargados de trazar los contornos de ámbitos en apariencia despolitizados donde actores privados pudieran promover sus intereses "económicos", libres de interferencias "políticas" manifiestas, por una parte, y de obligaciones de patrocinio derivadas del parentesco, por la otra. Asimismo, los Estados territoriales fueron los encargados de movilizar la "fuerza legítima" para sofocar la resistencia a las expropiaciones que dieron origen a (y conservaron) las relaciones de propiedad capitalistas. Por último, esos Estados fueron los encargados de nacionalizar y dar respaldo a la moneda.[9] Desde una perspectiva histórica, puede decirse que el Estado "constituyó" la economía capitalista.

Al respecto, notamos otra división estructural de carácter fundamental que es constitutiva de la sociedad capitalista: la escisión entre organización política y economía. Con esta división se genera la diferenciación institucional del poder público y el privado, de la coerción política y la económica. Como las otras divisiones fundamentales ya analizadas, también esta nació como resultado de la ruptura de un mundo anterior. En este caso, lo que se desmanteló fue un mundo social donde el poder político y el económico estaban fusionados; podemos tomar como ejemplo la sociedad feudal, en la cual el control sobre el trabajo, la tierra y la fuerza militar estaba depositado en la institución del señorío y el vasallaje. En cambio, en la sociedad capitalista –como describe con elegancia la teórica política Ellen Meiksins Wood– el poder económico y el poder político están

escindidos: a cada uno de ellos se le asigna su propio ámbito, su propio medio y su propio modus operandi.[10]

Sin embargo, el relato aparente del capitalismo también involucra condiciones de posibilidad políticas en el nivel geopolítico. Lo que entra en juego en este aspecto es la organización de ese espacio más amplio en el que se insertan los Estados territoriales. Se trata de un espacio donde el capital se mueve con relativa facilidad, dado su empuje expansionista. Sin embargo, su capacidad para operar más allá de las fronteras depende del derecho internacional, de acuerdos negociados entre las grandes potencias y de regímenes supranacionales que pacifican de manera parcial (de un modo no lesivo para el capital) un ámbito que suele imaginarse como un Estado de naturaleza. A lo largo de su historia, el relato sobre la fachada del capitalismo dependió de las capacidades militares y organizativas de una sucesión de potencias hegemónicas globales que, como sostuvo el sociólogo histórico braudeliano Giovanni Arrighi, buscaron promover la acumulación en una escala cada vez más amplia en el marco de un sistema multiestatal.[11]

Aquí encontramos nuevas divisiones estructurales también constitutivas de la sociedad capitalista: la división “westfaliana” entre “lo nacional” y “lo internacional”, por un lado, y la división imperialista entre el centro y la periferia, por el otro, ambas asentadas en la premisa de la división fundamental entre una economía capitalista cada día más global, organizada como un “sistema mundial”, y un mundo político organizado como un sistema internacional de Estados territoriales. Veremos en el capítulo 5 que estas divisiones también se están transformando en la actualidad, momento en que el neoliberalismo canibaliza las capacidades políticas de las cuales dependió el capital a lo largo de la historia, tanto en el nivel del Estado como en el geopolítico. El efecto de esta evolución radica en convertir “lo político” en otro sitio fundamental de crisis del sistema.

De la explotación a la expropiación

Por último, debemos retomar la idea que inspiró toda esta línea de pensamiento: la descripción que hace Marx de la acumulación originaria como precondición histórica de la acumulación del capital. Si interpretamos esa idea como un rasgo vigente del capitalismo moderno antes que como una marca de inmadurez ya superada, podremos conceptualizar otra "morada detrás de la morada" cuya operación es estructuralmente necesaria para este sistema social. La necesidad que permanece oculta en este caso es la expropiación: la confiscación forzosa y sostenida de la riqueza de los pueblos subyugados y menoscabados. Si bien la expropiación suele concebirse como la antítesis de la explotación, que es el proceso distintivo del capitalismo, resulta más adecuado entenderla como su condición de posibilidad.

Para comprender el porqué, es necesario entender que los dos procesos de "ex-" contribuyen a la acumulación, pero de modos diferentes. La explotación transfiere valor al capital bajo la apariencia de un intercambio contractual libre: a cambio del uso de su fuerza de trabajo, los trabajadores reciben salarios que (en teoría) cubren sus costos de vida; si bien el capital se apropia de su "tiempo de trabajo excedente" (supuestamente), al menos les paga su "tiempo de trabajo necesario". En la expropiación, por el contrario, los capitalistas prescinden de esas sutilezas en favor de la confiscación brutal de los activos ajenos, por los que pagan poco o nada; al canalizar hacia las operaciones de sus empresas fuerza de trabajo, tierra, minerales o energía confiscados, reducen sus costos de producción y aumentan sus beneficios. Así, lejos de excluirse mutuamente, la expropiación y la explotación van de la mano. Los asalariados libres por partida doble transforman "materias primas" saqueadas en máquinas alimentadas por fuentes de energía confiscadas. Sus salarios se mantienen bajos gracias a la disponibilidad de alimentos cultivados por peones endeudados en tierras robadas, así como de bienes de consumo producidos por "otros" no libres o dependientes en talleres clandestinos, otros cuyos propios costos de reproducción no son remunerados en su totalidad. La expropiación, por lo tanto, subyace a la explotación y la vuelve rentable. Lejos de estar confinada a los inicios del sistema, es una característica integral de la sociedad capitalista, tan arraigada como la explotación desde el punto de vista

constitutivo y estructural.

Además, la distinción entre expropiación y explotación se corresponde con una jerarquía de estatus. Por un lado, se otorga a los "trabajadores" explotables el estatus de individuos y ciudadanos portadores de derechos; bajo la protección del Estado –uno de los derechos que los asiste– pueden disponer libremente de su propia fuerza de trabajo. Por otro lado, los "otros" expropiables son constituidos como seres no libres, dependientes; despojados de protección política, quedan indefensos y se vuelven inherentemente pasibles de abuso. Así, la sociedad capitalista divide a las clases productoras en dos categorías de personas diferentes: una apta para la "mera" explotación, la otra destinada al sometimiento y a la expropiación brutal. Esa división representa otra nueva línea divisoria institucionalizada de la sociedad capitalista, tan constitutiva y afianzada como las que existen entre producción y reproducción, sociedad y naturaleza, y organización política y economía analizadas en párrafos anteriores.

Tal como esas otras divisiones, esta sustenta un modo específico de dominación en la sociedad capitalista: la opresión racial e imperial. Como veremos en el capítulo 2, son las poblaciones abrumadoramente racializadas aquellas a las que se les niega la protección política en la sociedad capitalista y aquellas que son sometidas a reiterados abusos. Basta con mencionar a los esclavos convertidos en bienes, los súbditos colonizados, los "nativos" conquistados, los peones por deudas, los "ilegales", los delincuentes convictos, los sujetos racializados de los Estados en que rige el apartheid y sus descendientes, todos ellos sometidos a la expropiación no una vez (como lo fueron quienes se convirtieron en ciudadanos-trabajadores) sino una y otra vez. Por eso, la división entre expropiación y explotación coincide a grandes rasgos, pero de manera incuestionable, con la línea de color planetaria. Trae aparejada una serie de injusticias estructurales, entre ellas la opresión racial, el imperialismo (de vieja y nueva data), la desposesión de los pueblos nativos y el genocidio.

Esta es otra división estructural constitutiva de la sociedad capitalista. Sujeta a cambios históricos al igual que el resto, también sirve como base para la canibalización. Se encuentra íntimamente entrelazada con las que se conceptualizaron en páginas anteriores y con las crisis que las aquejan. Por cierto, las vertientes política, ecológica y de reproducción social de la crisis son inseparables de la expropiación racializada, tanto en la periferia como en el centro: véase, si no, la dependencia del capital respecto de los poderes políticos, tanto nacionales como transnacionales, para asegurarse el acceso a tierras

robadas, a trabajo bajo coerción y a minerales saqueados, como también a los títulos de propiedad de esos bienes; su utilización de zonas racializadas como vertederos de desechos tóxicos y proveedoras de mano de obra barata de servicios de cuidado; su apelación a divisiones de estatus y resentimientos raciales para desactivar, desplazar o fomentar crisis políticas. En síntesis, las crisis económica, ecológica, social y política están inextricablemente vinculadas con el imperialismo y la opresión racial, y también con los cada día más intensos antagonismos asociados con ellos.

El capitalismo es algo más vasto que una economía

Podría decirse mucho más acerca de cada uno de estos puntos, y así lo haré en capítulos subsiguientes. Por ahora, debería haber quedado claro lo esencial de mi argumentación. Al exponer mi descripción inicial del capitalismo, demostré que los rasgos económicos visibles en primer plano dependen de condiciones no económicas de fondo. Un sistema económico definido por la propiedad privada, la acumulación de valor "auto"-expansiva, la asignación por vía del mercado del excedente social y los insumos fundamentales a la producción de mercancías, incluido el trabajo (doblemente) libre, se vuelve posible merced a cuatro condiciones cruciales de fondo vinculadas, respectivamente, con la reproducción social, la ecología de la tierra, el poder político y las continuas inyecciones de riqueza expropiada a los pueblos racializados. Para entender el capitalismo, por lo tanto, necesitamos resituar el relato elaborado por Marx acerca de ese primer plano y ponerlo en relación con estos cuatro relatos acerca del trasfondo. Debemos conectar la perspectiva marxiana con otras corrientes emancipatorias de teoría crítica: feminista, ecológica, política, antiimperialista y antirracista.

¿Qué tipo de animal es el capitalismo desde esta perspectiva? La imagen que trazo aquí difiere en enorme medida de la conocida idea de que el capitalismo es un sistema económico. Es verdad: a primera vista, puede haber parecido que las características fundamentales que identificamos eran "económicas". Sin embargo, esa apariencia resultaba engañosa. Una de las peculiaridades del capitalismo es que trata sus relaciones sociales estructurantes como si fueran económicas. En rigor, no tardamos en vernos obligados a hablar de las condiciones de fondo "no económicas" que posibilitaban la existencia de ese "sistema económico". Así, no hablamos de las características de una economía capitalista, sino de una sociedad capitalista. Lejos de maquillarlas para hacerlas desaparecer del cuadro, necesitamos integrarlas a nuestra comprensión de lo que es el capitalismo. Y para ello, debemos reconceptualizar el capitalismo como algo más vasto que una economía.

Asimismo, la imagen que he esbozado difiere de la visión del capitalismo como una forma reificada de vida ética, caracterizada por la mercantilización y la monetización generalizadas. Desde esa

perspectiva, tal como se expresa en el celebrado ensayo “Reificación y conciencia del proletariado” de Georg Lukács, la forma mercancía coloniza la totalidad de la vida y estampa su marca en fenómenos tan diversos como la ley, la ciencia, la moral, el arte y la cultura.[12] Por mi parte, considero que en la sociedad capitalista la mercantilización dista mucho de ser universal: allí donde está presente, su mera existencia depende de zonas de no mercantilización que el capital canibaliza sistemáticamente.

Ya sean sociales, ecológicas o políticas, en ningún caso estas zonas no mercantilizadas son un simple reflejo de la lógica de la mercancía. En cada una se plasman diferentes gramáticas normativas y ontológicas que le son propias. Por ejemplo, las prácticas sociales orientadas a la reproducción (en oposición a la producción) tienden a engendrar ideales de cuidado, responsabilidad mutua y solidaridad.[13] De manera similar, las prácticas orientadas a la organización política –a diferencia de la economía– suelen remitir a principios de democracia, autonomía pública y autodeterminación colectiva. Además, las prácticas asociadas con las condiciones de posibilidad del capitalismo en el ámbito de la naturaleza no humana tienden a promover valores como la administración ecológica, la no dominación de la naturaleza y la justicia intergeneracional. Por último, las prácticas asociadas con la expropiación o, mejor dicho, con la resistencia a esa expropiación suelen fomentar valores de integración, por un lado, y de autonomía comunitaria, por otro.

Sin lugar a duda, estas normatividades “no económicas” a veces adoptan una apariencia jerárquica y provinciana (en el caso de la reproducción social), restringida o excluyente (en el caso de la organización política), romántica y sectarista (en el caso de la naturaleza no humana) o insensible a la cuestión de la clase y reificada (en el caso de la resistencia a la expropiación). Por lo tanto, no cabe idealizarlas. Sin embargo, es importante tener presente su divergencia respecto de los valores asociados con la fachada del capitalismo, sobre todo, crecimiento, eficiencia, intercambio entre iguales, elección individual, libertad negativa y progreso meritocrático.

Esta divergencia nos lleva a conceptualizar el capitalismo de un modo diferente. Lejos de generar una lógica única y general de reificación, la sociedad capitalista alberga normativas diferentes y abarca una pluralidad definida de ontologías sociales distintas pero interrelacionadas. Queda pendiente ver qué sucede cuando esas ontologías colisionan. Pero la estructura que las sustenta está clara: la topografía normativa que distingue al capitalismo surge de las

relaciones entre el primer plano y el trasfondo que hemos identificado. Si nuestro objetivo es desarrollar una teoría crítica, debemos reemplazar nuestra visión del capitalismo como forma reificada de vida ética por una perspectiva estructural más diferenciada.

Si el capitalismo no es un sistema económico ni una forma reificada de vida ética, vale preguntarse, entonces, qué es. Mi respuesta es que deberíamos concebirlo como un orden social institucionalizado, tal como el feudalismo, por ejemplo. Entender el capitalismo de esta manera pone de relieve sus divisiones estructurales, en especial las separaciones institucionales que detecté. Como ya vimos, es constitutiva del capitalismo la separación institucional entre "producción económica" y "reproducción social", separación marcada por estereotipos de género que fundamenta formas de dominación masculina específicamente capitalistas, a la vez que posibilita la explotación capitalista de la fuerza de trabajo y, mediante ella, su modo de acumulación oficialmente establecido. También definitoria del capitalismo es la separación institucional de la "economía" respecto de la "organización política", separación que deja fuera de las agendas políticas de los Estados territoriales las cuestiones económicas. Así, da al capital la libertad de vagar por una tierra de nadie transnacional donde cosecha los beneficios del ordenamiento hegemónico mientras evade el control político. También es fundamental para el capitalismo la división ontológica preexistente pero enormemente intensificada entre el fondo "natural" (no humano) y el primer plano "humano" (en apariencia, no natural). Por último, es constitutiva en igual grado la división entre explotación y expropiación, que hermana la libertad (doble) de la clase trabajadora oficial con el sometimiento no reconocido de los "otros" racializados. Hablar del capitalismo como un orden social institucionalizado, fundado sobre estas separaciones, es sugerir su imbricación estructural y no accidental con la dominación de género, la degradación ecológica, la opresión racial/imperial y la dominación política (por supuesto, todo eso en conjunción, con su igualmente estructural y no accidental dinámica en primer plano de la explotación de la fuerza de trabajo –doblemente– libre).

Luchas por los límites

Sin embargo, con lo dicho no pretendo sugerir que las divisiones institucionales del capitalismo sean dadas de una vez y para siempre. Por el contrario, como ya vimos, en función del régimen de acumulación varían históricamente el lugar y el modo exactos en que las sociedades capitalistas trazan la línea divisoria entre producción y reproducción, economía y organización social, naturaleza humana y no humana, explotación y expropiación. De hecho, es posible conceptualizar el capitalismo mercantil, el capitalismo colonial liberal, el capitalismo de monopolios administrados por el Estado y el capitalismo neoliberal globalizador en esos términos: como cuatro modos históricamente específicos de demarcar los diversos ámbitos que comprende el capitalismo.

De igual importancia es que la configuración precisa del orden capitalista en cualquier momento y lugar depende de la disputa: del equilibrio de poder social y del resultado de las luchas políticas. Lejos de ser dadas, las divisiones institucionales del capitalismo suelen volverse focos de conflicto cuando los actores se movilizan para desafiar o defender los límites establecidos que separan la economía de la organización social, la producción de la reproducción, lo humano de la naturaleza no humana y la explotación de la expropiación. En la medida en que apuntan a que procesos en disputa se resitúen en el mapa institucional del sistema, los sujetos del capitalismo recurren a las perspectivas normativas asociadas con las diversas zonas que ya detectamos.

En la actualidad, vemos que se recurre a esas perspectivas. Algunos opositores del neoliberalismo se valen de ideales de cuidado y responsabilidad, asociados con la reproducción, para oponerse a las iniciativas orientadas a mercantilizar la educación. Otros invocan nociones de administración de la naturaleza y justicia intergeneracional, asociadas con la ecología, para militar en favor de la adopción de energías renovables. Y otros esgrimen ideales de autonomía pública, asociados con la organización social, para reclamar controles internacionales de capitales y extender la rendición de cuentas democrática más allá del Estado. Otros más citan normas de integración y autonomía comunitaria, asociadas con la resistencia a la expropiación, para abogar por la abolición de la prisión y el

desfinanciamiento de las fuerzas policiales. Estas reivindicaciones, junto con las contrarreivindicaciones que inevitablemente suscitan, son la materia misma de la lucha social en las sociedades capitalistas, tan fundamentales como las luchas de clase por el control de la producción de mercancías y la distribución de la plusvalía que Marx privilegió. Estas luchas por los límites, como las denominaré, configuran de manera decisiva la estructura de las sociedades capitalistas[14] y desempeñan un papel constitutivo en la concepción del capitalismo como orden social institucionalizado.

El foco en las luchas por los límites debería desalentar cualquier impresión errada respecto de que el enfoque aquí esbozado es de índole funcionalista, vale decir, centrado en demostrar que cada instancia sirve para reforzar el sistema. Es verdad que empecé por caracterizar la reproducción social, la ecología, el poder político y la expropiación como condiciones básicas de posibilidad del relato sobre el "primer plano" del capitalismo e hice hincapié en su funcionalidad respecto de la producción de mercancías, la explotación de la fuerza de trabajo y la acumulación del capital. Sin embargo, ese momento no capta en plenitud las relaciones entre primer plano y fondo del capitalismo, sino que coexiste con otro momento, ya insinuado, que es igualmente central y surge de la caracterización de las zonas social, política, ecológica y periferializada/expropiable como reservorios de normatividad "no económica". Lo dicho implica que, aun si estos órdenes "no económicos" hacen posible la producción de mercancías, no son reductibles a esa función posibilitadora. Lejos de quedar agotadas por la dinámica de la acumulación o de estar por entero a su servicio, cada una de esas moradas ocultas alberga ontologías distintivas en materia de práctica social e ideales normativos.

Por otra parte, esos ideales "no económicos" están preñados de posibilidades políticas y críticas. En tiempos de crisis, en especial, es posible emplearlos contra prácticas económicas centrales asociadas con la acumulación de capital. En épocas como esas, tienden a debilitarse las divisiones estructurales que normalmente sirven para que las diversas normatividades queden segregadas a sus propias esferas institucionales. Cuando las separaciones pierden vigor, los sujetos del capitalismo –que, después de todo, viven en más de una esfera– vivencian conflictos normativos. Lejos de introducir ideas desde el "exterior", recurren a la normatividad compleja propia del capitalismo para criticarlo y movilizan a contracorriente la multiplicidad de ideales que coexisten, a veces con incomodidad, en un orden social institucionalizado asentado en divisiones que separan el primer plano del fondo. Así, la concepción del capitalismo como un orden social institucionalizado nos ayuda a comprender que es posible

desarrollar una crítica del capital desde dentro.

Sin embargo, este punto de vista también sugiere que sería un error interpretar románticamente la sociedad, la organización política, la naturaleza y la periferia como si estuvieran situadas “fuera” del capitalismo y se le opusieran. Esta interpretación romántica es la que hoy en día sostiene una cantidad considerable de pensadores anticapitalistas y activistas de izquierda, entre ellos feministas culturales, ecologistas profundos, neoanarquistas y decolonialistas, como asimismo muchos proponentes de economías “plurales”, “de poscrecimiento”, “de subsistencia” y “sociales y solidarias”. Con demasiada frecuencia, estas corrientes tratan “el cuidado”, “la naturaleza”, la “acción directa”, “el uso colectivo de recursos [commoning]” o el (neo)“comunalismo” como si fueran intrínsecamente anticapitalistas. Debido a esto, pasan por alto que sus prácticas favoritas no son exclusivamente generadoras de críticas, sino que también forman parte esencial del orden capitalista. Según mi interpretación, en cambio, la sociedad, la organización política, la naturaleza y la periferia expropiable surgieron al mismo tiempo que la economía y se desarrollaron en simbiosis con ella. Son, en efecto, los “otros” de la economía y solo adquieren su carácter específico en contraste con ella. Así, reproducción y producción conforman un par en el que cada término se codefine en función del otro. Ninguno tiene sentido sin el otro. Esto también se aplica a los pares organización política y economía, naturaleza y humanidad, centro y periferia. En cuanto parte constitutiva del orden capitalista, ninguno de los reinos “no económicos” aporta un punto de vista por completo externo que pueda sustentar una forma de crítica absolutamente pura y cabalmente radical. Por el contrario, los proyectos políticos que apelan a lo que imaginan como “externo” al capitalismo casi siempre terminan por reciclar estereotipos capitalistas: contraponen la crianza y el cuidado femeninos a la agresión masculina, la cooperación espontánea al cálculo económico, el organicismo holístico de la naturaleza al especismo antropocéntrico, el comunalismo de subsistencia al individualismo occidental. Tomar estas oposiciones como base para las luchas propias no equivale a cuestionar el orden social institucionalizado de la sociedad capitalista; en cambio, lo refleja involuntariamente.

De lo dicho se desprende que una interpretación adecuada de las relaciones entre el primer y el segundo plano del capitalismo debe reunir tres ideas diferentes. En primer lugar, los ámbitos “no económicos” ofician como condiciones de posibilidad de fondo para su economía: para su existencia, esa economía depende de valores e insumos provenientes de aquellos ámbitos. En segundo lugar, los

ámbitos “no económicos” del capitalismo tienen peso y carácter propios, que en ciertas circunstancias pueden proporcionar recursos para la lucha anticapitalista. Sin embargo, y aquí vemos la tercera idea, estos ámbitos son parte esencial de la sociedad capitalista: históricamente, se constituyeron en tándem con su economía y están marcados por su relación simbiótica con ella.

Las crisis de canibalización

Hay, además, una cuarta idea, que nos retrotrae al problema con el que empecé, el de la crisis. Las relaciones entre el primer y el segundo plano del capitalismo albergan fuentes inherentes de inestabilidad. Como vimos, la producción capitalista no genera su propio sustento, sino que se mantiene a expensas de la reproducción social, la naturaleza, el poder político y la expropiación; sin embargo, su orientación hacia la acumulación infinita amenaza con desestabilizar sus condiciones mismas de posibilidad. En el caso de sus condiciones ecológicas, lo que está en riesgo son los procesos naturales que sostienen la vida y proveen los insumos materiales para el aprovisionamiento de la sociedad. En el caso de las condiciones de posibilidad vinculadas con la reproducción social, se ven amenazados los procesos socioculturales que suministran las relaciones solidarias, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sustentan la cooperación social, a la vez que proveen los seres humanos adecuadamente socializados y capacitados que constituyen la "fuerza laboral". En el caso de las condiciones políticas, lo que se compromete son los poderes públicos, tanto nacionales como transnacionales, que garantizan los derechos de propiedad, hacen cumplir los contratos, arbitran en disputas, sofocan las rebeliones anticapitalistas y preservan la oferta monetaria. En el caso de la dependencia del capital respecto de la riqueza expropiada, lo que se pone en peligro es el universalismo autoproclamado del sistema –y por ende, su legitimidad– y la capacidad de sus clases dominantes de gobernar de manera hegemónica mediante una combinación que incluye tanto el consenso como el uso de la fuerza. En cada uno de estos casos, el sistema aloja una tendencia intrínseca a la desestabilización. Al no reabastecer ni reparar sus moradas ocultas, el capital devora con persistencia las bases que lo sostienen. Como la serpiente que come su propia cola, canibaliza sus propias condiciones de posibilidad.

Nos encontramos aquí, en el lenguaje de Marx, con cuatro "contradicciones del capitalismo": la ecológica, la social, la política y la racial/imperial; cada una de ellas corresponde a un género de canibalización y entraña una "tendencia a la crisis". Sin embargo, a diferencia de las tendencias a las crisis señaladas por Marx, estas no derivan de contradicciones internas de la economía capitalista, sino de contradicciones entre el sistema económico y sus condiciones de

posibilidad: entre producción y reproducción, entre sociedad y naturaleza, entre economía y organización política, entre explotación y expropiación.[15] Su efecto, como vimos, consiste en incitar una amplia variedad de luchas sociales en la sociedad capitalista: no solo luchas de clase en el lugar de producción, definidas en sentido acotado, sino también luchas por los límites en relación con la ecología, la reproducción social, el poder político y la expropiación. Estas luchas, que son respuestas a las tendencias a la crisis inherentes a la sociedad capitalista, prevalecen en nuestro enfoque ampliado del capitalismo en tanto orden social institucionalizado.

¿Qué tipo de crítica del capitalismo se deriva de la concepción aquí esbozada, es decir, del capitalismo entendido como orden social institucionalizado? Concebir el capital como un caníbal implica una forma de reflexión crítica con múltiples vertientes, muy similar a la que desplegó Marx en El capital. En mi lectura, Marx entrelaza una crítica sistémica de la tendencia inherente del capitalismo a las crisis (económicas), una crítica normativa de su dinámica intrínseca de dominación (de clase) y una crítica política del potencial para la transformación social emancipatoria inherente a su forma característica de lucha (de clases). La concepción que he delineado hasta aquí exige un entrelazamiento análogo de vertientes críticas; pero en este caso el entramado resulta más complejo, ya que cada una de esas vertientes es, a su vez, múltiple en su interior. La crítica de las crisis sistémicas incluye no solo las contradicciones económicas analizadas por Marx, sino también las cuatro contradicciones entre esferas aquí analizadas que desestabilizan las condiciones de fondo necesarias para la acumulación del capital, al poner en riesgo la reproducción social, la ecología, el poder político y la expropiación continua. De manera similar, la crítica de la dominación abarca no solo las formas (centradas en la producción) de dominación de clase examinadas por Marx, sino también aquellas vinculadas con la dominación de género, la dominación política, la dominación de la naturaleza y la dominación racial/imperial. Por último, la crítica política comprende múltiples conjuntos de actores –clases, géneros, grupos de estatus, “razas”, naciones y demoi– y vectores de lucha: no solo lucha de clases, sino además luchas por los límites atinentes a las separaciones entre las zonas social, política, natural y expropiable periferializada, por un lado, y “la economía”, por el otro.

Así, lo que se considera una lucha anticapitalista tiene un alcance tanto mayor que lo que tradicionalmente supusieron los marxistas. No bien desplazamos la mirada del relato aparente hacia su trasfondo, todas las condiciones básicas indispensables para la explotación del trabajo se vuelven focos de conflicto en la sociedad capitalista: no solo

luchas entre el trabajo y el capital en el lugar de producción, sino también luchas por los límites atinentes a la dominación de género, la ecología, el racismo, el imperialismo y la democracia. Sin embargo, lo que reviste igual grado de importancia es que, de ahí en más, estas últimas aparecen bajo una luz diferente: como luchas dentro de, en torno a y (en algunos casos) contra el capitalismo. Si quienes participan en estas luchas se vieran a sí mismos en estos términos, quizás podrían unirse o cooperar. En ese caso, su potencial emancipatorio consistiría en su capacidad para imaginar nuevas configuraciones, no "meramente" de la economía, sino de la relación de la economía con la sociedad, con la naturaleza y con la organización política. Entonces, reimaginar las divisiones estructurales que constituyeron históricamente las sociedades capitalistas representaría la tarea fundamental de los actores sociales y los teóricos críticos comprometidos con la emancipación en el siglo XXI.

Esa agenda es el alma de este libro. En los capítulos que siguen, consideraré con mayor detenimiento cada una de las cuatro moradas ocultas que describí en páginas anteriores. Mediante la integración del análisis estructural con la reflexión histórica y la teorización política, revelaré las formas de canibalización que les son propias: la dinámica racial/imperial de la división expropiación/explotación del capitalismo, que alimenta la voracidad de ese glotón con poblaciones a las que puede castigar impunemente (capítulo 2); la dinámica marcada por estereotipos de género del par reproducción/producción, que imprime al sistema el sello de devorador de cuidados (capítulo 3); la dinámica ecodepredadora de su antítesis naturaleza/humanidad, que sitúa a nuestro hogar planetario en las fauces del capital (capítulo 4); y el impulso que lo lleva a devorar el poder público y faenar, como en una carnicería, la democracia, impulso inherente a la división distintiva del sistema entre economía y organización política (capítulo 5). Las dos últimas secciones indagan la diferencia práctica que implica repensar el capitalismo como caníbal: en qué medida esa concepción modifica nuestra comprensión del socialismo (capítulo 6) y de la pandemia de covid-19 (epílogo).

▪

[1] La tradición marxista suele definir al capital como valor que se autoexpande. Sin embargo, esa formulación es engañosa. En la realidad, el capital se expande apropiándose del tiempo de trabajo excedente de los asalariados explotados y también expropiando la riqueza no capitalizada y subcapitalizada de los trabajadores

dedicados al cuidado, las poblaciones racializadas y la naturaleza. En otras palabras, se expande no por sí mismo, sino canibalizándonos. Para resaltar esta cuestión, uso el prefijo “auto-” entre comillas.

[2] Piero Sraffa, Production of Commodities by Means of Commodities. Prelude to a Critique of Economic Theory, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1960 [ed. cast.: Producción de mercancías por medio de mercancías, Barcelona, Oikus-Tau, 1982].

[3] Immanuel Wallerstein, Historical Capitalism, Londres, Verso, 1983, p. 39 [ed. cast.: El capitalismo histórico, México, Siglo XXI, 1988].

[4] Karl Polanyi, The Great Transformation, Boston, Beacon, 1965 [ed. cast.: La gran transformación, México, FCE, 1992]; Nancy Fraser, “Can Society Be Commodities All the Way Down?”, Economy and Society, vol. 43, 2014.

[5] Karl Marx, Capital, t. 1, trad. de Ben Fowkes, Londres, Penguin, 1976, pp. 873-876 [ed. cast.: El capital, libro I, en 3 vols., Buenos Aires, Siglo XXI, 2002-2004].

[6] Rosa Luxemburgo, The Accumulation of Capital, Nueva York, Monthly Review, 1968 [ed. cast.: La acumulación del capital, Buenos Aires,Terramar, 2007]; David Harvey, The New Imperialism, Óxford, Oxford University Press, 2003, pp. 137-182 [ed. cast.: El nuevo imperialismo, Madrid, Akal, 2016].

[7] Karl Marx, Capital, libro III, trad. de David Fernbach, Nueva York, International, 1981, pp. 949-950 [ed. cast.: El capital, libro III, en 3 vols., México, 1976-1981]; John Bellamy Foster, “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations of Environmental Sociology”, American Journal of Sociology, vol. 105, nº 2, septiembre de 1996. Véase una crítica del concepto del Antropoceno en el capítulo 4 de este volumen.

[8] Donna Haraway, “A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century”, Socialist Review, vol. 80, 1985 [ed. cast.: Manifiesto para cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX, Buenos Aires, Letra Sudaca, 2020].

[9] Geoffrey Ingham, The Nature of Money, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; David Graeber, Debt. The First 5,000 Years, Nueva York, Melville House, 2011 [ed. cast.: En deuda. Una historia alternativa de la economía, Barcelona, Ariel, 2014].

[10] Ellen Meiksins Wood, Empire of Capital, Londres - Nueva York, Verso, 2003 [ed. cast.: El imperio del capital, Madrid, Siglo XXI, 2004].

[11] Giovanni Arrighi, The Long Twentieth Century. Money, Power, and the Origins of Our Times, Londres - Nueva York, Verso, 1994 [ed. cast.: El largo siglo XX, Madrid, Akal, 2014].

[12] Georg Lukács, History and Class Consciousness. Studies in Marxist Dialectics, Cambridge, MIT, 1971 [ed. cast.: Historia y conciencia de clase, Madrid, Akal, 2021].

[13] Sara Ruddick, Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace, Londres, Women's Press, 1990; Joan Trento, Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care, Nueva York, Routledge, 1993.

[14] Nancy Fraser, "Struggle over Needs: Outline of a Socialist-Feminist Critical Theory of Late-Capitalist Political Culture", en Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1989 [ed. cast.: Prácticas rebeldes. Poder, discurso y género en la teoría social contemporánea, Buenos Aires, Prometeo, 2020].

[15] Véase James O'Connor, "Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction", Capitalism, Nature, Socialism, vol. 1, nº 1, 1988, pp. 1-22.

2. Un caníbal ávido de infligir castigo: por qué el capitalismo es estructuralmente racista

El capitalismo siempre tuvo un estrecho vínculo con la opresión racial. Con toda obviedad, esta aseveración es válida para el capitalismo de las plantaciones esclavistas de los siglos XVII al XIX, pero también para el capitalismo industrializado de Jim Crow.[16] Tampoco puede haber dudas razonables de que la opresión racial persista en el capitalismo desindustrializador, el de los créditos de alto riesgo a tasas siderales y los encarcelamientos masivos de la era actual. Pese a las claras diferencias mutuas, ninguna de estas formas de capitalismo "real" ha sido no racial. En todas sus encarnaciones hasta la fecha, la sociedad capitalista ha estado enlazada con la opresión racial.

¿Cuál es la índole de este enlazamiento? ¿Es contingente o estructural? ¿El vínculo entre capitalismo y racismo surgió por pura casualidad? ¿Podrían haber sido diferentes, en principio, las cosas? ¿O el capitalismo estaba inherentemente programado desde un comienzo para dividir a las poblaciones por razas? ¿Y cuál es la situación actual? ¿Es el racismo parte constitutiva del capitalismo contemporáneo? ¿O ahora, en el siglo XXI, por fin es posible un capitalismo no racial?

Estas preguntas no son nuevas. Por el contrario, constituyen el núcleo de una corriente de teorización crítica profunda, aunque poco reconocida, que se llamó "marxismo negro". Esta tradición, que floreció entre los años treinta y fines de los años ochenta del siglo XX, incluye figuras tan destacadas como C. L. R. James, W. E. B. Du Bois, Eric Williams, Oliver Cromwell Cox, Stuart Hall, Walter Rodney, Angela Davis, Manning Marable, Barbara Fields, Robin D. G. Kelley y Cornel West.[17] Si bien sus enfoques divergían en aspectos específicos, cada uno de estos pensadores abordó en profundidad el nexo entre capitalismo y racismo. Al menos durante los años ochenta, sus reflexiones fueron la vanguardia de lo que muchos denominan hoy teoría racial crítica.[18]

Sin embargo, la cuestión del entramado de capitalismo y raza salió de la agenda de la teoría crítica. Con el debilitamiento del radicalismo de la Nueva Izquierda y el derrumbe del comunismo real, el capitalismo dejó de ser un tema de interrogación seria en numerosos ámbitos, mientras que el marxismo era objeto de un rechazo creciente porque

se lo consideraba pasado de moda. Como resultado, las cuestiones atinentes a la raza y el racismo fueron cedidas a pensadores que trabajaban encuadrados en los paradigmas liberal y postestructuralista. Si bien esos pensadores hicieron algunas contribuciones notables a la teoría tradicional y a la teoría crítica de la raza, no intentaron arrojar luz sobre la relación entre capitalismo y opresión racial.

Aun así, en la actualidad, una nueva generación de teóricos de la raza críticos ha revitalizado esa problemática. Esta generación, que comprende pensadores como Michael Dawson, Ruth Wilson Gilmore, Cedric Johnson, Barbara Ransby y Keeanga-Yamahtta Taylor, reexamina la relación entre capitalismo y racismo a la luz de los acontecimientos del siglo XXI.[19] No es difícil discernir los motivos de este renovado interés. Al coincidir el ascenso de una nueva generación de activistas antirracistas militantes, por un lado, y un populismo supremacista agresivamente etnonacionalista y de extrema derecha, por otro, se ha dado un drástico incremento en lo que se pone en juego en la teoría crítica de la raza. Dentro de este encuadre, muchos pensadores sienten ahora la necesidad de comprender mejor aquello a lo cual se enfrentan. Varios advierten que el contexto extendido de los dos desarrollos mencionados es la crisis cada día más profunda de la sociedad capitalista contemporánea; una crisis que, en simultáneo, exacerba y visibiliza sus formas características de opresión racial. Por último, “capitalismo” dejó de ser un término tabú y el marxismo pasa por un resurgimiento. En esta situación, las preguntas fundamentales del marxismo negro se han vuelto, una vez más, acuciantes: ¿es el capitalismo necesariamente racista? ¿Es posible superar la opresión racial en el marco de una sociedad capitalista?

Al respecto, me propongo presentar la problemática a partir de la concepción ampliada del capitalismo desarrollada en el capítulo anterior. El enfoque que propongo desdibuja las oposiciones nítidas habituales entre estructura e historia, necesidad y casualidad, que nublan la enorme complejidad de la relación entre capitalismo y racismo. A diferencia de quienes proponen la contingencia y sostienen que el racismo no es indispensable para el capitalismo, afirmo que existe una base estructural en el persistente entrelazamiento del sistema capitalista con la opresión racial. Como ya vimos, esa base radica en la dependencia del sistema respecto de dos procesos de acumulación del capital, diferentes desde lo analítico pero entrelazados en la práctica: la explotación y la expropiación. Es la separación de ambos procesos y su asignación a dos poblaciones diferentes lo que se encuentra en la base de la opresión racial en la sociedad capitalista.

Sin embargo, en oposición a quienes postulan su necesidad e insisten en que el capitalismo no racial es imposible, argumentaré que el nexo explotación/expropiación del capitalismo no está grabado en piedra. Por el contrario, ese vínculo se ha modificado históricamente en el curso del desarrollo capitalista, que puede interpretarse como una secuencia de regímenes de acumulación racializada diferentes desde el punto de vista cualitativo. En cada fase, una configuración históricamente específica de la explotación y la expropiación sustenta un paisaje distintivo de racialización. Cuando recorremos esa secuencia hasta llegar al presente, descubrimos algo nuevo: una forma de capitalismo que desdibuja la separación histórica entre explotación y expropiación. Esta nueva forma ya no asigna los dos procesos a dos poblaciones diferentes demarcadas con nitidez, sino que parece disolver la base estructural de sustento de la opresión racial que ha sido inherente a la sociedad capitalista a lo largo de cuatrocientos años. Y sin embargo –sostendré–, la opresión racial persiste en formas ni estrictamente necesarias ni meramente contingentes. El resultado es un nuevo conjunto de incógnitas para la teoría marxista negra y para el activismo antirracista del siglo XXI.

En este capítulo desarrollo esta argumentación en tres pasos. Primero, defiendo la tesis de que el capitalismo incluye una base estructural que sustenta la opresión racial debido a su dependencia de la expropiación como condición necesaria para la explotación. Luego historizo esa estructura delineando las cambiantes configuraciones del par explotación/expropiación en las fases más importantes de la historia del capitalismo. Por último, examino las perspectivas de superación de la opresión racial en una nueva forma de sociedad capitalista que, si bien todavía depende de la explotación y la expropiación, no asigna esos procesos a dos poblaciones diferentes demarcadas con nitidez. Con esta exposición, dejo de manifiesto la tendencia inherente del sistema a racializar a las poblaciones para poder canibalizarlas mejor y, ya en la conclusión, señalo por qué –a modo de resultado– debemos interpretar el capitalismo como un caníbal ávido de infligir sufrimiento a esas poblaciones.

Intercambio, explotación, expropiación

¿Es el capitalismo necesariamente racista? Todo depende de a qué se haga referencia con el término “capitalismo” y de la perspectiva desde la cual se lo conciba. Vale la pena explorar tres perspectivas. La primera, enseñada en los cursos de economía, adoptada en el mundo de los negocios y consagrada en el sentido común, contempla el capitalismo a través de la lente del intercambio de mercado. La segunda, conocida por los socialistas, sindicalistas y otros protagonistas de las luchas laborales, sitúa el meollo del capitalismo en un nivel más profundo: la explotación del trabajo asalariado para la producción de mercancías. Una tercera perspectiva, desarrollada por críticos del imperialismo, pone el foco en la expropiación de los pueblos conquistados por parte del capital. En estas páginas sugiero que, si combinamos la segunda y la tercera perspectivas, lograremos ver qué pasa por alto cada uno de los tres enfoques tomados en forma aislada: la base estructural que da sustento a la opresión racial en la sociedad capitalista.

Encaremos, en primer lugar, la perspectiva del intercambio, desde la cual el capitalismo aparece simplemente como un sistema económico. Este, organizado para maximizar el crecimiento y la eficiencia, se centra en la institución del mercado, en la que individuos guiados por su interés particular realizan transacciones de intercambio de equivalentes en condiciones de absoluta imparcialidad. Concebido de esta forma, el capitalismo no puede menos que ser indiferente al color. Sin interferencias y librado a seguir su propia lógica economizante, el sistema disolvería cualquier jerarquía racial preexistente y evitaría generar otras nuevas. Desde el punto de vista del intercambio, el vínculo entre racismo y capitalismo es por completo contingente.

Mucho podría decirse acerca de esta perspectiva, pero lo importante para mis objetivos presentes es que aquella, por definición, desvincula al capitalismo del racismo. Al definir al capitalismo de manera acotada, como una lógica indiferente al color que solo procura maximizar el beneficio, la concepción centrada en el intercambio relega los impulsos racializantes a fuerzas externas al mercado que distorsionan su operación. Por lo tanto, el culpable no es el capitalismo (según lo entiende esta misma concepción), sino la sociedad que lo rodea. El racismo proviene de la historia, la política y

la cultura, las cuales se figuran como externas al capitalismo y conectadas con él solo de manera contingente. El resultado consiste en formalizar el capitalismo reduciéndolo a una lógica economizante de medios y fines, vaciándolo de su contenido histórico y político. Así, el enfoque centrado en el mercado oblitera la cuestión fundamental analizada en el capítulo 1 y central en la tesis que aquí expongo: por motivos estructurales, las economías capitalistas requieren precondiciones e insumos "no económicos", incluidos algunos que generan opresión racial. Al no tener en cuenta esa dependencia, esta concepción ofusca los mecanismos de acumulación, dominación y canibalización característicos del sistema.

Algunos de esos mecanismos quedan al descubierto en la segunda perspectiva –más amplia, menos formal y mucho menos benigna– que fue ideada por Karl Marx, quien elaboró una nueva concepción del capitalismo en tanto sistema de explotación. Como es sabido, Marx sondeó bajo la perspectiva habitual del intercambio de mercado hasta llegar al nivel más fundamental de la producción de mercancías. Allí descubrió el secreto de la acumulación en la explotación de los obreros asalariados por parte del capital. Según Marx, como vimos en el capítulo anterior, los obreros del capitalismo no son siervos ni esclavos, sino individuos libres desde el punto de vista legal: libres de ingresar al mercado de trabajo y vender su "fuerza de trabajo". En la realidad, por supuesto, es muy poco el margen de elección del que disponen; privados de acceso directo a los medios de producción, no pueden más que obtener sus medios de subsistencia entrando en una relación contractual que los compromete a trabajar para un capitalista a cambio de un salario. Tampoco redunda en su beneficio la transacción. Lo que en la primera perspectiva es un intercambio de equivalentes, en el enfoque de Marx es un engaño. Recompensados apenas por el costo promedio socialmente necesario para su propia reproducción, los trabajadores del capitalismo no tienen derecho alguno a reclamar el plusvalor que su trabajo genera y que se acumula, en cambio, en las arcas del capitalista. Y esa es la cuestión. Para Marx, el meollo del sistema es la explotación, interpretada como una relación entre dos clases sociales: por un lado, los capitalistas (que son propietarios de los medios de producción de la sociedad y se apropian de su excedente); por el otro, los productores (que son libres pero no propietarios y deben vender su fuerza de trabajo a diario para sobrevivir). Según lo observa Marx, el capitalismo no es una mera economía, sino un sistema social de dominación de clase, centrado en la explotación del trabajo libre por el capital en el contexto de la producción de mercancías.

La perspectiva de Marx tiene numerosas virtudes, de las cuales al

menos una es irrebatible. Al contemplar el capitalismo a través de la lente de la explotación, visibiliza aquello que la perspectiva del intercambio oscurecía: en la sociedad capitalista, hay una base estructural para la dominación de clase de trabajadores (doblemente) libres. Sin embargo, este foco no pone al descubierto una base estructural similar para la opresión racial. Al menos acerca de esta cuestión, la perspectiva de la explotación queda situada en incómoda cercanía con la del intercambio. Si bien revela que el capital se acumula como resultado del trabajo libre asalariado, arroja escasa luz, si acaso alguna, sobre el lugar que ocupa la raza en el sistema y sobre el motivo que la lleva a desempeñar un rol tan marcado en la historia del capitalismo. Al no ocuparse de esa cuestión, esta perspectiva no puede sino transmitir la idea de que el entrelazamiento del sistema con la opresión racial es contingente.

Sin embargo, esa conclusión es demasiado apresurada. El problema radica en que, al focalizarse en el proceso por el cual el capital explota el trabajo asalariado, Marx no consideró de manera sistemática algunos procesos igualmente fundamentales vinculados con la explotación. Pienso en dos procesos de esas características cuya indagación podría poner de manifiesto vínculos profundos con la opresión racial. El primero es el papel crucial desempeñado en la acumulación de capital por el trabajo no libre, dependiente y no asalariado; con esto me refiero al trabajo expropiado, en oposición al explotado, sujeto a una dominación no mediada por un contrato salarial. El segundo se relaciona con el rol de los órdenes políticos al otorgar estatus de individuos libres y ciudadanos a los “trabajadores”, mientras constituye a otros como seres inferiores, por ejemplo los esclavos convertidos en bienes, los trabajadores forzados, los súbditos colonizados, los “nativos” miembros de “naciones dependientes en el ámbito nacional”, los peones por deuda, los “ilegales”, los delincuentes convictos.[20]

Estas dos cuestiones –el trabajo dependiente y el sometimiento político– se vuelven visibles, sin embargo, cuando adoptamos una tercera perspectiva respecto del capitalismo: el punto de vista de la expropiación. Ya se señaló en el capítulo anterior: desarrollada por teóricos del imperialismo, esta manera de pensar el capitalismo amplía el marco de pensamiento más allá de “la metrópolis” para abarcar, además, la conquista y el saqueo de los pueblos situados “en la periferia”. Al adoptar una perspectiva planetaria, sus exponentes ponen de manifiesto un lado oscuro y oculto, bárbaro, de la modernidad capitalista: bajo las sutilezas del consenso y los contratos subyace la violencia brutal y el saqueo indisimulado. Como resultado, se proyecta nueva luz sobre el intercambio y la explotación, que ahora

aparecen como la punta de un témpano mucho más grande y más siniestro.

Sin lugar a duda, la perspectiva de la expropiación es reveladora. Lo que no queda tan claro, sin embargo, es si la expansión imperial es inherente al capitalismo desde el punto de vista estructural y, si lo fuera, cómo se relaciona la expropiación de pueblos dependientes y sometidos con la explotación de trabajadores (doblemente) libres. Tampoco nos brinda una interpretación sistemática sobre qué tiene que ver, si esto fuera pertinente, la expropiación con la opresión racial.

Afirmo que la expropiación es parte constitutiva de la sociedad capitalista y de su entrelazamiento con el racismo. En síntesis, como explicaré luego, el sometimiento de aquellos a quienes el capital expropia es condición (oculta) de posibilidad para la libertad de aquellos a quienes explota. Sin una explicación de lo primero, no podremos comprender cabalmente lo segundo; tampoco podremos entrever la base estructural del entrelazamiento histórico del capitalismo con la opresión racial.

Para analizar esta afirmación, recurriré a la concepción ampliada de capitalismo que expuse en el capítulo 1, que combina elementos de las dos últimas perspectivas mencionadas. Al sondear debajo del nivel ya conocido del intercambio, combina la “morada oculta” de la explotación identificada por Marx con la instancia todavía más oculta de la expropiación. Mediante la teorización de la relación entre explotación y expropiación, identificaré la base estructural que sustenta el persistente entrelazamiento del capitalismo con la opresión racial.

La expropiación en cuanto acumulación: el argumento económico

Empezaré por ampliar mi definición de la expropiación como elemento estructurante del capitalismo. Como vimos en el capítulo anterior, la expropiación es acumulación por otros medios, vale decir, otros que no son la explotación. Al prescindir de la relación contractual por cuyo intermedio el capital compra "fuerza de trabajo" a cambio de salarios, la expropiación confisca capacidades humanas y recursos naturales y los recluta para los circuitos de expansión del capital. La confiscación puede ser flagrante y violenta, como ocurrió en el caso de la esclavitud en el Nuevo Mundo, o puede ser velada y oculta bajo el disfraz del comercio, como actualmente sucede con los créditos rapaces y las ejecuciones de deuda. Los sujetos expropiados pueden ser comunidades rurales o indígenas de la periferia capitalista o bien miembros de grupos sometidos o subordinados en el centro capitalista. Una vez expropiados, esos grupos pueden terminar como proletarios explotados, si tienen suerte, o –si la fortuna no les sonríe– como indigentes, habitantes de barriadas precarias, aparceros, "nativos" o esclavos, sujetos de expropiación continua jamás incluidos en relaciones contractuales salariales. Los activos confiscados pueden ser trabajo, tierra, animales, herramientas, yacimientos de minerales o recursos energéticos, pero también seres humanos: sus capacidades sexuales y reproductivas, sus hijos y sus órganos vitales. Lo esencial, sin embargo, es que las capacidades requisadas terminan por ser incorporadas al proceso de expansión de valor que define al capital. El simple robo no es suficiente. A diferencia del tipo de saqueo que se dio mucho antes de la aparición del capitalismo, la expropiación en el sentido al que me refiero aquí es confiscación e incorporación al proceso de acumulación.

Por consiguiente, la expropiación incluye una multitud de pecados, que en su mayoría sostienen una estrecha correlación con la opresión racial. La asociación es evidente en las prácticas ligadas con la historia temprana del capitalismo (aunque todavía vigentes) como la conquista territorial, la anexión de tierras, la esclavitud, el trabajo bajo coerción, el secuestro de menores y la violación sistemática. Pero a la vez la expropiación adopta formas más "modernas"; por ejemplo, el trabajo en las cárceles, el tráfico sexual transnacional, la apropiación de tierras por parte de corporaciones y las ejecuciones de deuda predatorias, que también se vinculan con la opresión racial y, como

veremos, con el imperialismo contemporáneo.

La conexión no es solo histórica y contingente. Por el contrario, existen razones estructurales para que el capital recurra de forma continua y permanente a la expropiación racializada. Por definición, un sistema dedicado a la expansión ilimitada y la apropiación privada del plusvalor genera en los propietarios del capital un interés profundamente arraigado en la confiscación del trabajo y los medios de producción de poblaciones sometidas. La expropiación incrementa sus ganancias al bajar los costos de producción de dos maneras: por un lado, al ofertar insumos baratos, como energía y materias primas; por el otro, al proveer medios de subsistencia de bajo costo, como alimento y vestimenta, que le permiten pagar salarios más bajos. Así, confiscando recursos y capacidades de sujetos no libres o dependientes, los capitalistas pueden explotar con mayor rentabilidad a los trabajadores (doblemente) libres. De este modo, las dos "ex-" –explotación y expropiación– están entrelazadas. Detrás de cada Mánchester, hay un Misisipi.[21]

Ventajosa incluso en épocas "normales", la expropiación adquiere un atractivo especial en períodos de crisis económica, cuando funciona como solución crítica, aunque provisoria, para restaurar una rentabilidad que decae. Lo dicho también se aplica a las crisis políticas: a veces es posible desactivarlas o evitarlas mediante la transferencia de la riqueza confiscada a poblaciones que no representan una amenaza para el capital hacia otras que lo son, otra distinción que suele tener correlación con la "raza".[22]

En líneas generales, la expropiación es un rasgo estructural del capitalismo y una condición habilitante de la explotación no reconocida. Lejos de representar procesos separados y paralelos, expropiación y explotación están sistemáticamente imbricadas, son aspectos entrelazados de un único sistema mundial capitalista. Y la división entre ambas se relaciona a grandes rasgos, aunque de manera incuestionable, con lo que Du Bois denominó "la línea de color". En suma, la expropiación de "otros" racializados constituye una condición de posibilidad necesaria para la explotación de "trabajadores".

Para aclarar esta idea, voy a contrastarla con el análisis marxiano de la acumulación "primitiva" u "originaria",[23] del cual difiere en dos facetas. En primer lugar, "acumulación primitiva" denota el proceso sangriento por obra del cual se acopió capital en el nacimiento del sistema.[24] "Expropiación", en cambio, designa un proceso confiscatorio permanente esencial para sostener la acumulación en un sistema propenso a las crisis. En segundo lugar, Marx introduce la

noción de acumulación primitiva para explicar la génesis histórica de la división de clase entre trabajadores no propietarios y capitalistas propietarios de los medios de producción. La expropiación también lo explica, pero además hace visible otra división social, igualmente estructural y relevante, pero no teorizada en forma sistemática por Marx: la división social entre los trabajadores (doblemente) libres (que el capital explota mediante el trabajo asalariado) y los sujetos sometidos no libres o dependientes (que el capital canibaliza por otros medios).

Esta segunda división es central para nuestra indagación. Mi tesis es que las dinámicas racializantes de la sociedad capitalista están cristalizadas en la “marca” de base estructural que distingue a los sujetos de explotación libres de los sujetos de expropiación dependientes. Para desarrollar esta argumentación es necesario desplazar el foco de “lo económico” a “lo político”, ya que solo si tematizamos los órdenes políticos de la sociedad capitalista lograremos captar la constitución de esa distinción y, con eso, la mentira de la “raza”.

Expropiación como sometimiento: el argumento político

La distinción entre expropiación y explotación es económica y política al mismo tiempo. Desde el punto de vista económico, estos términos designan mecanismos de acumulación de capital, modos de expandir valor entrelazados aunque analíticamente diferentes. Desde la perspectiva política, tienen que ver con formas de dominación, en especial con jerarquías de estatus que distinguen a los individuos y ciudadanos portadores de derechos de los pueblos sometidos, los esclavos no libres y los miembros dependientes de grupos subordinados. Marx insistía en que, en la sociedad capitalista, los trabajadores explotados gozan del estatus legal de individuos libres asistidos por la potestad de vender su fuerza de trabajo a cambio de salarios. Una vez alienados de los medios de producción y proletarizados, están protegidos, al menos en teoría, de una (mayor) expropiación. Al respecto, su estatus difiere radicalmente del que tienen aquellos cuyo trabajo, propiedad o persona siguen siendo sometidos a confiscación por parte del capital. Lejos de gozar de protección política, estas últimas poblaciones quedan indefensas y se vuelven presa fácil para la expropiación continua. Así, son constituidas como inherentemente pasibles de ser sometidas a abusos. Privadas de medios para poner límites a lo que otros pueden hacerles, son vulnerables a las formas más lesivas de canibalización.

Por lo general, la distinción entre expropiación y explotación es una función no solo de la acumulación, sino también de la dominación. Y las instituciones políticas –sobre todo, los Estados– brindan o niegan protección en la sociedad capitalista. Y en gran medida los Estados codifican y hacen cumplir las jerarquías de estatus que distinguen a los ciudadanos de los súbditos, a los oriundos de un país de los extranjeros, a los trabajadores con derechos de los “parásitos” dependientes. Al construir sujetos explotables y expropiables, y trazar diferencias entre ellos, las prácticas estatales de subjetivación política proveen una precondición indispensable para la “auto”-expansión del capital.[25]

Sin embargo, los Estados no actúan solos: los acuerdos geopolíticos también están implicados. Lo que hace posible la subjetivación política en el nivel nacional es un sistema internacional que “reconoce” a los Estados y autoriza los controles fronterizos que

distinguen a los residentes legales de los “extranjeros ilegales”. Basta con pensar en los conflictos actuales en torno a los migrantes y refugiados para comprender con cuánta facilidad esas jerarquías de estatus político, geopolíticamente habilitadas, se codifican en términos raciales.

Lo dicho también se aplica a otro conjunto de jerarquías de estatus, enraizado en la geografía imperialista del capitalismo, que divide al mundo en “centro” y “periferia”. Históricamente, el centro era el núcleo emblemático de la explotación y la periferia se presentaba como el sitio icónico de la expropiación. Esa división fue racializada de manera explícita desde el comienzo, como también lo fueron las jerarquías de estatus asociadas con ella: ciudadanos metropolitanos versus súbditos coloniales, individuos libres versus esclavos, “europeos” versus “nativos”, “blancos” versus “negros”. Esas jerarquías, asimismo, sirven para trazar una distinción entre poblaciones y regiones aptas para la explotación y aquellas destinadas a la expropiación.

Para comprender cómo es posible esa distinción, vamos a analizar con mayor detenimiento la subjetivación política, y en especial los procesos que diferencian a los ciudadanos-trabajadores (doblemente) libres y explotables de los súbditos dependientes y expropiables. Esos dos estatus fueron constituidos políticamente, pero de modos diferentes. En el centro capitalista, los artesanos, campesinos y arrendatarios desposeídos devinieron ciudadanos-trabajadores explotables como resultado de procesos históricos de acuerdos de clase, que encauzaron sus luchas emancipatorias en senderos que convergían con los intereses del capital dentro del marco legal liberal de los Estados-nación. En cambio, quienes terminaron por volverse sujetos permanentemente expropiables, ya fuera en la periferia o en el centro, no llegaron a acuerdos similares, pues sus levantamientos fueron casi siempre aplastados mediante el uso de las armas. Si la dominación de los primeros estuvo envuelta en un manto de consenso y legalidad, la de los segundos se fundó sin rodeos en la represión descarnada.

A menudo, además, los dos estatus se constituyeron mutuamente y se codefinieron. En los Estados Unidos, el estatus del ciudadano-trabajador adquirió buena parte del aura de libertad que legitima la explotación, en contraste con la condición dependiente y degradada de los esclavos y los pueblos originarios, cuyas personas y tierras pudieron ser confiscadas con impunidad en forma reiterada.[26] Al codificar el estatus de los segundos, el Estado estadounidense construyó en simultáneo el estatus normativo de los primeros.

Como ya señalamos, la creación política de súbditos dependientes siempre excedió las fronteras de los Estados en el capitalismo. Por causas sistémicas, arraigadas en las lógicas enlazadas de la rivalidad geopolítica y el expansionismo económico, los Estados poderosos optaron por constituir sujetos expropiables en áreas alejadas, en zonas periféricas del sistema mundial capitalista. Saqueando los rincones más alejados del planeta, las potencias coloniales europeas, seguidas por un Estado imperial estadounidense, convirtieron a miles de millones de personas en súbditos portadores de esas características: desprovistos de protección política, listos y preparados para la confiscación. La cantidad de súbditos expropiables que crearon esos Estados excede con creces la de ciudadanos-trabajadores que "emanciparon" para su explotación. Tampoco cesó el proceso con la liberación de los pueblos sometidos a la dominación colonial. Por el contrario, incluso en nuestro presente se crean a diario enormes cantidades de nuevos sujetos expropiables como resultado de las operaciones conjuntas de los Estados poscoloniales, sus anteriores señores coloniales y los poderes transestatales que aceitan la maquinaria de la acumulación, incluidas las instituciones financieras internacionales que promueven la desposesión por medio de la deuda.

También en esta cuestión, el hilo común es (una vez más) la vulnerabilidad política: la incapacidad para fijar límites e invocar protecciones. La vulnerabilidad es, en rigor, el significado más profundo de la expropiabilidad y es lo que la diferencia de la explotabilidad. Y es la expropiabilidad –la condición de ser vulnerable y pasible de ser sometido a abusos– lo que constituye el núcleo de la opresión racial. Así, los sujetos de explotación libres se diferencian de los sujetos de expropiación dependientes por la marca de la "raza", como señal de que estos son pasibles de ser sometidos a abusos.

Mi tesis al respecto es que el capitalismo alberga una base estructural que sustenta la opresión racial. Esa base se vuelve borrosa cuando consideramos el sistema de una manera excesivamente acotada, ya sea desde la perspectiva del intercambio de mercado o desde la explotación del trabajo libre asalariado. En cambio, el culpable sale a la luz cuando el marco se amplía e incluye, además del intercambio y la explotación, la expropiación entendida como condición necesaria para la explotación, diferente de ella pero –en cualquier caso– entrelazada. Al adoptar una perspectiva ampliada del capitalismo que abarca tanto la "política" como la "economía", logramos percibir la dependencia no contingente del sistema de un estrato de personas no libres o sometidas, a quienes la "raza" marca como inherentemente pasibles de ser sometidas a abusos. Allí, en esa separación constitutiva del capitalismo entre explotación y expropiación, reside la base

estructural de su persistente entrelazamiento con la opresión racial.

Regímenes históricos de acumulación racializada

Sin embargo, en la estructura que describí caben variaciones. Lejos de haber sido dada de una vez y para siempre en los inicios del capitalismo, asistió a varios cambios sustanciales en el camino. En algunas etapas, explotación y expropiación permanecieron claramente separadas: la explotación tuvo su foco en el centro europeo y quedó reservada a la "aristocracia laboral" (masculina y blanca), a la vez que la expropiación se situó, principalmente, en la periferia y fue impuesta a las personas de color. En otras etapas, en cambio, esos deslindes se desdibujaron. Los cambios reconfiguraron periódicamente la dinámica de la opresión racial en la sociedad capitalista, que no puede comprenderse si se hace abstracción de ellos. En efecto, la relación entre capitalismo y racismo es no solo estructural sino también histórica.

Para echar luz sobre esta doble condición, esbozo un relato de la historia del capitalismo como una secuencia de regímenes de acumulación racializada. Aquí, en el segundo paso de mi argumentación, pongo de relieve las relaciones históricamente específicas entre expropiación y explotación en cada etapa principal del desarrollo capitalista. En relación con cada régimen, especifico la geografía y la demografía de la explotación y la expropiación: la medida en que estaban separadas entre sí, situadas en diferentes regiones y asignadas a poblaciones distintas. Respecto de cada uno de ellos, asimismo, señalo el peso relativo tanto de la explotación como de la expropiación, y las formas distintivas en que se interconectan. Por último, identifico las formas de subjetivación política que caracterizan cada etapa.

Comienzo con el capitalismo comercial o mercantil del siglo XVI al siglo XVIII. En esta época pensaba Marx cuando acuñó la frase "acumulación primitiva". Con esas palabras, señalaba que el motor principal de la acumulación en esta fase del capitalismo no fue la explotación, sino la expropiación. El quid de la cuestión fue la confiscación, manifestada tanto en los cercamientos de tierras en el centro, como en la conquista, saqueo y "caza comercial de pieles-negras" en la totalidad de la periferia,[27] procesos ambos que antecedieron por mucho el nacimiento de la industria moderna. Antes de la explotación a gran escala de obreros fabriles, vino la

expropiación masiva de cuerpos, trabajo, tierras y riquezas minerales en Europa y –especialmente– en África y el “Nuevo Mundo”. La expropiación literalmente eclipsó a la explotación en el capitalismo comercial, lo cual tuvo consecuencias de proporciones respecto de la jerarquía de estatus.

Por cierto, este régimen generó precursores de las subjetivaciones racializantes que se volvieron tan relevantes en fases posteriores: “europeos” versus “nativos”, individuos libres versus esclavos devenidos bienes, “blancos” versus “negros”. Pero esas distinciones eran mucho menos tajantes en una era en que prácticamente todas las personas que no eran propietarias tenían estatus de súbdito, no de ciudadano portador de derechos.

En ese período, la casi totalidad de la población carecía de protección política ante la expropiación, y la condición de la mayoría no era la libertad, sino la dependencia. Como resultado, esa última condición no cargaba con el estigma especial que adquirió en etapas subsiguientes del capitalismo, cuando los trabajadores de género masculino pertenecientes a la mayoría étnica y radicados en el centro obtuvieron derechos liberales como resultado de sus luchas políticas. Fue más tarde –con la democratización de los Estados metropolitanos y la explotación a gran escala del trabajo asalariado doblemente libre en la manufactura– cuando se agudizó el contraste entre “razas libres y sometidas” y se originó la verdadera jerarquía de estatus con supremacía blanca que asociamos con el capitalismo moderno.[28]

Y esto fue lo que sucedió cuando en el siglo XIX el capitalismo mercantil dio lugar al capitalismo colonial liberal. En el nuevo régimen, explotación y expropiación pasaron a estar más equilibradas e interconectadas. Por cierto, la confiscación de tierra y trabajo prosiguió a buen ritmo: los Estados europeos consolidaron su dominio colonial de ultramar, y en simultáneo los Estados Unidos de Norteamérica expropiaban a los nativos y perpetuaban su “colonia interna” (primero, mediante la ampliación de la esclavitud racializada y luego, tras la abolición, transformando a los libertos en peones por deuda en el sistema de aparcería). Sin embargo, en ese momento la expropiación en curso en la periferia se entrelazó con la explotación en el centro, de alta rentabilidad. La novedad fue el surgimiento de la manufactura a gran escala en fábricas, que forjó el proletariado imaginado por Marx, trastocó las formas de vida tradicionales y desató conflictos de clase generalizados. Con el tiempo, las luchas en pos de democratizar los Estados metropolitanos proporcionaron a los trabajadores explotados una versión de la ciudadanía afín al sistema. Al mismo tiempo, la represión brutal de las luchas anticoloniales

garantizó el sometimiento en la periferia. Así, el contraste entre dependencia y libertad se agudizó y se racializó en forma creciente, hasta quedar trazado sobre dos “razas” de seres humanos categóricamente distintas. El ciudadano-trabajador explotable “blanco” y libre emergió como el reverso de su propia condición de posibilidad excluida: el súbdito expropiable, racializado y dependiente. Y el racismo moderno ancló con firmeza en la estructura profunda de la sociedad capitalista.

La racialización se consolidó todavía más como resultado de la aparente separación entre expropiación y explotación en el régimen colonial liberal. En esa etapa, los dos procesos parecían estar radicados en diferentes regiones y asignados a diferentes poblaciones: una de ellas esclavizada o colonizada, la otra (doblemente) libre. En rigor, esa división jamás fue tan nítida, pues algunas industrias extractivas empleaban súbditos coloniales en trabajo asalariado y solo una minoría de trabajadores explotados en el centro capitalista logró escapar de la continua expropiación. Además, pese a parecer dos procesos separados, la explotación y la expropiación estuvieron sistemáticamente imbricadas: precisamente, la expropiación de poblaciones de la periferia (incluida la periferia del centro) proporcionó el alimento, los textiles, los minerales y la energía baratos sin los cuales la explotación de los trabajadores industriales metropolitanos no habría resultado rentable. En el período colonial liberal, por lo tanto, explotación y expropiación fueron dos motores de acumulación diferentes pero intercalibrados en el contexto de un único sistema capitalista mundial.

En la etapa siguiente, el nexo entre expropiación y explotación mutó una vez más. El nuevo régimen de capitalismo administrado por el Estado –iniciado entreguerras y consolidado luego de la Segunda Guerra Mundial– atenuó la división entre esos dos procesos, sin abolirla. En esta era, la expropiación ya no excluyó la explotación, sino que se combinó con ella directamente en los mercados de trabajo segmentados del centro capitalista. En esos contextos, el capital cobró una prima confiscatoria a los trabajadores racializados, al pagarles menos que a los “blancos” y por debajo de los costos socialmente necesarios para su reproducción. Por lo tanto, en esta etapa la expropiación se articuló de modo directo con la explotación, inmiscuyéndose en la constitución interna del trabajo asalariado en forma de escalas salariales duales.

Los afroestadounidenses fueron un ejemplo al respecto. Desplazados por la mecanización agrícola, se trasladaron en masa a las ciudades del Norte; allí, muchos de ellos pasaron a integrar el proletariado

industrial, pero sobre todo como trabajadores de segunda clase, relegados a las labores más sucias y serviles. En esta era, su explotación se superpuso con la expropiación, ya que el capital no pagaba la totalidad de sus costos de reproducción. Lo que dio sustento al arreglo que posibilitó esas condiciones fue la subordinación política permanente de los afroestadounidenses bajo el régimen de Jim Crow. Durante la era del capitalismo administrado por el Estado, se los privó de protección política, en la medida en que la segregación, la denegación de derecho al voto y otras innumerables humillaciones institucionales insistían en impedirles la ciudadanía plena. Aun aquellos que consiguieron empleo en fábricas situadas en los estados del Norte o en astilleros ubicados sobre la Costa Oeste continuaron siendo más o menos expropiables, no portadores de derechos plenos y libres. Por lo tanto, fueron expropiados y explotados en forma simultánea.[29]

Pese a haber desdibujado la línea que dividía la expropiación de la explotación, el régimen del capitalismo de Estado incrementó la diferencia de estatus asociada con las dos. Los recién creados Estados de bienestar en el centro capitalista dotaron de valor simbólico y material adicional al estatus de ciudadano-trabajador, al ampliar las protecciones y los beneficios dispensados a quienes podían reclamarlos. Al instituir los derechos laborales, la negociación con las empresas y el seguro social, no solo estabilizaron la acumulación para beneficio del capital sino que incorporaron políticamente a esos "trabajadores" que eran "solo" explotados. El efecto, sin embargo, fue intensificar la odiosa comparación con los excluidos de esa designación y estigmatizar más aún a los "otros" racializados. La vulnerabilidad continua y permanente de estos últimos a los abusos, notablemente anómala y experimentada como injusta, se convirtió en el objetivo de las protestas militantes en los años sesenta, cuando los activistas por los derechos civiles y el Black Power tomaron las calles.

En la periferia, mientras tanto, estallaban las luchas por la descolonización, lo cual daría origen a una amalgama diferente entre explotación y expropiación. La independencia prometía elevar el estatus de los habitantes de las excolonias: dejarían de ser súbditos dependientes para convertirse en ciudadanos con derechos. Lo que sucedió fue que algunos estratos de la clase trabajadora lograron ese ascenso, pero de manera precaria y en condiciones inferiores. En una economía global fundada sobre el intercambio desigual, su explotación también estuvo pregnada de expropiación, pues los regímenes comerciales a los que esos estratos se enfrentaban desviaban valor hacia el centro, pese al derrocamiento de la dominación colonial. Por otra parte, los limitados avances de que

gozaron algunos le fueron negados a la inmensa mayoría, que quedó excluida del vínculo salarial y sometida a la confiscación desembozada. Ahora, sin embargo, los expropiadores no solo eran gobiernos extranjeros y empresas transnacionales, sino también los Estados poscoloniales. La estrategia de desarrollo de estos Estados, centrada en la industrialización por sustitución de importaciones, a menudo implicó la expropiación de "sus propias" poblaciones nativas. E incluso los Estados en desarrollo que hicieron ingentes esfuerzos por mejorar la situación de campesinos y trabajadores no lograron completar su objetivo. La combinación de recursos estatales limitados, regímenes neoimperiales de inversión y comercio y desposesión continuada de la tierra aseguró que la línea entre expropiación y explotación permaneciera borrosa en el período poscolonial.

En el capitalismo administrado por el Estado, por lo tanto, la explotación ya no estuvo tan divorciada de la expropiación, sino que las dos se articularon internamente en el trabajo industrial racializado, por un lado, y en las ciudadanías plagadas de concesiones otorgadas en los Estados poscoloniales. Sin embargo, la distinción entre las dos no se borró: variantes "puras" de las dos persistieron en el centro y en la periferia. Numerosas poblaciones (de modo casi invariable, personas de color) siguieron siendo lisa y llanamente expropiadas. Otras (casi siempre, europeas y "blancas") eran "meramente" explotadas. La novedad fue el surgimiento de casos híbridos en que algunas personas se veían sometidas, al mismo tiempo, a mecanismos de expropiación y de explotación. Esas personas constituyeron una minoría en el capitalismo administrado por el Estado, pero fueron los heraldos de un mundo por venir.

Si observamos el régimen actual, vemos que el híbrido expropiación/explotación se ha ampliado con creces. Esta etapa, que llamaré "capitalismo financiarizado", descansa sobre un nexo novedoso y distintivo. Por un lado, se produjo una modificación drástica en la geografía y la demografía de los dos fenómenos. Buena parte de la explotación industrial a gran escala hoy en día se efectúa fuera del centro histórico, en los países denominados Brics[30] que alguna vez constituyeron la semiperiferia. Al mismo tiempo, la expropiación va en aumento, tanto que amenaza, una vez más, con superar a la explotación como fuente de beneficio. Entre estos desarrollos hay una conexión estrecha. A medida que la industria migra y las finanzas se metastatizan, la expropiación se universaliza y afecta no solo a sus sujetos tradicionales sino también a aquellos que antes estaban protegidos por su condición de ciudadano-trabajador e individuo libre.

La deuda es uno de los principales culpables en este aspecto: las

instituciones financieras internacionales presionan a los Estados para que se confabulen con los inversionistas en la canibalización de la riqueza perteneciente a poblaciones inermes. De hecho, es en gran medida por obra de la deuda que se desposee a los campesinos y se intensifican las apropiaciones de tierras por parte de las corporaciones en la periferia capitalista. Sin embargo, no son esas las únicas víctimas: en la práctica, todos los habitantes de excolonias que no son propietarios son expropiados por medio de la deuda soberana, ya que los Estados poscoloniales empeñados con prestamistas internacionales y atrapados en las "tenazas" del "ajuste estructural" se ven obligados a abandonar el desarrollismo en favor de políticas de liberalización que transfieren riqueza al capital corporativo y las finanzas internacionales. Lejos de reducir su deuda, esa restructuración no hace más que agravarla, pues eleva a niveles altísimos la relación entre servicio de la deuda y producto bruto nacional, y de este modo condena a innumerables generaciones a la expropiación, en algunos casos mucho antes de que nazcan y sin importar si además están o no sometidas a la explotación.

La expropiación también es, cada vez más, el medio que permite llevar adelante la acumulación en el centro histórico. A medida que el trabajo precario y mal remunerado en el sector de los servicios reemplaza al trabajo industrial sindicalizado, los salarios caen por debajo de los costos de reproducción socialmente necesarios. Los trabajadores que antes eran "meramente" explotados, ahora son también expropiados. Esa doble condición, reservada con anterioridad a las minorías pero cada vez más generalizada, se ve agravada por el asalto al Estado de bienestar. El salario social disminuye, pues los ingresos fiscales que antes se destinaban a infraestructura pública y beneficios sociales se desvían al servicio de la deuda y la "reducción del déficit" con la esperanza de aplacar a "los mercados". Mientras los salarios reales se desploman, los servicios que solían ser provistos por el Estado, como el cuidado de los niños, recaen en las familias y las comunidades (léase: en las mujeres, quienes además están empleadas en trabajos asalariados precarios y son, por tanto, explotadas y expropiadas por partida doble). Tanto en el centro como en la periferia, en una carrera de reducción de costos, se recortan los impuestos corporativos, lo cual diezma aún más las arcas del Estado y justifica, en apariencia, una mayor "austeridad", lo que en efecto completa el círculo vicioso. Las dádivas adicionales a las corporaciones evisceran los derechos laborales, ganados con tanto esfuerzo, y dejan a los trabajadores que alguna vez gozaron de protección expuestos a los abusos. Sin embargo, se espera que tanto ellos como muchos otros compren mercaderías baratas de fabricación

extranjera. En esas condiciones, un gasto de consumo continuo requiere una deuda de consumo ampliada, lo cual engrosa las billeteras de los inversionistas mientras canibaliza a los ciudadanos-trabajadores de todo color, aunque en especial a los prestatarios racializados, que son incentivados a tomar préstamos hiperexpropiativos de alto riesgo a muy corto plazo. Por lo tanto, en todos los niveles y en todas las regiones, la deuda es el motor que impulsa las nuevas oleadas de expropiación en el capitalismo financiarizado.

En el presente régimen, pues, encontramos un nuevo entrelazamiento de la explotación y la expropiación, una nueva lógica de subjetivación política. En lugar de la nítida división anterior entre sujetos dependientes expropiables y trabajadores libres explotables, lo que hay es un continuo. En un extremo se sitúa la masa creciente de sujetos expropiables indefensos; en el otro, las decrecientes filas de los ciudadanos-trabajadores protegidos y "solo" sometidos a explotación. En el centro del continuo se yergue una nueva figura, formalmente libre pero vulnerable en grado sumo: el ciudadano-trabajador expropiado y explotado. Esta nueva figura, ya no más restringida a las poblaciones periféricas y las minorías raciales, se está convirtiendo en la norma.

Sin embargo, el continuo expropiación-explotación sigue racializado. La representación de las personas de color en el extremo de la expropiación todavía es desproporcionada, como puede verse en los Estados Unidos. Los estadounidenses de piel negra y morena a quienes durante mucho tiempo se les negaron los créditos, por lo que se vieron confinados a viviendas segregadas de baja calidad, además de recibir salarios demasiado bajos como para acumular ahorros, pasaron a quedar sistemáticamente en la mira de proveedores de préstamos de alto riesgo; como consecuencia, registraron las tasas más elevadas de ejecuciones hipotecarias de viviendas en el país. De manera similar, los pueblos y vecindarios habitados por minorías que por mucho tiempo se vieron privados de recursos públicos resultaron fuertemente afectados por los cierres de plantas fabriles, que no solo les costaron puestos de trabajo sino también ingresos fiscales y, por lo tanto, fondos para escuelas, hospitales, mantenimiento de la infraestructura básica, lo cual con el tiempo condujo a una situación de debacle en lugares como Flint, Míchigan y el Distrito Noveno de Nueva Orleans. Por último, los hombres negros, siempre sometidos a condenas diferenciales, encarcelamientos rigurosos, trabajo forzado y violencia socialmente tolerada (también a manos de la policía) son objeto de reclutamiento masivo por lo que los teóricos críticos de la raza denominan complejo penitenciario-industrial: enjaulados en

instituciones carcelarias con la capacidad colmada por las tasas desproporcionadamente altas de desocupación y una “guerra contra las drogas” que apunta contra personas que posean cantidades reducidas de pasta base de cocaína. Pese a los cambios experimentados en la relación expropiación-explotación, el racismo sigue vivo y goza de buena salud en el capitalismo financiarizado, que a decir verdad es un caníbal ávido de infligir castigo.

¿Sigue siendo el capitalismo necesariamente racista todavía?

¿Qué se desprende de lo dicho en relación con la teoría y la práctica del antirracismo? ¿La actual distensión de la división entre explotación y expropiación significa acaso que la estructura que sostuvo cuatrocientos años de opresión racial capitalista por fin se está disolviendo? ¿El capitalismo dejó de ser necesariamente racista? Y si así fuera, ¿también se está disolviendo el poder del racismo para dividir a las poblaciones?

El análisis aquí expuesto sugiere el desmoronamiento, si no la desaparición total, de lo que a lo largo de la historia funcionó como base estructural del racismo en la sociedad capitalista. Desde sus orígenes hasta el presente, el capitalismo siempre necesitó tanto la expropiación como la explotación. En el pasado, sin embargo, requirió, además, su separación mutua y su asignación a dos poblaciones diferentes divididas por la línea de color. Hoy en día, ese segundo requisito perdió vigencia. Por el contrario, el régimen actual recluta a casi todos los adultos no propietarios para el trabajo asalariado, pero le paga a la abrumadora mayoría menos que los costos socialmente necesarios para su reproducción. Al reducir el "salario social" mediante el desmantelamiento de la provisión pública, deja al grueso de la población no propietaria atrapado en los tentáculos de la deuda. Mediante la universalización de la precariedad, el capitalismo financiarizado explota y expropia simultáneamente a casi todo el mundo.

Sin embargo, la opresión racial perdura en esta etapa del capitalismo. Las personas de color siguen siendo racializadas y tienen mucho mayores probabilidades de ser pobres, desempleadas, carecer de vivienda, padecer hambre y enfermedades; también de ser víctimas de delitos y préstamos usurarios; de ser encarceladas y condenadas a muerte; de ser acosadas y asesinadas por la policía; de ser usadas como carne de cañón o esclavas sexuales y convertidas en refugiadas o "daño colateral" en guerras interminables; de ser desposeídas y obligadas a escapar de la violencia, la pobreza y otros desastres inducidos por el cambio climático, solo para ser confinadas en jaulas situadas en las fronteras o morir ahogadas en el mar.

Tomados en conjunto, estos desarrollos presentan un enigma analítico. Por un lado, el capitalismo financiarizado disuelve la estructura

político-económica que sustentó la opresión racial en regímenes anteriores. Por otro, todavía alberga disparidades raciales y fomenta antagonismos raciales. La pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué el racismo sobrevive a la desaparición de la separación nítida entre expropiación y explotación? ¿Por qué quienes hoy en día comparten la condición objetiva de ser sujetos explotados y expropiados no se ven a sí mismos como compañeros de viaje en el mismo barco (que además hace agua y no es apto para navegar)? ¿Por qué no se unen para oponerse al nexo expropiación-explotación, más borroso y difuso, del capitalismo financiarizado que los perjudica a todos?

No es sorprendente que alianzas de esas características hayan aparecido solo en raras ocasiones en etapas previas de la historia del capitalismo. Antes, la división racializada entre expropiación y explotación alentaba a los (doblemente) libres "trabajadores" del centro capitalista a disociar sus intereses y objetivos de los intereses y objetivos de los sujetos dependientes de la periferia, incluida la periferia interior al centro. Como resultado, lo que se entendía como lucha de clases se desconectaba con demasiada facilidad de las luchas contra la esclavitud, el imperialismo y el racismo, cuando no se oponía directamente a ellas. Y también ocurría a la inversa: movimientos cuyo objetivo residía en superar la opresión racial perdían la fe en las alianzas con los "trabajadores" y, a veces, incluso las desdeñaban. El efecto del capitalismo a lo largo de la historia fue debilitar las fuerzas emancipatorias.

Pero eso era lo que sucedía entonces. ¿Cuáles son las perspectivas de esas alianzas hoy, cuando la opresión racial en la sociedad capitalista dejó de ser estrictamente "necesaria"? La perspectiva aquí delineada sugiere una prognosis mixta. Desde el punto de vista objetivo, el capitalismo financiarizado borroneó la separación mutua entre expropiación y explotación que daba sustento al racismo en el pasado. Desde el punto de vista subjetivo, sin embargo, la nueva configuración puede agravar el antagonismo racial, al menos en el corto plazo. Cuando siglos de estigmas y abusos racializados se entrelazan con la necesidad voraz del capital de contar con sujetos para explotar y expropiar, el resultado es un sentimiento de intensa inseguridad y profunda paranoia –por tanto, una búsqueda desesperada de seguridad– y un racismo exacerbado.

Cierto es que quienes antes estuvieron protegidos de la (excesiva) depredación no están en modo alguno dispuestos a compartir hoy la carga de esa expoliación, y eso no solo por ser racistas (más allá de que muchos lo sean). Ocurre que también ellos tienen reclamos legítimos, que surgen de una u otra forma, como es natural. En

ausencia de un movimiento multirracial que luche por la abolición de un sistema social que impone la expropiación de forma casi universal, sus reclamos encuentran expresión en las filas cada día más numerosas del populismo autoritario de derecha. Actualmente, esos movimientos florecen en casi todos los países del centro histórico del capitalismo, y también en unos cuantos centros de la antigua periferia. Representan la respuesta, completamente previsible, al "neoliberalismo progresista" de nuestros tiempos. Las élites que encarnan esa perspectiva apelan con cinismo a la "equidad" mientras amplían el alcance de la expropiación: piden a quienes alguna vez estuvieron protegidos de lo peor por su condición de "blancos" o "europeos" que renuncien a ese estatus favorecido, acepten su creciente precariedad y se rindan ante los abusos, mientras ellos canalizan sus activos a inversionistas sin ofrecerles a cambio otra cosa que aprobación moral. [31]

En este contexto, las perspectivas políticas para una sociedad posracial no son promisorias, pese a la posibilidad de una apertura estructural. Las alianzas multirraciales no surgen de manera espontánea a partir de una configuración nueva y menos nítida del nexo expropiación-explotación. Por el contrario, en el mundo brutalmente rapaz del capitalismo financiarizado, los antagonismos raciales se intensifican. Hoy, cuando en teoría sería viable la existencia de un capitalismo no racial, en la práctica esa posibilidad se ve obstruida por una combinación tóxica de disposiciones sedimentadas, angustias exacerbadas y manipulaciones cínicas.

Sin embargo, antes de lamentarnos por ese hecho debemos preguntarnos qué, exactamente, podría significar "capitalismo no racial" en las actuales condiciones. En una interpretación, sería un régimen en el cual las personas de color contarían con una representación proporcional en los altos mandos de las finanzas internacionales y el poder político, por un lado, y entre las víctimas expropiadas y explotadas por estos últimos, por el otro. Contemplar esta posibilidad no les aportaría gran consuelo a los antirracistas, pues significaría el empeoramiento sostenido de las condiciones de vida de la inmensa mayoría de las personas de color, entre otros. Orientado a lograr una paridad dentro del contexto de una desigualdad creciente, un capitalismo no racial de estas características llevaría, en el mejor de los casos, a una canibalización con igualdad de oportunidades en medio de una creciente animosidad racial.

El análisis aquí expuesto sugiere la necesidad apremiante de una transformación más radical. Pese a lo que sostengan los neoliberales progresistas, no es posible derrotar al racismo por medio de la

canibalización con igualdad de oportunidades, como tampoco –pese a lo que afirmen los liberales tradicionales– mediante la reforma jurídica. Por ese mismo motivo, y pese a lo que postulen los nacionalistas negros, el antídoto no radica en zonas industriales subsidiadas para estimular el desarrollo de ciertas regiones, ni en el control comunitario o la autodeterminación. Tampoco, como sostendrían los socialistas tradicionales, el foco exclusivo en la explotación podría emancipar a las poblaciones racializadas ni, para el caso, a trabajador alguno, sea del color que sea. Por el contrario, como vimos aquí, también es necesario apuntar a la expropiación a la cual la explotación se ve sistemáticamente vinculada. Lo que se necesita, en rigor, es superar el perdurable nexo que sostiene el capitalismo entre expropiación y explotación, para transformar la matriz general y erradicarlas a las dos aboliendo el sistema más amplio que genera su simbiosis.

Para superar el racismo, hoy en día se requieren alianzas multirraciales cuyo objetivo consista en lograr esa transformación. Si bien esas alianzas no nacen en forma automática como resultado de un cambio estructural, pueden ser construidas mediante el esfuerzo político sostenido. La condición sine qua non es una perspectiva que ponga el acento sobre la simbiosis entre expropiación y explotación en el capitalismo financiarizado. Al dejar de manifiesto su imbricación mutua, esa perspectiva sugiere que ninguna de las dos puede superarse por sí sola. El destino de una y otra está atado, como lo está el de las poblaciones que en épocas previas estuvieron nítidamente divididas y hoy están tan incómodamente próximas. Ahora que los explotados son también los expropiados, y viceversa, acaso resultase posible, por fin, vislumbrar una alianza entre ellos. Quizá, al desdibujar la línea que separa la expropiación de la explotación, el capitalismo financiarizado esté creando la base material para su abolición conjunta. Sin embargo, de nosotros depende aprovechar la oportunidad y convertir una posibilidad histórica en una verdadera fuerza histórica para la emancipación.

En ningún caso sería sencillo lograr ese objetivo. Pero se vuelve aun más difícil si evaluamos algunas características estructurales adicionales de la sociedad capitalista. Como vimos en el capítulo 1, la expropiación racializada no es la única forma arraigada de dominación en esa sociedad, sino que comparte esa condición con injusticias fundadas sobre las otras moradas ocultas que ya identificamos –política, ecológica y social-reproductiva– y está profundamente entrelazada con ellas. Para comprender de manera cabal el racismo, primero hay que comprender esas otras formas de dominación. Por ende, en el siguiente capítulo contemplaré las formas

de canibalización marcadas por los estereotipos de género que nacen de la separación estructural de producción y reproducción propia del capitalismo.

■

[16] Se conoce como “leyes Jim Crow” las normas racistas que entraron en vigor a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos y segregaban a las personas afrodescendientes en los ámbitos públicos o en los medios de transporte. [N. de E.]

[17] La expresión “marxismo negro” fue acuñada por Cedric Robinson, que dio origen a la noción de una tradición de pensamiento marxiana distintiva para la liberación negra. Véase Cedric Robinson, Black Marxism, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999 [ed. cast.: Marxismo negro. La formación de la tradición radical negra, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020]. Sin embargo, Robinson no solo no adhirió ni respaldó esa tradición, sino que se posicionó como su crítico. Entre los trabajos de algunos exponentes destacados del marxismo negro, se incluyen C. L. R. James, The Black Jacobins, Londres, Penguin, 1938 [ed. cast.: Los jacobinos negros, Navarra, Katakrak, 2022]; W. E. B. Du Bois, Black Reconstruction in America, 1860-1880, Nueva York, Harcout, Brace and Company, 1938; Eric Williams, Capitalism and Slavery, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1944 [ed. cast.: Capitalismo y esclavitud, Madrid, Traficantes de Sueños, 2011]; Oliver Cromwell Cox, Caste, Class, and Race. A Study of Social Dynamics, Nueva York, Monthly Review, 1948; Stuart Hall, “Race, Articulation, and Societies Structured in Dominance”, en Unesco (ed.), Sociological Theories. Race and Colonialism, París, Unesco, 1980, pp. 305-345; Walter Rodney, How Europe Underdeveloped Africa, Washington, DC, Howard University Press, 1981 [ed. cast.: De cómo Europa subdesarrolló a África, Madrid, Siglo XXI, 1982]; Angela Davis, Women, Race, and Class, Londres, Women’s Press, 1982 [ed. cast.: Mujeres, raza y clase, Madrid, Akal, 2019]; Manning Marable, How Capitalism Underdeveloped Black America, Brooklyn, South End Press, 1983; Barbara Fields, “Slavery, Race, and Ideology in the United States of America”, New Left Review, vol. 181, mayo-junio de 1990, pp. 95-118 y 168; Robin D. G. Kelley, Hammer and Hoe. Alabama Communists during the Great Depression, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990, y Race Rebel. Culture, Politics, and the Black Working Class, Nueva York, Free Press, 1996; y de Cornel West, “The Indispensability Yet Insufficiency of Marxist Theory” y “Race and Social Theory”, ambos en The Cornel

West Reader, Nueva York, Basic Civitas, 1999, pp. 213-230 y 251-267.

[18] Esta expresión designó originariamente la investigación realizada para dilucidar la relación entre derecho y raza. Posteriormente se apoderaron del término actores de la derecha estadounidense, que lo emplean para designar y deslegitimar cualquier tipo de indagación antirracista sistemática. Aquí y en todo el libro, utilizo la denominación no en forma peyorativa sino apreciativamente para designar la amplia gama de teorización antirracista y antiimperialista que incluye la teoría de la liberación negra sin limitarse a ella.

[19] Michael C. Dawson, Blacks In and Out of the Left, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2013; Ruth Wilson Gilmore, Golden Gulag. Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California, Berkeley - Los Ángeles, University of California Press, 2017; Cedric Johnson, Revolutionaries to Race Leaders. Black Power and the Making of African American Politics, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2007; Barbara Ransby, Making All Black Lives Matter. Reimagining Freedom in the Twenty-First Century, Berkeley - Los Ángeles, University of California Press, 2018; y, de Keeanga-Yamahtta Taylor, From #Black Lives Matter to Black Liberation, Chicago, Haymarket, 2016 [ed. cast.: De BlackLivesMatter# a la liberación negra, Buenos Aires, Tinta Limón, 2017] y Race for Profit. How Banks and the Real Estate Industry Undermined Black Homeownership, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2021.

[20] Sería falso decir que Marx no tuvo en cuenta en absoluto estos procesos. Por el contrario, escribió en El capital, por ejemplo, acerca de la esclavitud, del colonialismo, de la expulsión de los irlandeses y del “ejército industrial de reserva”. Sin embargo, con la excepción de este último, no sistematizó los análisis al respecto. Estas cuestiones tampoco generaron categorías que cumplan un rol esencial y estructural en su concepción del capitalismo. Véase Karl Marx, Capital, vol. I, ob. cit., pp. 781-802, 854-870, 914-926 y 931-940. En cambio, una extensa línea de pensadores posteriores procuró incorporar el análisis de la opresión racial al marxismo. Véanse nn. 16 y 18. Mi propio aporte se nutre de ellos, aunque también desarrolla un argumento conceptual de características diferentes.

[21] Esta formulación se hace eco de un pensamiento de Jason Moore, quien señala la dependencia continua que tiene el capital de la expropiación de trabajo no remunerado (de la naturaleza y de las personas). Así, escribe: “Las tecnologías de maximización de la productividad reactivan la acumulación en la totalidad del sistema

cuando ponen en marcha una vasta apropiación de una naturaleza no capitalizada. Para cada Ámsterdam, tiene que haber una cuenca del Vístula. Para cada Mánchester, un delta del Misisipi" (Jason W. Moore, "The Capitalocene, Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work/Energy", Journal of Peasant Studies, vol. 45, 2018).

[22] Como explico en el apartado siguiente, la táctica de "dividir y gobernar" activa jerarquías de estatus codificadas en términos raciales que distinguen a los ciudadanos de los sujetos sometidos, a quienes cuentan con ciudadanía de los extranjeros, a los individuos libres de los esclavos, a los "europeos" de los "nativos", a los "blancos" de los "negros", a los "trabajadores con derechos" de los "parásitos" dependientes.

[23] Karl Marx, Capital, vol. 1, ob. cit., pp. 873-876.

[24] Para otro análisis que extiende el concepto de acumulación primitiva más allá del acopio inicial, véase Robin Blackburn, "Extended Primitive Accumulation", en The Making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern, 1492-1800, Londres - Nueva York, Verso, 2010.

[25] La dependencia de la acumulación respecto de la subjetivación es un caso especial de un fenómeno más amplio. En otros aspectos, el "subsistema económico" del capitalismo depende para su mera existencia de condiciones que le son externas, incluidas algunas que solo pueden ser garantizadas por los poderes políticos. Es obvio que la acumulación requiere un marco legal que garantice los derechos de propiedad, haga cumplir los contratos y dirima disputas. Igualmente necesarias son las fuerzas represivas, que suprimen rebeliones, mantienen el orden y gestionan el disenso. Asimismo, las iniciativas políticas orientadas a la gestión de las crisis resultaron indispensables en momentos diversos de la historia del capitalismo, como también lo fue la provisión pública de infraestructura, asistencia social y, por supuesto, dinero. Analizo esas funciones políticas indispensables en el capítulo 5, así como en "Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism", Critical Historical Studies, vol. 2, nº 2, 2015, pp. 1-33. Aquí, en cambio, me centro en la función, igualmente necesaria, de la subjetivación política.

[26] Judith Shklar, American Citizenship. The Quest for Inclusion, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1998 [ed. cast. parcial: "Ciudadanía americana: la búsqueda de la inclusión", Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad, vol. 21, pp. 357-391,

disponible en <doi.org/10.20318/eunomia.2021.6354>].

[27] Karl Marx, Capital, vol. 1, ob. cit., p. 915 [ed. cast. cit., vol. 3, p. 939].

[28] Nancy Fraser y Linda Gordon, “A Genealogy of ‘Dependency’: Tracing a Keyword of the US Welfare State”, Signs. Journal of Women in Culture and Society, vol. 19, nº 2, invierno de 1994, pp. 309-336. Reimpreso en Nancy Fraser, Fortunes of Feminism. From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis, Londres - Nueva York, Verso, 2013 [ed. cast.: Fortunas del feminismo, Quito, IAEN, 2015].

[29] Sugiero que la situación del trabajo racializado en el capitalismo administrado por el Estado combinó elementos de expropiación con elementos de explotación. Por un lado, los trabajadores de color recibían en el centro estadounidense un salario inferior a los costos promedio socialmente necesarios para su reproducción. Por el otro, si bien contaban con el estatus formal de personas libres y ciudadanos estadounidenses, no podían recurrir a los poderes públicos para hacer valer sus derechos; por el contrario, quienes se suponía que debían protegerlos de la violencia solían ser los que la perpetraban. Así, su estatus amalgamó aspectos tanto políticos como económicos de la explotación y la expropiación. El fenómeno se comprende mejor de este modo, como una amalgama o un híbrido de explotación y expropiación, que mediante el concepto más conocido de “superexplotación”. Si bien indudablemente ese término es evocador, se centra con exclusividad en los aspectos económicos de la brecha salarial entre razas, pasando por alto las diferencias de estatus. Mi enfoque, por el contrario, apunta a visibilizar el entrelazamiento de la depredación económica con la subordinación política. Con relación a un análisis de la superexplotación, véase, por ejemplo, Ruy Mauro Marini, Dialéctica de la dependencia, México, Era, 1973.

[30] Brics es sigla de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.

[31] Para mayores precisiones sobre el neoliberalismo progresista, véase Nancy Fraser, “The End of Progressive Neoliberalism”, Dissent, primavera de 2017. Véase también Nancy Fraser, The Old Is Dying and the New Cannot Be Born. From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond, Londres - Nueva York, Verso, 2019 [ed. cast.: “Lo viejo está muriendo y lo nuevo no termina de nacer”, en ¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019].

3. Devorador de cuidados: por qué la reproducción social es un sitio fundamental de crisis capitalista

Si el capital se nutre de la riqueza de las poblaciones racializadas, entonces también es un devorador de cuidados.[32] En nuestros días, esa vertiente de su índole caníbal encuentra expresión en el agotamiento social y la falta de tiempo generalizados, experiencias que tienen su base estructural en la realidad social. El hecho es que nuestro sistema social drena las energías requeridas para atender a las familias, mantener los hogares, sostener las comunidades, alimentar las amistades, construir redes políticas y forjar solidaridades. Usualmente denominadas "trabajo de cuidado", estas actividades son indispensables para la sociedad: recobran a los seres humanos, tanto a diario como generacionalmente, y preservan los lazos sociales. En las sociedades capitalistas, además, garantizan la provisión de fuerza de trabajo mercantilizada de la cual el capital extrae plusvalía. Sin este trabajo de reproducción social, como lo denominaré, no podría haber producción o ganancia o capital; no existirían ni la economía ni la cultura ni el Estado. En rigor, es justo decir que ninguna sociedad, capitalista o de otro tipo, que canibalice sistemáticamente la reproducción social puede sobrevivir mucho tiempo. Y sin embargo, eso es lo que está haciendo la forma actual de capitalismo: desvía los recursos emocionales y materiales (que deberían dedicarse al trabajo de cuidado) a otras actividades no esenciales que engrosan las arcas corporativas mientras nos expolian. El resultado es una crisis de grandes proporciones, no solo de cuidados sino de reproducción social, en el sentido más amplio.

Pese a su gravedad, esta crisis no es sino una manifestación del frenesí alimentario general que describo en este libro. En el período presente, el capital no solo canibaliza la reproducción social, sino también los poderes públicos y las capacidades políticas y la riqueza de la naturaleza y de las poblaciones racializadas. El resultado es una crisis general de nuestro orden social en su conjunto, cuyas diversas vertientes se intersecan y exacerban entre sí. Sin embargo, los análisis actuales se centran, sobre todo, en los aspectos económicos o ecológicos y hacen caso omiso de la reproducción social pese a su urgencia e importancia. Esa falta de atención, indudablemente

vinculada al sexismo, bloquea nuestras posibilidades de hacer frente al desafío. La vertiente de los cuidados ocupa un lugar tan decisivo dentro de la crisis general que si se hace abstracción de ella no es posible comprender de manera cabal ninguno de los otros factores. Sin embargo, lo opuesto es también verdadero: la crisis de la reproducción social no se da aisladamente ni puede entenderse aparte del resto. Entonces, ¿cómo interpretarla?

Propongo entender la actual crisis de cuidado como una expresión aguda de la contradicción social-reproductiva inherente al capitalismo. Esta formulación sugiere dos ideas. Primero, que las presiones que hoy en día se ejercen sobre el cuidado no son accidentales, sino que tienen raíces estructurales profundas en nuestro actual orden social, al que me referí en capítulos anteriores como capitalismo financiarizado. Aun así –y esta es la segunda idea–, dicha crisis en el terreno de la reproducción social indica que hay algo podrido no solo en la forma actual del sistema, sino en la sociedad capitalista. Lo que debe ser transformado no es solo el neoliberalismo, sino el capitalismo.

Mi tesis, por lo tanto, es que cualquier forma de sociedad capitalista incluye una contradicción social o tendencia a la crisis de profundo arraigo: por un lado, la reproducción social es condición básica necesaria para la acumulación sostenida de capital; por el otro, la pulsión del capitalismo a la acumulación ilimitada lo lleva a canibalizar las actividades sociorreproductivas sobre las cuales se funda. Esta contradicción social del capitalismo reside en la raíz de lo que se denomina nuestra crisis de cuidados. A pesar de ser inherente al capitalismo en tanto tal, cobra una apariencia diferente y distintiva en cada forma históricamente específica de sociedad capitalista. Los déficits de cuidados que vivenciamos hoy en día son la forma que esta contradicción adopta en la etapa actual, financiarizada, del desarrollo capitalista.

Puro lucro, a expensas del mundo de la vida

Para entender el porqué de esa afirmación, necesitamos ampliar nuestra idea de lo que se considera una contradicción del capitalismo. La mayoría de los analistas ponen el acento sobre las contradicciones internas de la economía del sistema. Sostienen que en el núcleo de esa economía hay una tendencia intrínseca a la autodesestabilización, que se expresa periódicamente en crisis económicas: derrumbes del mercado bursátil, ciclos de auge y caída, depresiones generalizadas. Esta visión es acertada, hasta donde llega. Sin embargo, no aporta un panorama completo de las contradicciones inherentes al capitalismo, porque pasa por alto un rasgo crucial de su sistema social: el impulso del capital a canibalizar riqueza en zonas que se encuentran más allá (o detrás) de lo económico. Esa omisión se resuelve pronto si adoptamos la interpretación ampliada del capitalismo que delineamos en los capítulos anteriores. Dado que abarca tanto la economía oficial como sus condiciones básicas no económicas, ese enfoque nos brinda la posibilidad de conceptualizar y criticar la gama completa de contradicciones inherentes al capitalismo, incluidas las centradas en la reproducción social. Veamos la explicación.

La economía capitalista depende de (bien podría decirse: consume parasitariamente) actividades de provisión, cuidado e interacción que producen y mantienen vínculos sociales, pero no les asigna valor monetizado y las trata como si fueran gratuitas. Esas actividades, denominadas de diversas maneras (“cuidado”, “trabajo afectivo” o “subjetivación”), forman los sujetos humanos del capitalismo y los sostienen como seres naturales corporizados, al tiempo que los constituyen como seres sociales al conformar el habitus y el ethos cultural donde se mueven. El trabajo de dar a luz y socializar a los niños ocupa un lugar preponderante en este proceso, como también el cuidado de los ancianos, la manutención de los hogares, la construcción de comunidades y la preservación de los significados compartidos, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que dan sostén a la cooperación social.

Interpretado en sentido amplio, el trabajo de reproducción social es esencial en todas las sociedades. En las sociedades capitalistas, sin embargo, asume otra función más específica: producir y reponer las clases cuya fuerza de trabajo el capital explota para obtener plusvalor.

Por irónico que parezca, el trabajo de cuidado produce la fuerza laboral que el sistema llama “productiva”, pero se lo considera “no productivo”. Es verdad que en buena parte, aunque no todo, dicho trabajo de cuidado está localizado fuera de los circuitos de acumulación de valor de la economía oficial: en los hogares y los barrios, en instituciones de la sociedad civil y en instituciones públicas. Además, es relativamente reducida la parte de ese trabajo que produce valor en el sentido capitalista, incluso cuando se lo efectúa en forma remunerada. Con todo, sin importar dónde se realiza y si es o no remunerada, la actividad sociorreproductiva es necesaria para el funcionamiento del capitalismo. Ni el trabajo asalariado considerado productivo ni el plusvalor que de él se extrae podrían existir en ausencia del trabajo de cuidado. Solo gracias a las tareas domésticas, la crianza de los niños, la escolaridad, el cuidado afectivo y un sinfín de actividades vinculadas con ellos, el capital puede conseguir una fuerza de trabajo adecuada a sus necesidades en calidad y cantidad. La reproducción social es una precondición indispensable de la producción económica en una sociedad capitalista.[33]

Sin embargo, al menos de la era industrial en adelante, las sociedades capitalistas separaron el trabajo de reproducción social del trabajo de producción económica. Mediante la asociación del primero con las mujeres y del segundo con los hombres, envolvieron las actividades reproductivas en una nube de sentimientos, como si ese trabajo debiera ser su propia recompensa o, en caso de no serlo, solo se lo debiera remunerar con migajas, a diferencia del trabajo desempeñado en forma directa para el capital, que se paga (en teoría) con un salario del cual el trabajador puede vivir. De este modo, las sociedades capitalistas crearon una base institucional para formas nuevas, modernas, de subordinación de la mujer. Al escindir el trabajo reproductivo del universo más amplio de actividades humanas, en el que previamente el trabajo de la mujer ocupaba un lugar reconocido, lo relegaron a una esfera doméstica recién institucionalizada en la que la importancia social de esa labor quedó opacada, envuelta en la niebla de unas nociones de femineidad de reciente invención. Y en este nuevo mundo, donde el dinero devino un medio primordial de poder, el hecho de que ese trabajo no fuera remunerado o estuviera mal pago selló la cuestión: quienes se desempeñan en trabajo reproductivo esencial quedan estructuralmente subordinados a quienes perciben salarios vitales a cambio del trabajo generador de plusvalor en la economía oficial, aunque sea el trabajo de los primeros el que posibilita el de los segundos.

Por lo general, las sociedades capitalistas separan la reproducción social de la producción económica, asocian la primera con las mujeres

y oscurecen su importancia y su valor. Paradójicamente, sin embargo, hacen depender sus economías oficiales de los propios procesos de reproducción social cuyo valor desestiman. Esa peculiar relación entre división, dependencia y desestimación constituye una receta infalible para la desestabilización. De hecho, aquí nos encontramos con una contradicción: por un lado, la producción económica capitalista no se sustenta a sí misma, sino que descansa sobre la reproducción social; por el otro, su impulso hacia la acumulación ilimitada amenaza con desestabilizar los propios procesos reproductivos y capacidades que el capital –así como todos nosotros– necesita. El efecto en el tiempo, como veremos, es poner en riesgo periódicamente las condiciones sociales necesarias de la economía capitalista.

Aquí reside una "contradicción social" arraigada en lo profundo de la estructura institucional de la sociedad capitalista. Al igual que las contradicciones económicas que pusieron de relieve los marxistas, también esta sirve de base a una tendencia a la crisis. En este caso, sin embargo, el problema no está situado "dentro" de la economía capitalista, sino en la frontera que separa (y conecta) la producción y la reproducción. Ni intraeconómica ni intradoméstica, da lugar a un choque entre las respectivas gramáticas normativas y lógicas de acción de esos dos ámbitos. Por supuesto, la contradicción suele silenciarse y la tendencia a la crisis queda oscurecida. Se vuelve aguda, sin embargo, cuando la pulsión del capital hacia la acumulación expandida se desamarra de sus bases sociales y se les pone en contra. Cuando esto sucede, la lógica de la producción económica ignora la lógica de la reproducción social y, como resultado, desestabiliza los procesos mismos de los cuales depende el capital; así, pone en riesgo las capacidades sociales (tanto domésticas como públicas) necesarias para sostener la acumulación en el largo plazo. Al destruir sus propias condiciones de posibilidad, la dinámica de la acumulación del capital imita al uróboro y se come su propia cola.

Accesos históricos de deglución de cuidados por parte del capital

La contradicción social mencionada es propia del capitalismo en general: está inscripta en su ADN. Sin embargo, adopta diferentes formas en etapas distintas del desarrollo del sistema. De hecho, la organización capitalista de la reproducción social ha experimentado cambios históricos radicales, a menudo como resultado de la disputa política. En períodos de crisis, en especial, los actores sociales se enfrentan entre sí por los límites que separan la economía de la sociedad, la producción de la reproducción y el trabajo de la familia, y en ocasiones logran modificar su trazado. Esas "luchas por los límites", como las denominé en el capítulo 1, son tan centrales en las sociedades capitalistas como lo son las luchas en los lugares de producción que suelen privilegiar los izquierdistas, con las cuales están entrelazadas. Y los cambios que esas luchas provocan marcan transformaciones históricas.

Una perspectiva que sitúe en primer plano esos cambios estará en condiciones de distinguir cuatro regímenes de reproducción social y producción económica en la historia del capitalismo. Estos regímenes igualan la secuencia de regímenes de acumulación racializada relevados en el capítulo 2, con los cuales se intersecan y superponen. Aquí encontramos el régimen mercantil capitalista del siglo XVI al XVIII, el régimen liberal colonial del siglo XIX, el régimen administrado por el Estado de mediados del siglo XX y el régimen capitalista financiarizado de la era actual. Mi foco, en estos párrafos, apunta hacia el trabajo de reproducción social: cómo está organizado y dónde está situado en cada etapa. ¿Las personas que lo desempeñan están posicionadas como miembros de la familia, como empleadas domésticas (no remuneradas o mal remuneradas) que trabajan en hogares privados, como empleados de empresas con fines de lucro, como activistas comunitarios y voluntarios de la sociedad civil o como funcionarios asalariados?

Esas preguntas recibieron diferentes respuestas en cada régimen. Así, las condiciones sociorreproductivas de la producción económica adoptaron un aspecto diverso en cada era. Otro tanto sucede con los fenómenos de crisis a partir de los cuales queda de manifiesto la contradicción social del capitalismo. Por último, esa contradicción incitó formas distintivas de lucha social en cada régimen: luchas de

clase, sin duda, pero también luchas por los límites y, como veremos, luchas por la emancipación.

Colonización y “domestificación”

Analicemos, primero, el régimen capitalista mercantil del siglo XVI al XVIII. En el centro imperial comercial, que estaba en sus albores, este régimen mantuvo la cuestión de crear y sostener lazos sociales tal como había sido hasta entonces: situada en las aldeas y los hogares y en redes de parentesco extendido, regulada localmente por las costumbres y por la Iglesia, alejada de la acción del Estado nacional y relativamente intacta ante la ley del valor. Sin embargo, en la periferia, el régimen derribó con violencia los lazos sociales precapitalistas: saqueó al campesinado, esclavizó a africanos, desposeyó a los pueblos originarios, todo con despiadada indiferencia a sutilezas como la familia, la comunidad y el parentesco. La resistencia que siguió representó una primera etapa de lucha social en torno a la reproducción social en la historia del capitalismo.

El asalto generalizado a las sociedades de la periferia continuó bajo el así llamado capitalismo liberal del siglo XIX, cuando los Estados europeos consolidaban su dominación imperial. Pero la situación cambió de modo radical en la metrópolis. En los tempranos núcleos manufactureros del centro capitalista, los industrialistas obligaron a mujeres y niños a trabajar en las fábricas y las minas, ansiosos por aprovechar su mano de obra barata y su supuesta docilidad. Estos trabajadores, a quienes se asignaba míseras remuneraciones y se obligaba a trabajar jornadas extensísimas en condiciones insalubres, se convirtieron en íconos de la indiferencia del capital hacia las relaciones y capacidades sociales que sustentaban su productividad. [34] En este perfil, por consiguiente, los imperativos de la producción y la reproducción parecían estar en contradicción directa. El resultado fue una crisis en, al menos, dos niveles: por un lado, una crisis de reproducción social en las clases baja y trabajadora, cuyas capacidades de sustento y reabastecimiento se vieron tensionadas al punto de ruptura; por el otro, el pánico moral de las clases medias, escandalizadas por lo que interpretaban como la destrucción de la familia y la desexualización de las mujeres proletarias. Tan grave era esta situación que incluso críticos tan sagaces como Marx y Engels interpretaron erradamente como la última palabra este primer conflicto frontal entre producción económica y reproducción social. Imaginando que el capitalismo había ingresado en su crisis terminal, creyeron que mientras el sistema evisceraba a la familia de clase

trabajadora también erradicaba las bases de la opresión de las mujeres.[35] Sin embargo, lo que en realidad sucedió fue precisamente lo opuesto: con el tiempo, las sociedades capitalistas hallaron recursos para gestionar esta contradicción, en parte, creando "la familia" en su forma restringida moderna, inventando significados nuevos y más intensos de la diferencia de género y modernizando la dominación masculina.

El proceso de adaptación se inició, en el centro europeo, con las leyes de protección. La idea era estabilizar la reproducción social limitando la explotación de mujeres y niños en el trabajo fabril.[36] Encabezada por reformistas de clase media aliados con las nacientes organizaciones de trabajadores, esta "solución" reflejaba una amalgama compleja de motivaciones diferentes. Uno de sus objetivos, magníficamente caracterizado por el historiador de la economía y antropólogo Karl Polanyi, radicó en "defender a la sociedad ante la economía" en una histórica batalla entre defensores del libre mercado y proteccionistas sociales que Polanyi denominó el "doble movimiento".[37] Otro fue calmar la ansiedad provocada por la "igualación de los géneros". Pero estas motivaciones también se enlazaron con algo más: la insistencia en la autoridad masculina sobre mujeres y niños, en especial, en el seno de la familia.[38] Como resultado, la lucha por garantizar la integridad de la reproducción social quedó enredada con la defensa de la dominación masculina.

El efecto deseado era silenciar la contradicción social en el centro capitalista, en un momento en que la esclavitud y el colonialismo la elevaban al grito en la periferia. Al crear lo que la socióloga feminista Maria Mies denominó "domestificación" –entendida como el reverso de la colonización–,[39] el capitalismo colonial liberal elaboró un nuevo imaginario de género constituido por esferas separadas. Sus proponentes buscaron crear un balasto que estabilizara la volatilidad de la economía imaginando a la mujer como "el ángel del hogar". El feroz mundo de la producción debía estar flanqueado por un "remanso en medio del despiadado mundo".[40] En la medida en que cada lado se mantuviera dentro de la esfera asignada y oficiara como complemento del otro, el conflicto potencial entre ambos permanecería oculto.

En la realidad, esta "solución" resultó bastante precaria. Las leyes de protección no podían garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo cuando los salarios permanecían por debajo del nivel requerido para mantener una familia; cuando los inquilinatos hacinados y contaminantes impedían cualquier privacidad, ponían en riesgo la fertilidad, afectaban la salud y acortaban la vida, y cuando el

empleo (si es que lo había) estaba sujeto a fluctuaciones desenfrenadas debido a las quiebras, las caídas de los mercados y las estampidas financieras. Tampoco quedaron satisfechos los trabajadores con esos acuerdos: en campaña por salarios más altos y mejores condiciones laborales, formaron sindicatos, hicieron huelgas y se unieron a partidos socialistas y de los trabajadores. Desgarrado por un conflicto de clase generalizado y cada día más profundo, el futuro del capitalismo distaba mucho de estar garantizado.

Las esferas separadas resultaron ser igualmente problemáticas. Las mujeres pobres, racializadas y de clase trabajadora no estaban en condiciones de satisfacer los ideales victorianos de la vida doméstica; si bien las leyes de protección mitigaban su explotación directa, no ofrecían apoyo material o compensación por lucro cesante. Pero tampoco las mujeres de clase media que cumplían los ideales victorianos se encontraban siempre satisfechas con su situación, que combinaba bienestar material y prestigio moral con minoridad legal y dependencia institucionalizada. En los dos casos, la "solución" de las esferas separadas operó principalmente a expensas de las mujeres. Y además las enfrentó entre ellas: considérense las luchas decimonónicas en torno de la prostitución, que enfrentó las preocupaciones filantrópicas de las mujeres victorianas de clase media con los intereses materiales de sus "hermanas caídas".[41]

En la periferia se desplegó una dinámica diferente. Allí, mientras el colonialismo extractivo asolaba a poblaciones sojuzgadas, ni las esferas separadas ni las protecciones sociales tenían siquiera la mínima incidencia. Lejos de procurar proteger las relaciones de reproducción social en las poblaciones locales, las potencias metropolitanas promovieron activamente su destrucción. Saquearon a los campesinos, devastaron sus comunidades para obtener los alimentos, tejidos, minerales y energía baratos sin los cuales la explotación de los trabajadores industriales metropolitanos no habría sido rentable. En América del Norte, mientras tanto, las capacidades reproductivas de las mujeres esclavizadas fueron violentamente incautadas y puestas al servicio de los cálculos de beneficio de los dueños de plantaciones; como rutina, las familias fueron desgajadas, pues sus miembros se vendían a diferentes amos, a menudo separados por grandes distancias.[42] También los niños nativos fueron arrancados de sus comunidades, recluidos en escuelas misioneras y sometidos a disciplinas coercitivas de asimilación.[43] Cuando se requirieron racionalizaciones, nada impidió que, a modo de exculpación, se invocase la condición antinaturalmente empoderada de las mujeres indígenas como muestra del estado atrasado y patriarcal de las relaciones de género no occidentales. Esta

justificación funcionó a la perfección en la India colonial, donde las filántropas británicas encontraron una plataforma pública para instar a “los hombres blancos a salvar a las mujeres marrones de los hombres marrones”.[44]

En esos dos entornos, periferia y centro, los movimientos feministas transitaban por un campo político minado. Al rechazar la supeditación a una “protección” masculina y las esferas separadas, mientras exigían el derecho a votar, a negarse a tener relaciones sexuales, a ser propietarias, a firmar contratos, a practicar profesiones y a controlar sus propios salarios, las feministas liberales parecían valorar la aspiración a la autonomía en clave masculina por sobre los ideales de cuidado y crianza imaginados como femeninos. Y en este aspecto, si no en mucho más, coincidió su contraparte socialista-feminista. Al concebir el ingreso de la mujer al trabajo asalariado como ruta hacia la emancipación, también las últimas prefirieron los valores asociados con la producción por sobre aquellos connotados por la reproducción. Estas asociaciones de género eran ideológicas, desde luego, pero respondían a una profunda intuición: que a pesar de las nuevas formas de dominación que el capitalismo traía aparejadas, su erosión de las relaciones de parentesco tradicionales incluía un momento emancipatorio.

En esta situación, las feministas quedaron atrapadas en un dilema. Muchas de ellas no se sintieron cómodas en ninguno de los lados del doble movimiento de Polanyi. Ni el polo de la protección social, con su apego a la dominación masculina, ni el de las fuerzas del libre mercado, con su desatención a la reproducción social, las beneficiaba. Sin poder rechazar de plano ni adoptar cabalmente el orden liberal, algunas procuraron desarrollar una tercera orientación, que llamaron “emancipación”. En la medida en que las feministas lograron plasmar en forma creíble ese término, hicieron estallar el esquema bifronte de Polanyi y lo transformaron en un triple movimiento.[45] En ese conflicto trilateral, los proponentes de la protección y del libre mercado no solo chocaron entre sí, sino también con los partidarios de la emancipación: con feministas, indudablemente, pero también con socialistas, abolicionistas y anticolonialistas, todos decididos a enfrentar a los dos polos de Polanyi entre sí, incluso mientras se enfrentaban entre ellos.

Por promisoria que parezca en teoría, esa estrategia resultó difícil de implementar. En la medida en que los esfuerzos orientados a “proteger a la sociedad ante la economía” se identificaron con la defensa de la jerarquía de género, resultó fácil interpretar la oposición feminista a la dominación masculina como un respaldo a las fuerzas económicas que

devastaban a la clase trabajadora y las comunidades periféricas. Estas asociaciones deberían resultar sorprendentemente duraderas: persistieron mucho después de que el capitalismo liberal colonial se derrumbase bajo el peso de sus múltiples contradicciones, en la agonía de las guerras entre imperios, las depresiones económicas y el caos financiero internacional, y por fin diera paso a un nuevo régimen a mediados del siglo XX.

El fordismo y el salario familiar

Hace su ingreso el capitalismo administrado por el Estado. Surgido de las cenizas de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, este régimen buscó desactivar la contradicción entre producción económica y reproducción social de un modo por completo novedoso: alistando el poder del Estado del lado de la reproducción. Los Estados de esta era procuraron contrarrestar los efectos corrosivos de la explotación y el desempleo masivo en la reproducción social asumiendo cierta responsabilidad pública en lo que dio en llamarse "bienestar social". Este objetivo fue adoptado por igual por los Estados de bienestar democráticos del centro capitalista y por los Estados en desarrollo recién independizados de la periferia, a pesar de sus desiguales capacidades para alcanzarlo.

Una vez más, los motivos fueron diversos. Un estrato de élites ilustradas había llegado al convencimiento de que el interés cortoplacista del capital de exprimir ganancias máximas debía subordinarse a requisitos de más largo plazo que permitieran sostener en el tiempo la acumulación. La creación de un régimen administrado por el Estado procuró salvar al sistema capitalista no solo de sus propias propensiones desestabilizadoras, sino del espectro de la revolución en una era de movilización masiva. La productividad y la rentabilidad requerían el cultivo biopolítico de una fuerza de trabajo saludable y educada, interesada en la preservación del sistema, no una turba revolucionaria harapienta.[46] La inversión pública en el cuidado de la salud, la educación, el cuidado de los niños y las pensiones para los ancianos, complementada por el aporte de las empresas privadas, se percibió como una necesidad en una era en que las relaciones capitalistas habían permeado la vida social a tal extremo que las clases trabajadoras ya no poseían los medios para reproducirse por sí solas. En esta situación, la reproducción social debía ser internalizada, incorporada al dominio gestionado oficialmente del orden capitalista.

Ese proyecto cuadraba con la nueva problemática de la "demanda" económica. Con el fin de mitigar los ciclos de auge y caída endémicos en el capitalismo, los reformistas económicos procuraron garantizar un crecimiento continuo habilitando a los trabajadores del centro capitalista a cumplir una doble función: desde entonces, debían ser,

también, consumidores. Al aceptar la sindicalización (que significó salarios más altos) y el gasto del sector público (que creó puestos de trabajo), los encargados de diseñar políticas reinventaron el hogar como un espacio privado para el consumo doméstico de objetos de consumo masivo de uso cotidiano.[47] Al vincular la cadena de montaje con el consumismo familiar de la clase trabajadora, por un lado, y con la reproducción sustentada por el Estado, por el otro, este modelo fordista forjó una síntesis novedosa de mercado y protección social, proyectos que Polanyi había calificado como antitéticos.

Pero fueron sobre todo las clases trabajadoras –tanto mujeres como hombres– aquellas que encabezaron la lucha por la provisión estatal, y actuaron por razones propias. Para ellos, era cuestión de ser miembros plenos de la sociedad como ciudadanos democráticos y, por ende, gozar de dignidad, derechos y respetabilidad, así como de seguridad y bienestar material, todo lo cual requería una vida familiar estable. Al abrazar la democracia social, las clases trabajadoras también asignaban valor a la reproducción social contra el dinamismo devorador de la producción económica. En efecto, votaban por la familia, la nación y el mundo de la vida, y en contra de la fábrica, el sistema y la máquina. A diferencia de las leyes de protección del régimen anterior, el acuerdo al que se llegó en el capitalismo de Estado fue resultado de un compromiso de clase y representó un avance democrático. Y a diferencia de sus predecesores, estas nuevas disposiciones sirvieron para estabilizar, al menos para algunos y durante cierto tiempo, la reproducción social. Para los trabajadores de la etnia mayoritaria en el centro capitalista, aliviaron las presiones materiales sobre la vida familiar y promovieron la incorporación política.

Pero antes de apresurarnos a proclamar una era dorada, deberíamos tener en cuenta las exclusiones constitutivas que posibilitaron estos logros. Como en la época anterior, la defensa de la reproducción social en el centro estuvo entreverada con el (neo)imperialismo. Los regímenes fordistas financiaron los derechos sociales, en parte, mediante la expropiación continua de la periferia –incluida la "periferia dentro del centro"– que persistió bajo viejas y nuevas formas después de la descolonización.[48] Mientras tanto, los Estados poscoloniales, atrapados en la mira de la Guerra Fría, orientaron el grueso de sus recursos, ya diezmados por la depredación imperial, hacia proyectos de desarrollo de gran escala, que a menudo implicaron la expropiación de "sus propias" poblaciones locales. En la periferia, para la vasta mayoría, la reproducción social quedó fuera de la competencia del gobierno: las poblaciones rurales quedaron libradas a su suerte. Al igual que el régimen que lo precedió, el

capitalismo administrado por el Estado también entrañó jerarquías raciales, como vimos en el capítulo 2. El seguro social en los Estados Unidos excluyó a los trabajadores domésticos y agrícolas, y de hecho esto dejó relegados de los beneficios sociales a muchos afroestadounidenses.[49] Y la división racial del trabajo reproductivo, iniciada durante el período de la esclavitud, asumió una nueva apariencia en el marco de la legislación Jim Crow: las mujeres de color empezaron a desempeñar trabajos asalariados, mal remunerados, criando los hijos y limpiando las casas de las familias "blancas" a expensas de sus niños y sus hogares.[50] Asimismo, en ese período, como veremos en el capítulo 4, el régimen de capitalismo administrado por el Estado se fundó en un nuevo complejo industrial-energético centrado en el motor de combustión interna y el petróleo refinado. El efecto de este desarrollo fue que las ganancias obtenidas en materia de reproducción social en el Norte Global tuvieran en su base daños ecológicos masivos (en especial, aunque no exclusivamente, en el Sur Global).

Tampoco estuvo ausente en estas nuevas disposiciones la jerarquía de género. En un período –aproximadamente desde los años treinta hasta fines de los cincuenta– en que los movimientos feministas no gozaban de gran visibilidad pública, eran muy escasos los cuestionamientos a la concepción de que la dignidad de la clase trabajadora requería "un salario familiar" apto para sostener a la totalidad de la familia, la autoridad masculina en el hogar y un robusto sentido de la diferencia entre los géneros. Como resultado, la tendencia general del capitalismo administrado por el Estado en los países del centro fue valorar el modelo heteronormativo de "hombre-sostén económico de la familia" y "mujer-responsable del ámbito doméstico" en una familia marcada por los estereotipos de género. La inversión pública en la reproducción social reforzó esas normas. En los Estados Unidos el sistema de asistencia social adoptó una forma dual, dividido entre el estigmatizado auxilio a los pobres destinado a mujeres y niños (en su mayoría "blancos") que carecían de acceso a un salario masculino, por un lado, y el seguro social respetable para los (en su mayoría hombres "blancos") categorizados como "trabajadores", por el otro.[51] En contraste, las soluciones implementadas en Europa consolidaron la jerarquía androcéntrica de un modo diferente mediante la división entre las pensiones destinadas a las madres y los derechos vinculados al trabajo asalariado, impulsados en muchos casos por agendas pronatalistas surgidas de la competencia entre Estados.[52] Los dos modelos validaban, suponían y alentaban la existencia del salario familiar. Al institucionalizar concepciones androcéntricas de la familia y el trabajo, naturalizaron la heteronormatividad, el binarismo y la

jerarquía de género, y como resultado sustrajeron de la protesta política las desigualdades asociadas.

En todas estas facetas, la democracia social sacrificó la emancipación a una alianza entre la protección social y el mercado, incluso a pesar de mitigar la contradicción social del capitalismo durante varias décadas. Sin embargo, el régimen capitalista de Estado empezó a desbaratarse, primero políticamente, en los años sesenta, cuando emergió la Nueva Izquierda internacional para desafiar sus exclusiones imperiales, raciales y de género y su paternalismo burocrático en nombre de la emancipación; y luego, económicamente, en los años setenta, cuando la estanflación, la "crisis de productividad" y las tasas de ganancia decrecientes en la manufactura galvanizaron los esfuerzos neoliberales que pretendían quitarle los grilletes al mercado. Lo que tendría que sacrificarse, cuando esas dos partes unieran fuerzas, sería la protección social.

Hogares con dos salarios

Al igual que el régimen liberal colonial que lo precedió, el orden capitalista administrado por el Estado se disolvió en el transcurso de una prolongada crisis. Para los años ochenta, observadores perspicaces lograron discernir los contornos de un nuevo régimen que empezaba a surgir y que se convertiría en el capitalismo financiarizado de la época actual. Globalizador y neoliberal, este régimen promueve la desinversión pública y privada en bienestar social, al tiempo que recluta masivamente a las mujeres en la fuerza de trabajo remunerada, externalizando a las familias y comunidades el cuidado mientras disminuye la capacidad de esas entidades para desempeñarlo. El resultado es una organización nueva y dualizada de la reproducción social: convertida en mercancía para quienes pueden pagar por ella y privatizada para quienes no pueden hacerlo, pues algunos de los integrantes de la segunda categoría proveen cuidados a cambio de salarios (bajos) a quienes integran la primera. Mientras tanto, el doble golpe de la crítica feminista y la desindustrialización despojó de toda credibilidad al salario único que bastaba para sostener a la familia. Ese ideal de la democracia social cedió su lugar a la norma neoliberal hoy vigente de la "familia con dos salarios".

El motor fundamental de estos cambios, y la característica definitoria de este régimen, es la nueva centralidad de la deuda. Como se verá en el capítulo 5, la deuda es el instrumento mediante el cual las instituciones financieras internacionales presionan a los Estados para que recorten el gasto social, impongan políticas de austeridad y colusionen con inversores para extraer valor de poblaciones indefensas. Es en gran parte mediante la deuda como se expropia a los campesinos del Sur Global, desposeídos por una nueva ronda de apropiaciones de tierras por parte de las corporaciones cuyo objetivo es acaparar el suministro de energía, agua, tierra cultivable y "compensaciones de emisiones de carbono". La acumulación en el centro histórico del capitalismo se efectúa cada vez más por medio de la deuda: a medida que el trabajo precario y mal remunerado en el sector de los servicios reemplaza al trabajo industrial sindicalizado, los salarios caen por debajo de los costos de reproducción socialmente necesarios; en esta "economía de plataformas", el gasto de consumo sostenido requiere expansión del crédito de consumo, que crece de manera exponencial.[53] En otras palabras, hoy en día el capital

recurre cada vez más a la deuda para canibalizar la fuerza de trabajo, disciplinar a los Estados, transferir riqueza de la periferia al centro y succionar valor de los hogares, las familias, las comunidades y la naturaleza.

El efecto consiste en intensificar la contradicción inherente al capitalismo entre producción económica y reproducción social. Mientras el régimen anterior dotaba a los Estados del poder de subordinar los intereses cortoplacistas de las empresas privadas al objetivo de largo plazo de la acumulación sostenida, en parte, al estabilizar la reproducción mediante la provisión pública, este nuevo régimen autoriza al capital financiero a disciplinar a los Estados y al público en función de los intereses inmediatos de los inversores privados, sobre todo, exigiendo la desinversión pública en la reproducción social. Y mientras que el régimen previo estableció una alianza entre mercantilización y protección social que se opuso a la emancipación, el actual genera una configuración aún más perversa en que la emancipación se une a la mercantilización para socavar la protección social.

El nuevo régimen surgió de la fatídica intersección de dos conjuntos de luchas. En uno de esos conjuntos, el ascendente partido de los libremercadistas decididos a liberalizar y globalizar la economía capitalista se enfrentó con los movimientos obreros en decadencia de los países del centro capitalista, movimientos que alguna vez fueron la base de apoyo más poderosa de la democracia social y actualmente están a la defensiva (si no derrotados por completo). En el segundo grupo se enfrentaron los “nuevos movimientos sociales” progresistas opuestos a las jerarquías de género, sexo, “raza”, etnia y religión contra poblaciones que procuraban defender mundos de vida establecidos y privilegios (modestos) ahora amenazados por el “cosmopolitismo” de la nueva economía. De la colisión de esos dos conjuntos de luchas surgió un resultado sorprendente: un neoliberalismo progresista que celebra la “diversidad”, la meritocracia y la “emancipación” mientras desmantela las protecciones sociales y vuelve a externalizar la reproducción social. El efecto consiste no solo en el abandono de poblaciones indefensas a la depredación del capital, sino en la redefinición de la emancipación en términos del mercado. [54]

Los movimientos de emancipación tuvieron su parte en este proceso. Todos ellos –incluidos el antirracismo, el multiculturalismo, la liberación LGBTQ y el ambientalismo– engendraron corrientes neoliberales afines al mercado. Sin embargo, la trayectoria del feminismo resultó particularmente nefasta, visto el entrelazamiento de

larga data entre género y reproducción social característico del capitalismo. Al igual que cada uno de los regímenes que lo precedieron, el capitalismo financiarizado institucionaliza la división producción/reproducción sobre la base del género. A diferencia de sus antecesores, sin embargo, su imaginario dominante es individualista-liberal e igualitario en lo concerniente al género: se supone que las mujeres son las iguales de los hombres en todas las esferas, merecedoras de iguales oportunidades de realizar sus talentos, incluida –tal vez especialmente– la esfera de la producción. La reproducción, por el contrario, aparece como un residuo del pasado, un obstáculo al progreso del que es menester deshacerse, de una u otra forma, en el camino hacia la liberación.

A pesar de su aura feminista, o tal vez en virtud de ella, esta ideología liberal encarna la actual forma de contradicción social del capitalismo, que asume una intensidad nueva. Además de disminuir la provisión pública y reclutar a las mujeres para el trabajo asalariado, el capitalismo financiarizado redujo los salarios reales, con lo cual elevó la cantidad de horas de trabajo remunerado que se necesitan en cada hogar para mantener una familia y dio inicio a una batalla desesperada por transferir las labores de cuidado a otros.[55] Para llenar el vacío de cuidados, el régimen importa a trabajadores migrantes de países pobres a países más ricos. Lo típico es que sean mujeres racializadas, a menudo de zonas rurales en regiones pobres, quienes se hacen cargo del trabajo reproductivo y de cuidado antes desempeñado por mujeres más privilegiadas. Pero para eso las migrantes deben transferir sus propias responsabilidades familiares y comunitarias a otras cuidadoras aún más pobres, quienes a su vez deben hacer lo propio, y así sucesivamente en cadenas de cuidado globales cada vez más extensas. Lejos de colmar el vacío de cuidados, el efecto neto es desplazarlo de familias más ricas a familias más pobres, del Norte Global al Sur Global.[56] Este escenario encaja en las estrategias marcadas por los estereotipos de género de los Estados poscoloniales, escasos de dinero y endeudados, sometidos a los programas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional. Desesperados por obtener divisas, algunos de ellos promovieron en forma activa la emigración de las mujeres con el fin de que desempeñaran trabajo de cuidados remunerado en el extranjero y procuraran remesas al país, mientras que otros buscaron atraer inversión directa extranjera creando zonas francas, a menudo en industrias como la textil o la de ensamblado de artefactos electrónicos, que prefieren emplear a trabajadoras.[57] En los dos casos, las capacidades de reproducción social resultan aún más reducidas.

Dos desarrollos recientes en los Estados Unidos ejemplifican la

gravedad de la situación. El primero es la creciente difusión del congelamiento de óvulos, procedimiento que en condiciones normales cuesta diez mil dólares, pero que es ahora ofrecido gratis por las empresas tecnológicas como beneficio adicional para empleadas bien remuneradas con alto nivel de capacitación. Interesadas en atraer y retener a esas trabajadoras, empresas como Apple y Facebook les ofrecen un fuerte incentivo para posponer la maternidad diciendo: "Esperen a tener hijos a sus 40, 50 o incluso 60 años; dedíquennos sus años plenos de energía y productividad a nosotros".[58] Un segundo desarrollo que también tiene lugar en los Estados Unidos es igualmente sintomático de la contradicción entre producción y reproducción: la proliferación de los sacaleches mecánicos de alta tecnología y elevado precio, específicos para leche materna. Esa es la solución elegida por la mayoría de las mujeres en un país con una elevada tasa de participación femenina en la fuerza de trabajo, sin licencia paga ni obligatoria para la madre ni el padre y enamorado de la tecnología. Este también es un país donde el amamantamiento es de rigor, aunque se ha modificado hasta el límite de lo irreconocible. Ya no es cuestión de dar de mamar al niño acercándolo al pecho: ahora se "amamanta" exprimiendo la leche en forma mecánica y almacenándola para que la niñera se la dé luego en el biberón. En un contexto de grave escasez de tiempo, los sacaleches "manos libres" con doble copa son los más buscados, pues permiten que la madre se extraiga la leche de ambos pechos mientras conduce por la autopista camino al trabajo.[59]

Dado este tipo de presiones, ¿hay quien pueda sorprenderse de que en los últimos años hayan explotado las luchas en torno a la reproducción social? Las feministas del hemisferio norte suelen describir el foco de su lucha como "el equilibrio entre la familia y el trabajo".[60] Pero las luchas en el campo de la reproducción social abarcan mucho más: movimientos comunitarios de lucha por la vivienda, la atención de la salud, la seguridad alimentaria, un ingreso básico sin condicionamientos y un salario vital; luchas por los derechos de los migrantes, las trabajadoras domésticas y los empleados públicos; campañas para sindicalizar a los trabajadores del sector de los servicios que se desempeñan en geriátricos, hospitales y guarderías; y luchas orientadas a obtener servicios públicos como centros de día y atención de la tercera edad, una semana laboral más corta, y licencias por nacimiento prolongadas y pagas para sus progenitores por igual. Tomados en conjunto, estos reclamos equivalen a la demanda de una reorganización total de la relación entre producción y reproducción: de dispositivos sociales que brinden a las personas de cualquier clase, género, sexualidad y color la posibilidad de combinar actividades

sociorreproductivas con trabajo seguro, interesante y bien remunerado.

Las luchas por los límites en el terreno de la reproducción social son tan centrales para la presente coyuntura como las luchas de clases (en sentido estricto) en el ámbito de la producción económica. Responden, por sobre todo, a una “crisis de cuidado” que tiene sus raíces en la dinámica estructural del capitalismo financiarizado. Globalizador y motorizado por la deuda, este capitalismo canibaliza sistemáticamente las capacidades disponibles para sostener las conexiones sociales. Al proclamar el nuevo ideal de la familia con dos salarios, capta a los movimientos de emancipación, que se unen con los defensores de la mercantilización para oponerse a los partidarios de la protección social, que actualmente se vuelven cada vez más resentidos y chovinistas.

Otro capitalismo. ¿O un nuevo feminismo socialista?

¿Qué podría surgir de esta crisis? La sociedad capitalista se reinventó numerosas veces a lo largo de su historia. Sobre todo cuando en momentos de crisis generalizada convergieron múltiples contradicciones –políticas, económicas, ecológicas y sociorreproductivas–, las luchas por los límites han estallado en los sitios donde se hallan las divisiones institucionales constitutivas del capitalismo: donde la economía se encuentra con la organización social, donde la sociedad se encuentra con la naturaleza, donde la expropiación se encuentra con la explotación y donde la producción se encuentra con la reproducción. Dentro de esos límites, los actores sociales se movilizaron para rediseñar el mapa institucional de la sociedad capitalista. Sus esfuerzos impulsaron el cambio, primero, del capitalismo mercantil de principios de la era moderna al capitalismo liberal colonial del siglo XIX, luego al capitalismo administrado por el Estado del siglo XX y finalmente al capitalismo financiarizado de la era actual. Históricamente, además, la contradicción social del capitalismo constituyó un importante componente de las crisis precipitantes, pues la frontera que divide la reproducción social de la producción económica emergió como un ámbito fundamental y un objetivo de lucha. En cada caso, el orden de género de la sociedad capitalista se puso en cuestión y el resultado dependió de alianzas forjadas entre los polos principales de un triple movimiento: mercantilización, protección social, emancipación. Esas dinámicas impulsaron el cambio, en un comienzo, de esferas separadas al salario familiar y, más tarde, a la familia con dos salarios.

¿Qué es lo siguiente en la actual coyuntura? ¿Son las contradicciones del capitalismo financiarizado lo suficientemente graves para que se las considere una crisis general? ¿Deberíamos esperar otra mutación drástica de la sociedad capitalista? ¿Galvanizará la crisis actual luchas de amplitud y visión suficientes como para transformar el régimen vigente? ¿Una nueva forma de feminismo socialista lograría romper el idilio con la mercantilización de la corriente que actualmente predomina en ese movimiento y forjar una nueva alianza entre emancipación y protección social? Y, si así fuera, ¿con qué finalidad? ¿Cómo podría reinventarse hoy en día la división reproducción/producción y qué puede reemplazar el modelo de la familia con dos proveedores?

Nada de lo que hasta aquí he dicho sirve para responder esas preguntas; pero al preparar el terreno que nos permite plantearlas, busqué arrojar luz sobre las bases estructurales e históricas de la coyuntura actual. Sugerí, específicamente, que la actual "crisis de cuidado" encuentra sus raíces en la contradicción social inherente al capitalismo, o más bien en la forma aguda que esa contradicción adopta en el capitalismo financiarizado. Si estoy en lo cierto, entonces la crisis no se resolverá con leves modificaciones de las políticas sociales. El sendero hacia la resolución solo puede pasar por una profunda transformación estructural de este orden social. Lo que se requiere, por sobre todo, es superar el sometimiento rapaz de la reproducción a la producción, característico del capitalismo financiarizado, pero esta vez sin sacrificar la emancipación ni la protección social. Y eso implica reinventar la distinción entre producción y reproducción y reimaginar el orden de género. Queda pendiente ver si en alguna medida el resultado será compatible con el capitalismo.

También queda pendiente ver si y cómo podemos imaginar un nuevo orden social que nutra la reproducción social sin canibalizar la naturaleza. Ese tema ocupa un lugar central en el próximo capítulo.

▪

[32] Una versión anterior en idioma francés de este capítulo se presentó en París el 14 de junio de 2016 como Conferencia Marc Bloch de la École des Hautes Études en Sciences Sociales y está disponible en el sitio web de esa institución. Agradezco a Pierre-Cyrille Hautcœur por la invitación a dar esa conferencia, a Johanna Oksala por estimular los debates, a Mala Htun y Eli Zaretsky por sus útiles comentarios y a Selim Heper por su asistencia en la investigación.

[33] Muchas teóricas feministas elaboraron diferentes versiones de esta argumentación. Entre las formulaciones feministas marxistas icónicas se incluyen: Eli Zaretsky, Capitalism, the Family, and Personal Life, Londres, Pluto, 1986 [ed. cast.: Familia y vida personal en la sociedad capitalista, Barcelona, Anagrama, 2006]; y Lise Vogel, Marxism and the Oppression of Women, Boston, Brill, 2013. Otra versión elocuente es Nancy Folbre, The Invisible Heart, Nueva York, New Press, 2002. Otros aportes posteriores de teóricos de la reproducción social son: Barbara Laslett y Johanna Brenner, "Gender and Social Reproduction", Annual Review of Sociology, vol. 15, 1989; Kate Bezanson y Meg Luxton (eds.), Social Reproduction, Montreal,

McGill-Queen's University Press, 2006; Isabella Bakker, "Social Reproduction and the Constitution of a Gendered Political Economy", New Political Economy, vol. 12, nº 4, 2007; Tithi Bhattacharya (ed.), Social Reproduction Theory. Remapping Class, Recentering Oppression, Londres, Pluto, 2017; Susan Ferguson, Women and Work. Feminism, Labor, and Social Reproduction, Londres, Pluto, 2019 [ed. cast.: Mujeres y trabajo. Feminismo, trabajo y reproducción social, Barcelona, Sylone - Viento Sur, 2020]; y Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Nancy Fraser, Feminism for the 99%. A Manifesto, Londres, Verso, 2019 [ed. cast.: Manifiesto de un feminismo para el 99%, Barcelona, Herder, 2019].

[34] Louise Tilly y Joan Scott, Women, Work, and Family, Londres, Routledge, 1987.

[35] Karl Marx y Friedrich Engels, Manifesto of the Communist Party, en The Marx-Engels Reader, Nueva York, W. W. Norton & Co., 1978, pp. 487-488 [ed. cast.: Manifiesto Comunista, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017]; Friedrich Engels, The Origin of the Family, Private Property, and the State, Chicago, Charles H. Kerr, 1902, pp. 90-100 [ed. cast.: El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, Madrid, Alianza, 2013].

[36] Nancy Woloch, A Class by Herself, Princeton, Princeton University Press, 2015.

[37] Karl Polanyi, The Great Transformation, Boston, Beacon, 2a ed., 2001, pp. 87, 138-139 y 213 [ed. cast.: La gran transformación, ya citada].

[38] Ava Baron, "Protective Labour Legislation and the Cult of Domesticity", Journal of Family Issues, vol. 2, nº 1, 1981.

[39] Maria Mies, Patriarchy and Accumulation on a World Scale, Londres, Bloomsbury Academic, 2014, p. 74 [ed. cast.: Patriarcado y acumulación a escala mundial, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021].

[40] Eli Zaretsky, Capitalism, the Family, and Personal Life, ob. cit.

[41] Judith Walkowitz, Prostitution and Victorian Society, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1980; Barbara Hobson, Uneasy Virtue. The Politics of Prostitution and the American Reform Tradition, Chicago, University of Chicago Press, 1990.

[42] Angela Davis, "Reflections on the Black Woman's Role in the Community of Slaves", Massachusetts Review, vol. 13, nº 2, 1972.

[43] David Wallace Adams, Education for Extinction. American Indians and the Boarding School Experience, 1875-1928, Lawrence, University Press of Kansas, 1995; Ward Churchill, Kill the Indian, Save the Man. The Genocidal Impact of American Indian Residential Schools, San Francisco, City Lights, 2004.

[44] Gayatri Spivak, “Can the Subaltern Speak?”, en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), Marxism and the Interpretation of Culture, Londres, Macmillan Education, 1988, p. 305.

[45] Nancy Fraser, “A Triple Movement? Parsing the Politics of Crisis after Polanyi”, New Left Review, vol. 81, mayo-junio de 2013, pp. 119-132.

[46] Michel Foucault, “Governmentality”, en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), The Foucault Effect, Chicago, University of Chicago Press, 1991, pp. 87-104 [ed. cast.: “La ‘gubernamentalidad’”, en Ética, estética, hermenéutica, Barcelona, Paidós, 1999] y The Birth of Biopolitics. Lectures at the Collège de France, 1978-1979, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010, p. 64 [ed. cast.: Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979), Buenos Aires, FCE, 2007].

[47] Kristin Ross, Fast Cars, Clean Bodies. Decolonization and the Reordering of French Culture, Cambridge, Massachusetts, MIT, 1996; Dolores Hayden, Building Suburbia. Green Fields and Urban Growth, 1820-2000, Nueva York, Pantheon, 2003; Stuart Ewen, Captains of Consciousness. Advertising and the Social Roots of the Consumer Culture, Nueva York, Basic, 2008.

[48] En esta era, el apoyo del Estado a la reproducción social estuvo financiado por ingresos tributarios y fondos asignados a ese fin a los que tanto los trabajadores de las metrópolis como el capital aportaron, en diferentes proporciones, en función de las relaciones de poder de clase existentes dentro de un Estado determinado. Pero esas fuentes de ingresos se engrosaron con valor extraido de la periferia a través de las utilidades provenientes de la inversión directa extranjera y mediante el comercio basado en un intercambio desigual. Véanse Raúl Prebisch, The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems, Nueva York, UN Department of Economic Affairs, 1950 [ed. cast.: El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas, Santiago de Chile, Cepal, 2012]; Paul Baran, The Political Economy of Growth, Nueva York, Monthly Review, 1957 [ed. cast.: La economía política del crecimiento, Buenos Aires, FCE, 1961]; Geoffrey Pilling, “Imperialism, Trade, and ‘Unequal

Exchange': The Work of Aghiri Emmanuel", Economy and Society, vol. 2, nº 2, 1973; Gernot Köhler y Arno Tausch, Global Keynesianism. Unequal Exchange and Global Exploitation, Nueva York, Nova Science, 2001.

[49] Jill Quadagno, The Color of Welfare. How Racism Undermined the War on Poverty, Óxford, Oxford University Press, 1994; Ira Katznelson, When Affirmative Action Was White. An Untold History of Racial Inequality in Twentieth-Century America, Nueva York, W. W. Norton & Co., 2005.

[50] Jacqueline Jones, Labor of Love, Labor of Sorrow. Black Women, Work, and the Family from Slavery to the Present, Nueva York, Vintage, 1985; y Evelyn Nakano Glenn, Forced to Care. Coercion and Caregiving in America, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2010.

[51] Nancy Fraser, "Women, Welfare, and the Politics of Need Interpretation", en Unruly Practices, ob. cit.; Barbara Nelson, "Women's Poverty and Women's Citizenship", Signs. Journal of Women in Culture and Society, vol. 10, nº 2, 1985; Diana Pearce, "Women, Work, and Welfare", en Karen Wolk Feinstein (ed.), Working Women and Families, Beverly Hills, California, Sage, 1979; Johanna Brenner, "Gender, Social Reproduction, and Women's Self-Organization", Gender and Society, vol. 5, nº 3, 1991.

[52] Hilary Land, "Who Cares for the Family?", Journal of Social Policy, vol. 7, nº 3, 1978; Harriet Holter (ed.), Patriarchy in a Welfare Society, Óxford, Oxford University Press, 1984; Mary Ruggie, The State and Working Women, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1984; Birte Siim, "Women and the Welfare State", en Clare Ungerson (ed.), Gender and Caring, Londres - Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1990; Ann Shola Orloff, "Gendering the Comparative Analysis of Welfare States", Sociological Theory, vol. 27, nº 3, 2009.

[53] Adrienne Roberts, "Financing Social Reproduction", New Political Economy, vol. 18, nº 1, 2013.

[54] Fruto de una inverosímil alianza entre libremercadistas y "nuevos movimientos sociales", el nuevo regimen trastoca todos los alineamientos políticos habituales y enfrenta a feministas neoliberales "progresistas" como Hillary Clinton con populistas nacionalistas autoritarios como Donald Trump.

[55] Elizabeth Warren y Amelia Warren Tyagi, The Two-Income Trap. Why Middle-Class Parents Are Going Broke, Nueva York, Basic, 2003.

[56] Arlie Hochschild, “Love and Gold”, en Barbara Ehre Reich y Arlie Hochschild (eds.), Global Woman. Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy, Nueva York, Henry Holt & Co., 2002, pp. 15-30.

[57] Jennifer Bair, “On Difference and Capital”, Signs. Journal of Women in Culture and Society, vol. 36, nº 1, 2010.

[58] “Apple and Facebook Offer to Freeze Eggs for Female Employees”, The Guardian, 15 de octubre de 2014. Es importante señalar que este beneficio ya no está exclusivamente reservado a la clase profesional, técnica o gerencial. El ejército de los Estados Unidos ahora les ofrece gratuitamente el congelamiento de óvulos a las mujeres alistadas que acepten prestar servicios durante un período más extenso: “Pentagon to Offer Plan to Store Eggs and Sperm to Retain Young Troops”, The New York Times, 3 de febrero de 2016. En este caso, la lógica del militarismo supera la de la privatización. Hasta donde sé, nadie ha abordado aún la pregunta respecto de qué hacer con óvulos de una mujer soldado que muere en un conflicto.

[59] Courtney Jung, Lactivism. How Feminists and Fundamentalists, Hippies and Yuppies, and Physicians and Politicians Made Breastfeeding Big Business and Bad Policy, Nueva York, Basic, 2015, pp. 130-131. La Ley de Cuidado de Salud a Bajo Precio (conocida como “Obamacare”) obliga a los prestadores de seguros de salud a proveer sacaleches sin cargo a sus beneficiarias. Así, ese beneficio dejó de ser una prerrogativa exclusiva de las mujeres privilegiadas. El efecto ha sido crear un mercado nuevo, de grandes proporciones, para los fabricantes que producen los sacaleches en lotes enormes en las fábricas de sus subcontratistas chinos. Véase Sarah Kliff, “The Breast Pump Industry Is Booming, Thanks to Obamacare”, The Washington Post, 4 de enero de 2013.

[60] Lisa Belkin, “The Opt-Out Revolution”, The New York Times, 26 de octubre de 2003; Judith Warner, Perfect Madness. Motherhood in the Age of Anxiety, Nueva York, Penguin, 2006; Lisa Miller, “The Retro Wife”, Nueva York, 17 de marzo de 2013; Anne-Marie Slaughter, “Why Women Still Can’t Have It All”, Atlantic, julio-agosto de 2012, y Unfinished Business, Nueva York, Random House, 2015; Judith Shulevitz, “How to Fix Feminism”, The New York Times, 10 de junio de 2016.

4. La naturaleza en las fauces: por qué la ecopolítica debe ser transambiental y anticapitalista

La política climática ocupa un lugar central, en nuestro presente. Si bien aún persisten bolsones de negacionismo, los actores políticos de tonalidades diversas se están volviendo ecologistas. Una nueva generación de jóvenes activistas insiste en que hagamos frente a la amenaza mortal que representa el calentamiento global. Mientras recriminan a sus predecesores, estos militantes reclaman el derecho y la responsabilidad de adoptar todas las medidas necesarias para salvar el planeta. Al mismo tiempo, los movimientos en favor del decrecimiento están ganando fuerza. En la convicción de que los estilos de vida consumistas nos conducen al abismo, buscan transformar los modos de vivir. De manera similar, comunidades indígenas del Norte y del Sur ganan un apoyo cada día más amplio a sus luchas, que solo en el último tiempo se reconocieron como ecológicas. Comprometidos desde hace mucho tiempo con la defensa de sus hábitats, sus formas de sustento y modos de vida ante la invasión colonial y el extractivismo corporativo, hoy en día encuentran nuevos aliados entre quienes buscan formas no instrumentales de vincularse con la naturaleza. También las feministas han dotado de nueva urgencia sus preocupaciones ecológicas de larga data. Postulando vínculos psicohistóricos entre la ginofobia y el desprecio por la tierra, abogan por formas de vida que sustenten la reproducción, ya sea social o natural. Mientras tanto, la nueva ola de activismo antirracista incluye la injusticia ambiental entre los blancos a los cuales apunta. El Movimiento por las Vidas Negras, mediante una interpretación amplia de lo que significa “desfinanciar la policía”, exige la reorientación general de recursos hacia las comunidades de color, en parte para sanear sus entornos, donde depósitos tóxicos hacen estragos en la salud.

Incluso los socialdemócratas, cómplices del neoliberalismo en los últimos tiempos o desmoralizados por este, se han revitalizado con la política climática. Reinventados como propiciadores de un Green New Deal, procuran recuperar el apoyo perdido de la clase trabajadora vinculando la adopción de la energía renovable con el trabajo sindicalizado bien remunerado. Para no quedar fuera, algunas

vertientes del populismo de derecha también se vuelven verdes. Desde una posición chovinista econacionalista, proponen preservar “sus propios” espacios verdes y recursos naturales excluyendo a los “otros” (racializados). Diversas fuerzas del Sur Global también se han involucrado en diversos frentes. Mientras algunos reclaman un “derecho al desarrollo” e insisten en que la carga de la mitigación debe recaer sobre las potencias del Norte que durante doscientos años han vomitado gases de efecto invernadero, otros abogan por la propiedad comunitaria de los bienes o una economía social y solidaria; mientras que otros más, vistiendo el manto ecologista, utilizan los esquemas de compensación de emisiones de carbono neoliberales para cercar tierras, desposeer a quienes viven de ellas y apoderarse de nuevas formas de renta monopólica. Y, por último, no olvidemos que los intereses corporativos y financieros tienen mucho puesto en juego. Sacan un enorme provecho del auge de la especulación vinculada con mercancías ecológicas, por lo que están comprometidos, no solo económica sino también políticamente, con garantizar que el régimen climático global continúe centrado en el mercado y sea afín al capital.

En síntesis, la ecopolítica se ha vuelto ubicua. Ya no es propiedad exclusiva de movimientos ambientalistas autónomos: el cambio climático se presenta en la actualidad como una cuestión apremiante acerca de la cual todo actor político debe adoptar una postura. Incorporado a una multitud de agendas rivales, el tema adopta inflexiones diversas según los diferentes compromisos que lo acompañen. El resultado es un disenso agitado por debajo de un consenso superficial. Por un lado, cada vez son más las personas que piensan que el calentamiento global es una amenaza a la vida que conocemos en el planeta Tierra. Por otro, esas personas no comparten una visión común respecto de las fuerzas sociales que impulsan ese proceso, ni tampoco de los cambios sociales requeridos para detenerlo. Están (más o menos) de acuerdo acerca de los aspectos científicos, pero están (más más que menos) en desacuerdo acerca de los aspectos políticos.

En realidad, las expresiones “estar de acuerdo” y “estar en desacuerdo” son demasiado tibios para captar la verdadera situación. La ecopolítica actual se despliega en el contexto de una crisis de época y está marcada por ella. Se trata de una crisis ecológica, sin duda, pero también económica, social, política y de la salud pública, es decir, una crisis general cuyos efectos hacen metástasis en todas partes y provocan una pérdida de confianza en las visiones de mundo establecidas y las élites gobernantes. El resultado es una crisis de hegemonía y el asalto salvaje del espacio público. La esfera política ya

no está domesticada por un sentido común que excluye las opciones no convencionales: en nuestros días, es un sitio de búsqueda frenética, no ya de mejores políticas, sino de nuevos proyectos políticos y nuevas formas de vivir. Esta atmósfera de inquietud, que empezó a gestarse bastante antes de la irrupción del covid-19 pero se vio muy intensificada por la pandemia, permea la ecopolítica, que necesariamente se despliega en ese contexto. El disenso respecto del clima está cargado de tensión, no "solo" porque el destino del planeta pende de un hilo, no "solo" porque no hay tiempo, sino también porque el clima político, además, está plagado de turbulencias.

En esta situación, para salvaguardar el planeta es necesario construir una contrahegemonía. En otras palabras, es necesario que la mezcla caótica de opiniones se torne un sentido común ecopolítico capaz de orientar un proyecto de transformación ampliamente compartido. Desde luego, un sentido común de esas características deberá abrirse paso por entre la maraña de perspectivas en conflicto y detectar con exactitud qué debe cambiarse en la sociedad para poner freno al calentamiento global, vinculando de modo efectivo los hallazgos reconocidos de la ciencia del clima con una descripción, igualmente acreditada, de los motores sociohistóricos del cambio climático. Para volverse contrahegemónico, sin embargo, un nuevo sentido común deberá trascender lo "meramente ambiental". Ese sentido común deberá abordar nuestra crisis general en toda su magnitud y conectar su diagnóstico ecológico con otras preocupaciones vitales: inseguridad de los medios de subsistencia y negación de derechos laborales; desinversión pública en la reproducción social y subvaluación crónica del trabajo de cuidado; opresión etnorracial e imperial y dominación de género y sexo; desposesión, expulsión y exclusión de migrantes; militarización, autoritarismo político y brutalidad policial. Sin lugar a duda, esas cuestiones están entrelazadas con el cambio climático y se ven exacerbadas por este fenómeno. Pero el nuevo sentido común deberá evitar el "ecologismo" reduccionista. Lejos de tratar el calentamiento global como una cuestión que invalida las demás, deberá rastrear esa amenaza a las dinámicas sociales subyacentes que también impulsan otras vertientes de la crisis actual. Solo abordando todas las facetas fundamentales ("ambientales" y "no ambientales" por igual) de esta crisis y poniendo al descubierto sus interconexiones, podremos imaginar un bloque contrahegemónico que sustente un proyecto común y posea el peso político necesario para ponerlo en práctica con eficacia.

Se trata de una tarea difícil, no caben dudas. Pero lo que la sitúa en el terreno de lo posible es una "feliz coincidencia"; todos los caminos conducen al mismo lugar: el capitalismo. De por sí, el capitalismo –en

el sentido definido en capítulos anteriores y ampliado en este– representa el motor sociohistórico del cambio climático y, por ende, la dinámica institucionalizada fundamental que debe desmantelarse a fin de detenerlo. Sin embargo, el capitalismo, definido de esa manera, también está profundamente implicado en formas de injusticia social en apariencia no ecológicas: desde la explotación de clase hasta la opresión racial e imperial y la dominación de género y sexual. Y el capitalismo también ocupa un lugar decisivo en encrucijadas sociales aparentemente no ecológicas: en las crisis de cuidado y reproducción social; de finanzas, cadenas de producción, salarios y trabajo; de gobierno y desdemocratización. El anticapitalismo, por tanto, podría –de hecho, debería– ser el eje central organizador de un nuevo sentido común. Al poner al descubierto los vínculos entre las múltiples vertientes de injusticia e irracionalidad, representa la clave para el desarrollo de un poderoso proyecto contrahegemónico de transformación ecosocial.

Esa, al menos, es la tesis que sostendré en el presente capítulo. Desarrollo mi argumentación en tres niveles diferentes. Primero, en el nivel estructural, sostengo que el capitalismo, si se lo interpreta correctamente, alberga una contradicción ecológica profunda que lo vuelve propenso a la crisis ambiental. Sin embargo, esa contradicción se entrelaza con varias otras, igualmente endémicas, y no se puede encarar de manera adecuada si se la abstrae de ellas. Paso a continuación al registro histórico, para rastrear las formas específicas que la contradicción ecológica del capitalismo adoptó en las diferentes etapas del desarrollo del sistema hasta llegar al presente, incluido. Contra el ecologismo reduccionista, esta historia pone de manifiesto el entrelazamiento generalizado de la crisis ecológica y la lucha ecológica con otras facetas de crisis y lucha, de las cuales nunca fueron por completo independientes las sociedades capitalistas. Y al ocuparme por último del nivel político, afirmo que la ecopolítica actual debe trascender lo “meramente ambiental” y convertirse en antisistema en todos los aspectos. Pongo de relieve el entrelazamiento del calentamiento global con otros aspectos apremiantes de nuestra crisis general, y así sostengo que los movimientos ecologistas deben pasar a ser transambientales y posicionarse como participantes de un bloque contrahegemónico amplio, centrado en el anticapitalismo que podría, al menos en teoría, salvar el planeta.

Contradicción ecológica del capitalismo: una argumentación estructural

¿Qué significa decir que el capitalismo es el principal motor sociohistórico del calentamiento global? En un nivel, esta afirmación es empírica: un enunciado de causa y efecto. A diferencia de las habituales referencias vagas al "cambio climático antropogénico", no le asigna injustamente la responsabilidad a la "humanidad" en general sino a la clase empresarial centrada en el lucro que ideó el sistema de producción y transporte alimentado por combustibles fósiles que inundó la atmósfera con gases de efecto invernadero. Esa es la tesis que defenderé empíricamente más adelante, cuando encare los aspectos históricos de mi argumentación. Aquí, sin embargo, hay en juego mucho más que causalidad histórica. El capitalismo, tal como lo entiendo, no motoriza el calentamiento global de manera accidental, sino en virtud de su estructura misma. Lo que despliego a continuación es esta tesis fuerte, sistemática, no su prima empírica, más débil.

Comienzo por anticiparme a un posible equívoco. Decir que el capitalismo es el motor no accidental del cambio climático no implica decir que las crisis ecológicas ocurren solo en las sociedades capitalistas. Por el contrario, muchas sociedades precapitalistas perecieron como resultado de encrucijadas ambientales, incluidas algunas que provocaron ellas mismas, como cuando –como resultado de la deforestación o la falta de rotación de los cultivos– antiguos imperios arruinaron las tierras agrícolas de las cuales dependían. De manera similar, algunas sociedades que se autoproclamaron poscapitalistas generaron graves daños ecológicos por obra de la combustión incesante cotidiana de carbón y desastres espectaculares y únicos como Chernóbil. Esos casos muestran que la devastación ecológica no es privativa del capitalismo.

Lo que sí es privativo del capitalismo, sin embargo, es el carácter estructural del vínculo entre crisis ecológica y sociedad capitalista. Las crisis ecológicas precapitalistas tuvieron lugar pese a las visiones de mundo "afines a la naturaleza" y, en gran parte, fueron motivadas por la ignorancia; por ejemplo, al no haber previsto las consecuencias de la deforestación y el sobrecultivo. Pudieron haberse prevenido, y en ocasiones así fue, mediante el aprendizaje social que suscitó cambios

en la práctica social. Ningún aspecto de la dinámica inherente a esas sociedades requería las prácticas que provocaron los daños. Esto también se aplica a las sociedades autoproclamadas poscapitalistas. Los “socialismos realmente existentes”, cuyo ejemplo paradigmático es la Unión Soviética, practicaron regímenes agrícolas e industriales no sostenibles: envenenaron la tierra con fertilizantes químicos y plagaron el aire de dióxido de carbono. A diferencia de sus antecesores precapitalistas, por supuesto, sus prácticas se alineaban con visiones de mundo no “afines a la naturaleza” y sus acciones eran determinadas por compromisos ideológicos que imponían el “desarrollo de las fuerzas productivas”. Lo que es crucial, sin embargo, es que ni esas visiones de mundo ni esos compromisos surgieron de dinámicas internas al socialismo. En cambio, sus raíces se hundían en el suelo geopolítico donde germinaron esos socialismos: en un sistema mundial estructurado por la competencia con las sociedades capitalistas, por la mentalidad extractivista de “alcanzar al resto” que ese entorno promovía y por los modelos de megaindustrialización alimentados por combustibles fósiles que favorecía. Lo dicho no implica liberar a los gobernantes de esas sociedades de su responsabilidad: siempre serán culpables de las desastrosas decisiones que tomaron en ámbitos burocrático-autoritarios, saturados de temor y obsesionados con el secretismo, cualidades que cultivaron deliberadamente. Lo cierto es que nada en la índole de la sociedad socialista requiere la existencia de ámbitos o decisiones de esas características. En ausencia de las restricciones externas y las deformaciones internas imperantes, esas sociedades podrían, en principio, desarrollar patrones sostenibles de interacción con la naturaleza no humana.

No podemos decir lo mismo de las sociedades capitalistas, que entre los sistemas sociales conocidos son las únicas que alojan en su núcleo una tendencia de profundo arraigo a las crisis ecológicas. Como explicaré a continuación, en las sociedades capitalistas anida una propensión inherente a generar crisis ambientales recurrentes a lo largo de su historia. A diferencia de otras sociedades, sus encrucijadas ecológicas no pueden resolverse con mayor conocimiento o buena voluntad ecológica. Lo que se requiere es una transformación estructural profunda.

Para entender el motivo, debemos revisar el concepto de capitalismo. Como vimos en capítulos anteriores, el capitalismo no es un sistema económico, sino algo más vasto. Más que un modo de organizar la producción económica y el intercambio, es un modo de organizar la relación entre la producción y el intercambio con sus condiciones de posibilidad no económicas. En muchos ambientes es sabido que las

sociedades capitalistas institucionalizan un ámbito económico específico –el ámbito de una abstracción singular conocida como "valor"– donde las mercancías son producidas por asalariados explotados en medios de producción de propiedad privada y vendidas por empresas privadas en mercados fijadores de precios, todo con el propósito de generar beneficios y acumular capital. Sin embargo, suele pasarse por alto que ese ámbito es constitutivamente dependiente –podría decirse, parasitario– de una variedad de actividades sociales, capacidades políticas y procesos naturales que las sociedades capitalistas definen como no económicos. Sin "valor" asignado y situados fuera de la economía, constituyen sus supuestos indispensables.

Por cierto, como argumenté en el capítulo 3, la producción de mercancías es inconcebible sin las actividades no remuneradas de reproducción social que forman y sostienen a los seres humanos que desempeñan el trabajo asalariado. De manera similar –según veremos en el capítulo 5–, esa producción no podría existir sin los órdenes jurídicos, las fuerzas represivas y los bienes públicos que sustentan la propiedad privada y los intercambios contractuales. Por último, como explicaré en detalle, ni la ganancia ni el capital serían posibles al margen de los procesos naturales que garantizan la disponibilidad de insumos vitales como materias primas y fuentes de energía. En cuanto condiciones esenciales para la economía capitalista, estas instancias "no económicas" no son externas al capitalismo, sino integrales de él. Las concepciones del capitalismo que las omiten son ideológicas. Equiparar el capitalismo con su economía es repetir mecánicamente la autocomprensión economicista del sistema y, por ende, perder la oportunidad de interrogarla en forma crítica. Para alcanzar una perspectiva crítica, debemos entender el capitalismo con una visión más amplia: como un orden social institucionalizado que abarca no solo "la economía" sino también esas actividades, relaciones y procesos definidos como no económicos que la hacen posible.

Lo que se obtiene con esta revisión es la capacidad de analizar algo crucial: la relación establecida en las sociedades capitalistas entre la economía y sus "otros", incluido ese otro vital que llamamos "naturaleza". En su núcleo, esta relación es contradictoria y propensa a las crisis. Por un lado, la economía del sistema es constitutivamente dependiente de la naturaleza, que le sirve tanto de grifo proveedor de insumos para la producción como de sumidero para descartar sus desechos. Al mismo tiempo, la sociedad capitalista instituye una división tajante entre los dos "reinos": construye la economía como un campo de acción humana creativa que genera valor y sitúa a la naturaleza como un ámbito de cosas desprovistas de valor que se

recupera a sí mismo infinitamente y está siempre disponible para ser procesado en la producción de mercancías.

Esta brecha ontológica se vuelve un pavoroso infierno cuando el capital ingresa en la mezcla: una abstracción monetizada, diseñada para “autoexpandirse”, que impone la acumulación sin fin. El efecto consiste en incentivar a los propietarios decididos a maximizar las ganancias a requisar los “regalos de la naturaleza” al precio más bajo posible (si no gratis) y eximirlos de cualquier obligación de reponer lo que toman y reparar lo que dañan. Los daños son el reverso de las ganancias. Con sus costos de reproducción ecológica descontados, todos los insumos fundamentales de la producción y la circulación capitalistas resultan abaratados: no “solo” las materias primas, la energía y el transporte, sino también el trabajo, pues los salarios caen con el costo de vida cuando el capital arrebata a la naturaleza alimentos a bajo costo. En todos los casos, los capitalistas se apropian de los ahorros en forma de beneficio mientras trasladan los costos ambientales a quienes, incluidas las generaciones futuras de seres humanos, deben vivir –y morir– con las secuelas.

Más que una relación con el trabajo, el capital también entraña una relación con la naturaleza: una relación caníbal, extractiva, que consume cada vez más riqueza biofísica con el fin de acumular cada vez más “valor” mientras niega las “externalidades” ecológicas. Lo que también acumula, y no por accidente, es una montaña cada día más grande de desastres ecológicos: una atmósfera inundada de emisiones de carbono; temperaturas en ascenso, derretimiento de los hielos de las plataformas polares, ascenso del nivel de mares taponados por islas de plástico; extinciones masivas, decadencia de la biodiversidad, migración de organismos y patógenos impulsada por el clima, aumento de los derrames zoonóticos de virus mortales; tormentas de tremendas proporciones, megasequías, plagas de langostas gigantescas, incendios forestales arrasadores, inundaciones titánicas; zonas muertas, tierras envenenadas, aire irrespirable. La economía capitalista, con su programación sistémica para beneficiarse parasitariamente de una naturaleza que no puede reponerse a sí misma en forma ilimitada, se ve a cada instante al borde de la desestabilización de sus propias condiciones ecológicas de posibilidad.

Hay aquí, en efecto, una contradicción ecológica alojada en el núcleo mismo de la sociedad capitalista, en la relación que esa sociedad establece entre la economía y la naturaleza. Arraigada en lo profundo de la estructura del sistema, esta contradicción se sintetiza en cuatro palabras cuya inicial es la letra d: dependencia, división, desresponsabilización y desestabilización. En síntesis: la sociedad

capitalista hace que la “economía” dependa de la “naturaleza”, mientras las divide ontológicamente. Al imponer la acumulación máxima de valor y definir a la naturaleza como carente de valor, dicho tratamiento desigual programa a la economía para que esta se desresponsabilice por los costos de reproducción ecológica que genera. A medida que esos costos aumentan de manera exponencial, su efecto es desestabilizar ecosistemas y trastocar periódicamente el chapucero edificio de la sociedad capitalista. Al necesitar y simultáneamente menospreciar a la naturaleza, el capitalismo es, también en este perfil, un caníbal que devora sus propios órganos vitales. Como el uróboro, se come su propia cola.[61]

La contradicción también puede formularse en términos de poder de clase. Por definición, las sociedades capitalistas delegan la tarea de organizar la producción en el capital o, mejor dicho, en quienes están consagrados a acumularlo. Precisamente a la clase capitalista el sistema otorga licencia para extraer materias primas, generar energía, decidir el uso de la tierra, diseñar sistemas alimenticios, hacer bioprospecciones de medicamentos y desechar desperdicios; de ese modo, le cede la parte del león en el control del aire y el agua, el suelo y los minerales, la flora y la fauna, los bosques y los océanos, la atmósfera y el clima, lo cual significa cederle el control sobre todas las condiciones básicas de la vida en la tierra. Así, las sociedades capitalistas otorgan el poder de gestionar nuestras relaciones con la naturaleza a una clase fuertemente motivada para destruirla.

Es verdad que los gobiernos a veces intervienen post hoc para mitigar los daños, pero siempre en forma reactiva, tratando de recuperar el tiempo perdido y sin alterar las prerrogativas de los propietarios. Dado que siempre se encuentran un paso detrás de los emisores de gases de efecto invernadero, las normas ambientales son fácilmente subvertidas por las corporaciones que encuentran ingeniosas maneras de burlarlas. Y puesto que dejan intactas las condiciones estructurales que otorgan a las empresas privadas licencia para organizar la producción, no alteran el hecho fundamental: el sistema les da a los capitalistas el motivo, los medios y la oportunidad para devastar el planeta. Son ellos, y no la humanidad en general, quienes han provocado el calentamiento global, pero no por accidente o mera codicia: antes bien, la dinámica que rigió sus acciones y los condujo a ese resultado está empotrada en la estructura misma de la sociedad capitalista.

Sea cual sea la formulación con que empecemos, la conclusión a la que arribamos es la misma: las sociedades organizadas según el modelo capitalista albergan una contradicción ecológica en su ADN.

Están predeterminadas a precipitar “catástrofes naturales”, que ocurren en forma periódica pero no accidental a lo largo de su historia. Así, estas sociedades albergan una tendencia intrínseca a la crisis ecológica. Generan vulnerabilidades ecosistémicas de manera sostenida como parte constitutiva de su modus operandi. Si bien no siempre son agudas o siquiera visibles, esas vulnerabilidades se acumulan con el tiempo hasta alcanzar un punto de inflexión, y entonces el daño estalla a la vista de todos.

Una maraña de contradicciones

Decir que el problema ecológico del capitalismo es estructural equivale a decir que no podemos salvar el planeta sin desactivar algunas características centrales y definitorias de nuestro orden social. Lo que se necesita, en primer lugar, es arrancarle el poder de dictar nuestra relación con la naturaleza a la clase que hoy en día lo monopoliza, para que podamos empezar a reinventar esa relación desde las bases. Sin embargo, esto requiere desmantelar el sistema que da sustento a su poder: las fuerzas militares y formas de propiedad, la perniciosa ontología del "valor" y la incesante dinámica de acumulación que operan en conjunto como motor del calentamiento global. La ecopolítica debe ser, en suma, anticapitalista.

Esa conclusión es potente por sí sola desde el punto de vista conceptual. Sin embargo, no cuenta la totalidad de la historia: para completar el panorama, debemos considerar otras características estructurales de la sociedad capitalista que también impactan en la naturaleza y en las luchas que se dan en torno a ella. En este sentido, es crucial un factor al que hice alusión en páginas anteriores: la naturaleza no es la única condición de fondo no económica de la economía capitalista ni el único lugar de crisis en la sociedad capitalista. Antes bien, como ya señalamos, la producción capitalista depende también de requisitos sociorreproductivos y políticos. Y esa dependencia es contradictoria, no menos que las vinculadas con la naturaleza. Igual importancia reviste el hecho de que interactúan con esta última de modos que ignoramos, a nuestro riesgo. También ellas deben ser incluidas en una teoría ecocrítica de la sociedad capitalista.

Consideremos las condiciones sociorreproductivas de la sociedad capitalista. Una vez más, en este aspecto, el capitalismo organiza algo más que la mera producción. Como argumenté en extenso en el capítulo 3, también estructura las relaciones entre la producción y las múltiples formas de trabajo de cuidado llevado a cabo por comunidades y familias, en particular, pero no exclusivamente, por las mujeres. El trabajo de cuidado es indispensable para cualquier sistema de aprovisionamiento social porque sostiene a los seres humanos que constituyen la "fuerza laboral" y forja los lazos sociales que posibilitan la cooperación. Con todo, la forma distintiva de organizar ese trabajo propia del capitalismo es tan contradictoria como su forma de

organizar la naturaleza. También en este trance, el sistema obra dividiendo: en este caso, escinde la producción de la reproducción y trata solo a la primera como ámbito de valor. El efecto resultante es otorgar a la economía licencia para aprovecharse de la sociedad, canibalizar el trabajo de cuidado sin reponerlo, agotar las energías requeridas para proporcionarlo y así poner en peligro una condición esencial de su propia posibilidad. Una vez más, por ende, se aloja en el núcleo mismo de la sociedad capitalista una tendencia a la crisis (en este caso, a la crisis en el ámbito de la reproducción social).

Una contradicción análoga aqueja la relación entre "lo económico" y "lo político" en la sociedad capitalista. Por su parte, la economía capitalista depende necesariamente de una cantidad de soportes políticos: fuerzas represivas que contengan el disenso y hagan respetar el orden público; sistemas jurídicos que garanticen la propiedad privada y autoricen la acumulación; múltiples bienes públicos que otorguen a las empresas privadas la posibilidad de operar de manera rentable. A falta de esas condiciones políticas, la economía capitalista no podría existir. Sin embargo, al mismo tiempo, el modo en que el capitalismo relaciona la economía con la organización política es autodesestabilizante. Al escindir el poder privado del capital del poder público de los Estados, incentiva al primero a vaciar al segundo. Las empresas cuya razón de ser es la acumulación ilimitada tienen sobrados motivos para evadir impuestos, socavar las normas, privatizar bienes públicos y radicar en el extranjero sus operaciones, y de ese modo canibalizan los prerrequisitos políticos de su propia existencia. Predeterminada (una vez más) a devorarse la cola, la sociedad capitalista alberga también una tendencia profundamente arraigada a la crisis política, que exploraremos en más detalle en el capítulo siguiente.

Hay aquí otras dos contradicciones del capital que también siguen la lógica de la división, la dependencia, el desconocimiento de responsabilidad y la desestabilización. Vistas bajo esta luz, como abstracciones analíticas, discurren en paralelo a la contradicción ecológica que analizamos minuciosamente. Sin embargo, esa formulación es engañosa: en rigor, las tres contradicciones no obran en paralelo, sino que interactúan entre sí y con las contradicciones económicas diagnosticadas por Marx. De hecho, las interacciones entre ellas son tan íntimas y mutuamente constitutivas que ninguna puede comprenderse de manera cabal aislada de las demás.

Tengamos presente que el trabajo de la reproducción social está profundamente involucrado con cuestiones de vida y muerte. El cuidado de los niños abarca no solo la socialización, la educación y la

nutrición emocional, sino también la gestación, el parto, el cuidado posnatal de los cuerpos y la protección física permanente. De manera similar, el cuidado de los enfermos y moribundos se centra en curar cuerpos y aliviar el dolor, en brindar consuelo y garantizar dignidad. Y todos –jóvenes o viejos, enfermos o sanos– dependen del trabajo de cuidado para preservar las viviendas, la nutrición y la higiene que les permiten gozar tanto de bienestar físico como de conexión social. Por lo general, el trabajo sociorreproductivo se propone sostener seres que son, a un tiempo, naturales y culturales. Al refutar esa distinción, gestiona la interfaz entre lo social y lo biológico, entre la comunidad y el hábitat.

La reproducción social está íntimamente entrelazada con la reproducción ecológica, y por este motivo tantas crisis de la primera son además crisis de la segunda, y por este motivo tantas luchas en torno de la naturaleza son también luchas por los modos de vida. Cuando el capital desestabiliza los ecosistemas que sustentan hábitats humanos, pone simultáneamente en peligro el cuidado y los medios de vida y las relaciones sociales que lo sostienen. Cuando la población contraataca, suele ser para defender la totalidad del nexo ecosocial de un solo golpe, como si desafiara la autoridad de las divisiones del capitalismo. Los teóricos ecocríticos deberían seguir su ejemplo. No podremos comprender la contradicción ecológica del capitalismo a menos que la pensemos junto con la contradicción sociorreproductiva. Si bien el sistema intenta separar la naturaleza y el cuidado de la economía, también pone en movimiento vastas interacciones entre ellos. Esas interacciones merecen ocupar un lugar prominente en la teoría ecocrítica de la sociedad capitalista.

Lo dicho se aplica también a lo ecológico y lo político, que también se encuentran íntimamente vinculados en la sociedad capitalista. Son los poderes públicos, por lo general los Estados, los que proveen el poderío jurídico y militar que habilita al capital a expropiar riquezas naturales, gratis o a muy bajo precio. Y precisamente a los poderes públicos recurrimos cuando los daños ecológicos se vuelven tan amenazantes que ya no es posible ignorarlos. En otras palabras, las sociedades capitalistas asignan a los Estados la tarea de vigilar el límite entre economía y naturaleza: promover o restringir el “desarrollo”, regular o desregular las emisiones, decidir dónde localizar vertederos de desechos tóxicos, si y cómo mitigar sus efectos, a quiénes proteger y a quiénes dejar expuestos al peligro.

Las luchas en torno a la relación entre economía y naturaleza son inevitablemente políticas, y en más de un sentido. Centradas en las medidas concretas que los Estados implementan o deberían

implementar para proteger a la naturaleza frente a los embates de la economía, suelen transformarse en conflictos ligados a los límites del poder público y su derecho y su capacidad de refrenar el poder privado (de las corporaciones). En esas luchas también está en juego el tema de la jurisdicción: la escala adecuada y la capacidad de intervención en asuntos que, como el calentamiento global, son por definición transterritoriales. De igual modo, se pone en cuestión la gramática de la naturaleza: los significados sociales que se le atribuyen, nuestro lugar en ella y nuestra relación con ella. Por último, como veremos en el capítulo 5, detrás de cada disputa ecológica surge una pregunta metapolítica fundamental: ¿exactamente quién debería decidir estas cuestiones? En cada nivel, por lo tanto, el nexo naturaleza-economía es político. No podemos entender la dimensión ecológica de la actual crisis del capitalismo a menos que comprendamos sus interacciones con el aspecto político. Tampoco podemos ayudar a resolver la primera sin resolver el segundo.

Por último, lo ecológico también está entreverado con la división constitutiva del capitalismo entre explotación y expropiación. Como vimos en el capítulo 2, a grandes rasgos esa división se corresponde con la línea mundial de color, que divide a las poblaciones cuyo costo de reproducción social absorbe el capital mediante el pago de salarios vitales de las poblaciones cuyos trabajo y riqueza incauta sin rodeos con poca o ninguna compensación económica. Mientras los integrantes de las primeras son considerados ciudadanos libres portadores de derechos con posibilidad de acceso a protección política (al menos en cierto grado), los de las segundas se constituyen como sujetos dependientes o no libres, esclavizados o colonizados, sin posibilidades de requerir la protección del Estado y privados de cualquier medio de autodefensa. Esta distinción ocupó siempre un lugar central en el desarrollo capitalista, desde la era de la esclavitud racializada del Nuevo Mundo, pasando por el dominio colonial directo, hasta el neoimperialismo poscolonial y la financiarización. En cada caso, la expropiación de algunos sirvió como condición de posibilidad para la explotación rentable de otros. El desconocimiento de este arreglo ocupa un lugar de privilegio en la narrativa del capitalismo y ayuda a garantizar su continuidad.

La expropiación también le sirvió al capital como método de acceso a la energía y las materias primas a muy bajo costo, si no gratis. El sistema procede, en parte, anexando porciones de naturaleza por cuya reproducción no paga. Al apropiarse de la naturaleza, sin embargo, el capital también expropia comunidades humanas, para las cuales el material confiscado y los entornos contaminados constituyen su hábitat, su medio de vida y la base material de su reproducción social.

Esas comunidades soportan una parte desproporcionadamente alta de la carga ambiental mundial; la expropiación de la que son víctimas les brinda a otras comunidades ("más blancas") la posibilidad de estar protegidas, al menos por un tiempo, contra los peores efectos de la canibalización de la naturaleza por parte del capital. La tendencia (inherente al sistema) a las crisis ecológicas está estrechamente ligada a su tendencia inherente a crear poblaciones marcadas por la raza para su expropiación. Una vez más, en este aspecto, la teoría ecocrítica tampoco puede comprender cabalmente la primera sin relacionarla con la segunda.

En suma, la contradicción ecológica del capitalismo no puede separarse nítidamente de las otras irracionalidades e injusticias constitutivas del sistema. Hacer caso omiso de las últimas adoptando la perspectiva ecologista reduccionista del ambientalismo como cuestión única significa pasar por alto la estructura institucional distintiva de la sociedad capitalista. Al separar a la economía no solo de la naturaleza sino también del Estado, del cuidado y de la expropiación racial/imperial, esta sociedad instituye una maraña de contradicciones que interactúan entre ellas y que la teoría crítica debe estudiar en conjunto, dentro de un marco único.

Esa conclusión gana aún más respaldo cuando dirigimos la mirada hacia la historia.

Tres maneras de hablar de la “naturaleza”

Antes que nada, sin embargo, una observación acerca de la “naturaleza”. El término, tan reconocido como esquivo, apareció en las páginas precedentes en dos acepciones distintas que propongo desbrozar antes de introducir una tercera. Cuando hablé del calentamiento global como una cruda realidad, supuse una concepción de la naturaleza como objeto de estudio de la ciencia del clima: una naturaleza que “devuelve el golpe” cuando los sumideros de carbono desbordan y obran por medio de procesos biofísicos que discurren a nuestras espaldas, con independencia de si los entendemos o no. Esa concepción científico-realista (llamémosla “Naturaleza I”) no se corresponde con la otra acepción que invoqué para explicar la contradicción ecológica del capitalismo. Allí me referí a la “naturaleza” desde el punto de vista del capital, entendida como el otro ontológico de la “humanidad”: una colección de cosas desprovistas de valor que se autorreponen y son apropiables como medios para alcanzar el objetivo de la expansión de valor. Esa concepción (denominémosla “Naturaleza II”) es un constructo del capitalismo que le es históricamente específico, aunque de ningún modo una mera ficción o idea. Aplicado a la dinámica de acumulación del capital, que también discurre de modo sistémico y con independencia de nuestra comprensión, se volvió una fuerza potente con consecuencias prácticas cruciales para la Naturaleza I. Buena parte de mi argumentación hasta aquí procuró arrojar luz sobre la catastrófica confiscación de la Naturaleza I por parte de la Naturaleza II en la sociedad capitalista.

Ahora bien, cuando acudimos a la historia, encontramos otra concepción de la naturaleza, que llamaremos “Naturaleza III” y que es objeto de estudio del materialismo histórico: concreto e históricamente cambiante, siempre marcado por interacciones metabólicas previas entre elementos humanos y no humanos. Esta es una naturaleza entrelazada con la historia humana, determinada por ella y que a su vez la determina. La vemos en la transformación de praderas biodiversas en tierras agrícolas de monocultivo; en el reemplazo de bosques de crecimiento centenario por nuevas plantaciones de árboles de crecimiento rápido; en la destrucción de selvas subtropicales para abrir paso a la minería y a la cría de ganado; en la preservación de “áreas silvestres” y la recuperación de

humedales; en los animales criados en granjas y las semillas genéticamente modificadas; en las migraciones de especies inducidas por el clima y el “desarrollo” que provocan saltos zoonóticos de virus, para citar solo algunos ejemplos de la etapa capitalista (breve en términos relativos) de la historia de nuestro planeta. El pensador ecomarxista Jason W. Moore evoca la idea de Naturaleza III cuando propone reemplazar el término “Naturaleza”, en singular y con mayúscula, por “naturalezas históricas”, en plural y con minúsculas.[62] En los párrafos que siguen, emplearé la expresión de Moore, junto con el adjetivo “socioecológico”, para describir la interfaz sociedad-naturaleza como un nexo histórico interactivo que el capital ha procurado controlar y ahora amenaza con borrar.

Esta tercera concepción de la naturaleza, entendida como inextricablemente enlazada con la historia humana, ocupará un lugar central en el siguiente paso de mi argumentación, que sitúa la contradicción ecológica del capitalismo dentro del marco de la historia. Sin embargo, el foco en esa noción no excluye ni invalida los conceptos de Naturaleza I o Naturaleza II. En oposición a lo que sostiene Moore, diré que esas dos concepciones son legítimas y compatibles con Naturaleza III.[63] Y las dos encontrarán su lugar en mi argumentación, en tanto fuerzas históricas objetivas que operan a nuestras espaldas y en tanto creencias (inter)subjetivas que motivan nuestras acciones. Por añadidura, veremos que las creencias colisionan no solo entre sí sino además con otros entendimientos subalternos de la naturaleza que también tienen la capacidad de “devolver el golpe”, en este caso por obra de la lucha social y la acción política. En suma, necesitamos que las tres concepciones de la naturaleza accionen en forma concertada para trazar la carrera histórica de la contradicción ecológica del capitalismo.

Regímenes de acumulación socioecológicos

Hasta aquí, abordé en términos estructurales la tendencia del capitalismo a las crisis ecológicas, como si existiera fuera del tiempo. En la realidad, sin embargo, esa tendencia solo se expresa en formas históricamente específicas o lo que denomino “regímenes de acumulación socioecológicos”. Empleo esa frase para designar las diversas etapas cuya sucesión constituye la historia del capitalismo. Cada régimen representa un modo distintivo de organizar la relación entre economía y naturaleza. Cada uno presenta métodos característicos de generación de energía, extracción de recursos y eliminación de desechos. Los regímenes asimismo exhiben trayectorias de expansión distintivas: modos de anexar porciones de la naturaleza, antes externas, mediante combinaciones históricamente específicas de conquista, robo, mercantilización, nacionalización y financiarización. Por último, los regímenes desarrollan estrategias características para externalizar y gestionar la naturaleza: métodos para descargar los daños en familias y comunidades que carecen de peso político y son consideradas desechables, y estrategias para distribuir la responsabilidad de mitigación entre los Estados, las organizaciones intergubernamentales y los mercados. Lo que hace distintivo a un régimen es dónde traza el deslinde entre economía y naturaleza, y cómo implementa esa división. De igual importancia, como veremos, son los significados concretos que un régimen asigna a la naturaleza, tanto en la teoría como en la práctica.

Ninguna de estas cuestiones está dada de una vez y para siempre con la llegada del capitalismo: antes bien, cambian a lo largo de la historia, a menudo en épocas de crisis. Se trata de momentos en que los efectos de la contradicción ecológica del capitalismo, que se están acumulando desde hace tiempo, se vuelven tan visibles, tan palmarios, que ya no es posible esquivarlos o pasarlos por alto. Cuando eso ocurre, la organización establecida de la relación entre economía y naturaleza aparece como disfuncional, injusta, no rentable o no sostenible y deviene objeto de disputa. El efecto es incitar luchas generales entre bloques políticos opuestos con proyectos rivales orientados a defender o transformar esa relación. Cuando no llegan a un punto muerto, esas luchas pueden instalar un nuevo régimen socioecológico. Una vez establecido, el nuevo régimen proporciona alivio provisorio y supera al menos algunos de los callejones sin salida

de su antecesor mientras incuba otros propios, cuyos efectos se volverán evidentes más tarde, cuando maduren. Ese resultado, lamentablemente, está garantizado en la medida en que el nuevo régimen no supere la tendencia a las crisis ecológicas inherente al capitalismo y se limite a desactivarla o desplazarla, por muy creativamente que lo haga.

Ese es, en cualquier caso, el escenario que prevaleció hasta la fecha. Como resultado, hoy podemos ver la historia del capitalismo como una secuencia de regímenes socioecológicos de acumulación, puntuada por crisis de desarrollo específicas de cada uno de ellos que son resueltas en forma provisoria por el régimen sucesor, que a su debido tiempo genera una crisis de desarrollo propia.[64] Más adelante analizaremos si esta secuencia podría estar llegando a su fin gracias a una dinámica más profunda subyacente: la progresión epocal, transrégimen, del calentamiento global, cuya escalada es acumulativa y en apariencia implacable; así, amenaza con detener toda la progresión. Más allá de lo que opinemos al respecto, no se puede negar que la división entre economía y naturaleza ha mutado varias veces en el curso de la historia capitalista, como lo ha hecho la organización de la naturaleza. El objetivo principal del presente apartado consiste en trazar un mapa de esos cambios y de las dinámicas de crisis que los impulsan.

El recorrido histórico de la contradicción ecológica del capitalismo abarca los mismos cuatro regímenes de acumulación que vimos en capítulos anteriores: la etapa mercantil-capitalista del siglo XVI al XVIII, el régimen liberal colonial del siglo XIX y principios del XX, la etapa administrada por el Estado del segundo tercio del siglo XX y el actual régimen de capitalismo financiarizado. En cada uno de esos períodos, la relación entre economía y naturaleza adoptó un aspecto diferente, como lo hicieron los fenómenos de crisis que generó. Cada régimen precipitó tipos distintivos de luchas en torno a la naturaleza. Pero algo permaneció constante en todas las etapas: en cada caso, la crisis ecológica y la lucha ecológica estuvieron profundamente entrelazadas con otras vertientes de crisis y lucha, también basadas sobre contradicciones estructurales de la sociedad capitalista.

Músculo animal

Comienzo por el capitalismo mercantil y la cuestión de la energía. En esa etapa, tal como en tiempos anteriores, el viento impulsaba los barcos a vela, mientras que los molinos de viento y de agua molían granos en algunas zonas. La agricultura y la producción manufacturera, sin embargo, operaban en gran medida sobre la base del músculo animal, humano o de otro tipo (bueyes, caballos, etc.), como lo habían hecho durante siglos. En continuidad con las sociedades precapitalistas en ese aspecto, el capitalismo mercantil fue lo que el historiador ambiental J. R. McNeill denomina un régimen "somático": en gran medida, la conversión de energía química en energía mecánica sucedía dentro de los cuerpos de seres vivos cuando digerían alimento, que se originaba en la biomasa.[65] Y eso significaba que, al igual que en épocas previas, la principal manera de incrementar la energía disponible fuese por obra de la conquista. Solo mediante la anexión de tierra y la incautación de suministros adicionales de trabajo lograron las potencias del capitalismo mercantil incrementar sus fuerzas de producción. Como vimos en capítulos anteriores, esas potencias utilizaron con creces esos métodos de eficacia comprobada a lo largo del tiempo, pero en una escala enormemente expandida que abarcó el "Nuevo" Mundo además del "Viejo".

En la periferia, los agentes del capitalismo mercantil instalaron sistemas brutales de extractivismo socioecológico. Desde las minas de plata del Potosí hasta las plantaciones de Santo Domingo, cuya mano de obra era esclava, los capitalistas explotaron la tierra y el trabajo en grado tal que alcanzaban su agotamiento, sin intentar jamás reponer lo que consumían.[66] Eligieron, en cambio, devorar "insumos" humanos y no humanos nuevos cada vez, incorporados por la fuerza desde "fuera", y dejaron rastros de devastación ambiental y social en continentes enteros. Quienes estaban en el otro extremo se defendieron con diversos grados de éxito. Su resistencia –que apuntaba a contrarrestar asaltos generalizados a sus hábitats, comunidades y medios de vida– fue, por necesidad, integradora. Ya fuese comunalista, antiimperial o republicana, combinó lo que hoy en día llamaríamos luchas "ambientales" con luchas en torno del trabajo, la reproducción social y el poder político.

En la metrópolis, mientras tanto, el capital se expandía por otros medios. Los cercamientos forzosos de tierras en Inglaterra facilitaron la conversión de terrenos agrícolas en pasturas para ovejas, lo cual posibilitó la expansión de la manufactura de textiles aun en ausencia de mecanización. Ese cambio en el uso de la tierra y el régimen de propiedad convergió con una importante serie de medidas de construcción administrativa del Estado y con una revolución científica que cambiaría el mundo en el siglo XVII. Esa revolución nos dotó de una perspectiva mecanicista de la naturaleza, una versión temprana de Naturaleza I que fue decisiva en la creación de Naturaleza II. Al consolidar distinciones heredadas de la filosofía griega y del cristianismo, el enfoque mecanicista expulsó la naturaleza del cosmos de sentido y reemplazó en forma efectiva los supuestos de proximidad sociedad-naturaleza por un profundo abismo ontológico. Una vez objetivada y externalizada, la naturaleza cobraba la apariencia de antítesis de la humanidad, una perspectiva que para algunos pareció autorizar su "violación".[67] Al fin y al cabo, las ideas filosóficas de este tipo resultaron no ser esenciales para la ciencia moderna y con el tiempo fueron eliminadas de versiones posteriores de Naturaleza I. Sin embargo, encontraron una segunda vida en la metafísica del capital, que postuló una Naturaleza II inerte y disponible para quien quisiera tomarla.

Por lo general, el capitalismo mercantil articuló conquista y extractivismo en la periferia con desposesión y ciencia moderna en el centro. Cabría decir, con el beneficio de la mirada retrospectiva, que en esta era el capital amasaba fuerzas bióticas y epistémicas cuyo mayor potencial productivo solo quedaría de manifiesto más adelante, con el advenimiento de un nuevo régimen socioecológico de acumulación.

El rey carbón

Ese régimen empezó a tomar forma a principios del siglo XIX en Inglaterra, pionera en el traspaso histórico del mundo a las energías fósiles. El invento de la máquina de vapor de James Watt, alimentada a carbón, inauguró el camino hacia el primer régimen "exosomático" del mundo, el primero en extraer debajo de la corteza terrestre energía solar carbonizada y convertirla en energía mecánica fuera de cuerpos vivos. Por estar vinculado solo de manera indirecta a la biomasa, el régimen liberal colonial pareció liberar las fuerzas de la producción de las restricciones impuestas por la tierra y el trabajo. Al mismo tiempo, dio vida a una nueva naturaleza histórica. El carbón, hasta entonces solo de interés local como sustancia combustible que proporcionaba calor, se volvió una mercancía comerciada en el ámbito internacional. Extraídos de tierras confiscadas y transportados en enormes cantidades a distancias inmensas, esos reservorios de energía formados a lo largo de cientos de millones de años se consumieron en un abrir y cerrar de ojos para alimentar la industria mecanizada, sin tener en cuenta su reposición o la contaminación que producían. De igual importancia, la energía fósil les brindó a los capitalistas un medio para reconfigurar las relaciones de producción en beneficio propio. En las décadas de 1820 y 1830, los fabricantes de textiles británicos, afectados por las huelgas en los molinos, trasladaron el grueso de sus operaciones alimentadas por energía hidráulica (que los anclaban en determinados sitios) al vapor (que les otorgaba el beneficio de la movilidad, lo cual también significó el desplazamiento del campo a la ciudad). De ese modo, pudieron aprovechar la oferta concentrada de trabajo proletarizado: una hueste de trabajadores con menor acceso a medios de subsistencia y mayor tolerancia a la disciplina fabril que sus contrapartes rurales.[68] Al parecer, el costo del carbón (que, a diferencia del agua, debía comprarse) se compensaba con las ganancias obtenidas gracias a la intensificación de la explotación.

Si el vapor generado por la combustión del carbón fue el catalizador de la Revolución Industrial en el terreno de la producción, también revolucionó el transporte. Los ferrocarriles y los barcos movidos a vapor comprimieron el espacio y aceleraron el tiempo, y así agilizaron el movimiento de materias primas y manufacturas a través de grandes distancias, lo cual trajo aparejados una aceleración en la rotación del capital y el engrosamiento de sus ganancias.[69] Los efectos en la

agricultura también fueron profundos. Con tantos proletarios hambrientos concentrados en las ciudades, había mucho dinero para ganar en las zonas rurales con una agricultura no sostenible, orientada por el lucro. Como es obvio, este esquema exacerbó en gran medida la brecha metabólica entre la ciudad y el campo. Los nutrientes saqueados del suelo rural no regresaban al punto de extracción, sino que eran vertidos como desechos orgánicos en los cursos de agua urbanos. Así, el régimen liberal colonial alimentado por carbón agotó las tierras agrícolas y contaminó las ciudades a un mismo tiempo.[70]

Esta disrupción masiva del ciclo suelo-nutrientes fue el epítome de la contradicción ecológica del capitalismo en su etapa liberal colonial. La respuesta a esa debacle fue igualmente emblemática, pues las soluciones que buscaron resolver la crisis europea del agotamiento del suelo solo sirvieron para desplazarla o exacerbarla. Una iniciativa inverosímil pero rentable se centró en el guano, extraído por trabajadores chinos semiesclavizados de los escarpados peñascos de islas frente a las costas del Perú y enviado en buques a Europa para venderse como fertilizante, todo para beneficio de inversionistas ingleses. Uno de los resultados fue una serie de guerras anti- e interimperiales para controlar su comercio.[71] Otra iniciativa, cuando los depósitos acumulados a lo largo de siglos empezaron a reducirse en cuestión de décadas, fue la invención y el uso difundido de fertilizantes químicos, cuyos efectos incluyen acidificación del suelo, contaminación de las napas de agua subterráneas, zonas muertas en los océanos y crecientes niveles de óxido nitroso en la atmósfera, todo eso profundamente perjudicial para los seres humanos y otros animales.

Por añadidura, existe otra ironía. La producción alimentada por combustibles fósiles en el centro capitalista se amplió durante el transcurso de la era liberal colonial, pero, como quedó de manifiesto en el gambito del guano, la aparente liberación de la tierra y del músculo animal no fue más que una ilusión. La industrialización exosomática en Europa, los Estados Unidos y Japón se sustentó en una morada oculta de extractivismo de base somática perpetrado en la periferia. Lo que hacía bullir las fábricas de Mánchester era la importación masiva de “naturalezas baratas”[72] arrebatadas de tierras colonizadas por enormes cantidades de trabajadores no libres y dependientes: algodón barato para alimentar los molinos; azúcar, tabaco, café y té baratos para estimular a los “peones”; materia fecal de aves barata para alimentar el suelo que alimentaba a los trabajadores. Así, los aparentes ahorros de trabajo y tierra fueron en realidad una forma de desplazamiento de la carga ecológica, un traslado de las demandas ejercidas sobre la biomasa del centro a la de

la periferia.[73] Las potencias coloniales intensificaron el proceso mediante esfuerzos calculados orientados a eliminar la manufactura en sus colonias. El Reino Unido destruyó deliberadamente la producción textil en Egipto e India y redujo esas tierras a proveedoras de algodón para sus molinos y en mercados cautivos para sus productos.[74]

Teóricos e historiadores del ecoimperialismo han empezado a dimensionar el alcance total de este traslado de costos;[75] entretanto, revelan la estrecha conexión del anticolonialismo con el protoambientalismo. Las luchas rurales contra la depredación liberal colonial también fueron "ecologismos de los pobres", y se dieron en busca de la justicia ambiental avant la lettre.[76] También eran luchas por el significado y el valor de la naturaleza contra los imperialistas europeos, formados en concepciones científicas distanciadas, que buscaban someter a las comunidades que no trazaban distinciones drásticas entre naturaleza y cultura.

En el centro capitalista, donde los individuos sí establecían esa distinción, el (proto)ecologismo adoptó un aspecto diferente. La versión más celebrada conjuraba una "naturaleza" concebida, tal como la fantaseaba el capital, como el Otro de la humanidad, pero imaginada como algo sublime y más allá de todo precio, y que por ende exigía reverencia y protección. El reverso de Naturaleza II, esta naturaleza también era ideológica. Sin embargo, lejos de habilitar el extractivismo, provocaba críticas romántico-conservadoras contra la sociedad industrial. Pastoral en su origen y con la mirada puesta en el pasado, lo sublime natural permeó los "ecologismos de los ricos",[77] centrados en la preservación de la vida silvestre. A menudo se ha pensado que esta manifestación agotó el (proto)ecologismo de esta era, pero en realidad coexistió con otra perspectiva que vinculaba el asalto a la naturaleza perpetrado por el capital con la injusticia de clase. Entre los exponentes fundamentales de esta perspectiva se contaron William Morris, cuyo ecosocialismo incluía una potente dimensión estética, y Friedrich Engels, cuyo ambientalismo social se centró, en un primer momento, en el impacto sumamente nocivo del industrialismo sobre la salud de la clase trabajadora urbana y, más tarde, en la "dialéctica de la naturaleza" o lo que actualmente llamaríamos evolucionismo y emergentismo biológico. Los dos pensadores sembraron ricas tradiciones de ecología social que luego quedaron obliteradas por concepciones del ambientalismo acotadas, reduccionistas, pero que en la actualidad se están recuperando y ampliando.[78]

La era del automóvil

Pero claro, el principal legado del capitalismo liberal colonial no fue el ecologismo, sino el fatídico desplazamiento hacia la energía exosomática que modificó el mundo y "liberó" reservorios fosilizados de carbón que habían permanecido recluidos y a salvo debajo de la corteza terrestre durante varios milenios. Ese legado, que nos trajo el calentamiento global, fue adoptado y ampliado en la siguiente era de capitalismo administrado por el Estado, cuando una nueva potencia hegemónica orquestó una vasta expansión de las emisiones de gases de efecto invernadero. Tras ocupar el lugar del Reino Unido, los Estados Unidos construyeron un nuevo complejo industrial exosomático en torno al motor de combustión interna y el petróleo refinado. El resultado fue la era del automóvil: ícono de la libertad consumista, catalizador de la construcción de autopistas, posibilitador de la suburbanización, emisor de dióxido de carbono y reformulador de la geopolítica. Así, la "democracia del carbono" alimentada con la combustión de carbón dio paso a una variante propulsada por el petróleo, cortesía de los Estados Unidos.[79]

El petróleo refinado también propulsó la democracia social. Las ganancias obtenidas por el sector automotriz y otros vinculados a él aportaron una importante porción de los ingresos fiscales que financiaron los beneficios sociales de posguerra en los países ricos. La ironía pasó inadvertida: lo que respaldó el mayor gasto público en bienestar social en el Norte Global fue la intensificación del saqueo privado en el Sur Global. Al parecer, el capital cargaría con parte de la factura correspondiente a los costos de la reproducción social aquí,[80] pero solo si se le permitía esquivar una factura mucho más gruesa por los costos de la reproducción natural allá. El eje del acuerdo era el petróleo, sin el cual la totalidad de la operación se hubiera detenido. Para garantizar el suministro y el control, los Estados Unidos patrocinaron una serie de golpes de Estado en el Golfo Pérsico y en América Latina, con lo cual aseguraron las ganancias y la posición de las grandes empresas petroleras y frutihortícolas. Estas últimas, como las grandes empresas alimenticias en general, capitalizaron la evolución de la tecnología del transporte refrigerado –gran consumidor de petróleo y destructor del ozono– para regionalizar un sistema alimentario industrializado, no sostenible, y contaminar más aún la atmósfera.[81] En síntesis, la democracia social propulsada

por el petróleo en el territorio nacional se sustentó en una oligarquía impuesta militarmente en el exterior.[82]

Al mismo tiempo, los Estados Unidos también engendraron un potente movimiento ecologista. Una corriente descendía de la actitud romántica ante lo natural del régimen anterior, originada en el siglo XIX y centrada en la protección de la vida silvestre mediante la creación de reservas y parques nacionales, casi siempre por medio del desplazamiento de las poblaciones nativas.[83] "Progresista" (por oposición a retrógrado), este ecologismo de los ricos fue compensatorio; orientado a permitirles a (algunos) estadounidenses escapar de la civilización industrial en forma temporaria, no confrontó esa civilización ni procuró transformarla. En el curso de su desarrollo, sin embargo, el capitalismo administrado por el Estado dio a luz otra corriente ecologista que apuntaba al núcleo industrial del régimen. Esta corriente, incitada a actuar por el libro Silent Spring de la bióloga y conservacionista Rachel Carson, publicado en 1962, reclamó la acción del Estado para reducir la contaminación de las corporaciones. El resultado fue la creación de la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus iniciales en inglés), una suerte de institución paralela a los organismos del New Deal que promovían la reproducción social. Fundada en 1970, a fines de la era del capitalismo administrado por el Estado, la EPA fue el último gran esfuerzo realizado por el régimen para desactivar la crisis sistémica "internalizando las externalidades" como objetos de regulación del Estado. La joya de la corona fue el Superfondo,[84] al que se le asignó la tarea de limpiar sitios contaminados por vertidos tóxicos en territorio estadounidense a expensas del capital. Financiado principalmente con gravámenes impuestos a las industrias petrolera y química, el fondo llevó a la práctica el principio "quien contamina paga" por medio de la intervención coercitiva del Estado capitalista, a diferencia de los actuales esquemas de compensación de carbono, que sustituyen el garrote por la zanahoria y operan por medio de los mercados.

Por progresista que haya sido en ese aspecto, la regulación de la naturaleza por parte del Estado capitalista (al igual que la regulación de la reproducción social) se construyó sobre la base de un desplazamiento de costos no reconocido. El régimen descargaba desproporcionadamente eco-"externalidades" en comunidades del centro –sobre todo, aunque no con exclusividad, en comunidades de color– mientras intensificaba el extractivismo y el desplazamiento de la carga ambiental en la periferia. Además, el ala industrial del ambientalismo estadounidense enmarcó en forma errónea su tema central: la contaminación provocada por las corporaciones. Al postular al Estado nacional territorial como la unidad pertinente para la

política ecológica, no reconoció la índole inherentemente transfronteriza de las emisiones industriales.[85] Esa “omisión” resultaría especialmente funesta con respecto a los gases de invernadero, cuyos efectos son, por definición, planetarios. Si bien el proceso no se comprendía cabalmente en la época, la detonación de esa bomba siempre a punto de explotar se vio acelerada por el error, mientras el régimen no se cansaba de emitir dióxido de carbono.

Nuevos cercamientos, naturaleza financiarizada y “capitalismo verde”

Actualmente, en la era del capitalismo financiarizado, todos esos “males” persisten y con intensidad aun mayor, aunque sobre una base diferente. La reubicación de la industria manufacturera en el Sur Global ha trastocado la geografía energética anterior. Las formaciones somáticas y exosomáticas coexisten ahora en Asia, América Latina y algunas regiones de África meridional. El Norte Global, mientras tanto, asiste a una creciente especialización en la tríada “posmaterial” de la tecnología de la información, los servicios y las finanzas, alias Google, Amazon y Goldman Sachs. Sin embargo, una vez más, la apariencia de liberación de la naturaleza es engañosa. El “posmaterialismo” del Norte reposa sobre el materialismo del Sur (minería, agricultura, manufacturas), y también sobre el fracking (fracturación hidráulica) y la perforación petrolera offshore en su propio patio trasero. De igual gravedad, el consumo de carbono en el Norte Global es cada vez más intensivo: considérense los marcados incrementos de los viajes aéreos, el consumo de carne, la pavimentación con cemento y la producción material general.

Mientras tanto, el capital sigue generando nuevas naturalezas históricas a ritmo acelerado. Entre ellas se incluyen minerales con los que es preciso contar, como el litio y el coltán, este último un ingrediente esencial de los teléfonos celulares, casus belli en África Central y mercancía ultrarrentable extraída en algunos casos por niños congoleses esclavizados. Otras naturalezas neoliberales son objetos bien conocidos recientemente cercados; por ejemplo, el agua, cuya privatización es resistida con firmeza por poblaciones decididas a salvaguardar no solo sus “intereses materiales” sino también su “fuente de vida” y perspectivas subalternas relacionadas con el nexo entre naturaleza y comunidad.[86]

Si bien los cercamientos han constituido parte esencial de todas las etapas del capitalismo, el actual régimen genera nuevas formas tan insidiosas como ingeniosas. Como es sabido, la biotecnología de punta se alía con leyes de propiedad intelectual de avanzada para diseñar nuevos tipos de renta monopólica. En algunos casos, las grandes empresas farmacéuticas reclaman la propiedad sobre medicamentos basados en plantas autóctonas, como los derivados del neem, árbol

indio cuyo genoma decodificaron hace poco, pese a que sus propiedades curativas son conocidas y empleadas en todo el Sudeste Asiático desde hace siglos. De manera similar, las grandes agroempresas buscan patentar cepas de cultivos, como el arroz basmati, aduciendo supuestas "mejoras" genéticas con el fin de expropiarlos a las comunidades agrícolas que los desarrollaron. En otros casos, en cambio, los expropiadores diseñan mediante técnicas de bioingeniería nuevas naturalezas históricas que no ocurren "en la naturaleza". Un ejemplo notable es el de las semillas Terminator, de Monsanto, deliberadamente diseñadas para que sean estériles y así los agricultores están obligados a adquirirlas año tras año. En este caso, una multinacional invalida de manera intencional el proceso de renovación de la vida por el cual se reproducen las semillas, para así engrosar el proceso artificial de extinción de la vida con que el capital se reproduce a sí mismo.[87]

Yendo en contra de su propia concepción de Naturaleza II, el capital ahora les niega a otros el uso de ese "don gratuito" del cual siempre dependió: la capacidad de la naturaleza de reponerse. El resultado es una maraña de superganancias y múltiples miserias en que lo ambiental se entrelaza con lo social. Las crecientes deudas de los campesinos producen oleadas de suicidios, que empobrecen más aún a regiones ya sobrecargadas con una proporción cada vez mayor de la carga ecológica global: contaminación extrema en las ciudades, hiperextractivismo en las zonas rurales y vulnerabilidad desproporcionada a los impactos cada día más letales del calentamiento global.

Esas asimetrías se ven agravadas por nuevos modos de regulación financiarizados y basados en novedosas concepciones neoliberales de la Naturaleza II. Con la deslegitimación del poder público llega la vieja-nueva idea de que el mercado puede oficiar como mecanismo principal de gobierno efectivo, mecanismo al que ahora se le asigna la tarea de limitar las emisiones de gases de efecto invernadero y salvar al planeta. Sin embargo, los programas de comercio de derechos de emisión de carbono alejan al capital de las inversiones coordinadas y masivas requeridas para "desfosilizar" la economía mundial y transformar su base energética. El dinero, en cambio, se canaliza hacia el comercio especulativo en derechos de emisión, servicios ecosistémicos, compensaciones de carbono y derivados ambientales. Posibilita esa "regulación" –y, a la vez, es promovido por ella– un nuevo imaginario verde capitalista que somete la totalidad de la naturaleza a una lógica abstracta economizante, incluso si no la transforma directamente en mercancía. La idea de que una fábrica que escupe carbón aquí pueda ser "compensada" por una plantación de

árboles allá parte del supuesto de una naturaleza compuesta de unidades fungibles, conmensurables, cuyas especificidades relativas a ubicación, rasgos cualitativos y significados experimentados pueden ser ignoradas.[88] Lo dicho también es válido para los escenarios hipotéticos de subastas, tan caros a los economistas ambientales, que pretenden asignar valor a un "activo natural" en función de lo que pagarían diversos actores por hacer realidad sus "preferencias" rivales respecto del activo: ¿están las comunidades indígenas suficientemente "comprometidas" con la preservación de su población local de peces como para pujar más alto que las flotas comerciales que amenazan con agotarlas? Si no es así, el uso racional de ese "activo" consiste en permitir su explotación comercial.[89] Estos escenarios de capitalismo verde representan una forma nueva y compleja de internalizar la naturaleza que eleva la abstracción epistémica un escalón más, a un metanivel. Sin embargo, algunas cosas nunca cambian. Al igual que sus variantes antecesoras de Naturaleza I, la naturaleza financiarizada es un vehículo de canibalización.

En estas condiciones, la gramática de la ecopolítica está cambiando. Así como el calentamiento global desplazó a la contaminación química como problema central, también los mercados de permisos de emisión suplantaron el poder coercitivo del Estado como mecanismo regulatorio de elección, y el escenario internacional reemplazó al nacional como ámbito preferido de ecogobierno. De conformidad con estos cambios, el activismo ambiental también se modificó. La corriente de protección de la vida silvestre se debilitó y se escindió: una rama se acercó al centro del poder capitalista verde, la otra a movimientos de lucha por la justicia ambiental cada día más enérgicos. La última categoría abarca ahora una amplia gama de actores subalternos –desde los ambientalismos de los pobres que resisten en el Sur los cercamientos y apropiaciones de grandes extensiones de tierras, pasando por los movimientos antirracistas que luchan en el Norte contra la desigualdad en la exposición a toxinas y los movimientos autóctonos que se oponen a los gasoductos y oleoductos, hasta las ecofeministas que batallan contra la deforestación–, muchos de los cuales se superponen y vinculan en redes transnacionales. Por lo demás, los proyectos centrados en el Estado, que en tiempos recientes habían sido dejados de lado, resurgen con renovado vigor. En un momento en que las revueltas tanto de izquierda como de derecha han hecho añicos la creencia en las propiedades mágicas del "libre mercado", algunos retoman la idea de que el poder del Estado nacional puede servir como vehículo principal de reforma ecosocial: véanse, como ejemplo, la "Nueva Ecología" de Marine Le Pen, por un lado, y el Green New Deal, por el

otro. Así también los sindicatos, comprometidos desde hace mucho con la defensa de la salud y la seguridad laborales de sus afiliados pero recelosos de poner freno al “desarrollo”, depositan ahora su confianza en los proyectos de infraestructura ecológica para la creación de nuevos puestos de trabajo. Por último, en el otro extremo del espectro, las corrientes que promueven el decrecimiento encuentran nuevos reclutas entre los jóvenes atraídos por su crítica valiente de una civilización que promueve la producción material en aumento creciente y estilos de vida consumistas, y por la promesa de un “buen vivir” como resultado del veganismo, la propiedad y administración de bienes compartidos (commoning), y la economía social y solidaria.

Pero ¿en qué se resume todo esto y adónde podría conducirnos?

La naturaleza canibalizada en espacio y tiempo

Hasta aquí presenté argumentos de carácter estructural y reflexiones históricas para respaldar dos proposiciones: primero, que el capitalismo alberga una contradicción ecológica de profundo arraigo que lo inclina, y no por accidente, hacia la crisis ambiental; segundo, que esa dinámica está entrelazada con otras tendencias a las crisis "no ambientales" y no puede resolverse aislada de ellas. Las consecuencias políticas son simples desde el punto de vista conceptual, pero complejas en la práctica: una ecopolítica capaz de salvar al planeta debe ser anticapitalista y, a la vez, transambiental.

Las reflexiones históricas aquí expuestas profundizan esas proposiciones. Lo que primero presenté como una lógica abstracta de dependencia, división, desconocimiento de responsabilidad y desestabilización, que "programa" al capital para hacer tambalear las condiciones naturales de las cuales depende, se ve ahora como un proceso concreto que se despliega en el tiempo y en el espacio. Aquí, a grandes rasgos, su trayectoria: un callejón sin salida originado en el centro pone en marcha una serie de saqueos en la periferia (incluida la periferia dentro del centro), cuyo objetivo son las riquezas naturales de poblaciones que carecen de los medios políticos necesarios para defenderse. En cada caso, además, la solución implica la invención y la apropiación de una nueva naturaleza histórica, antes escoria pero de pronto convertida en oro, una mercancía indispensable para el mundo que oportunamente se decide que no pertenece a nadie y, por ende, está disponible para su sustracción. Lo que sigue, en todos los casos, son efectos posteriores no controlados que desencadenan nuevos callejones sin salida socioecológicos, que a su vez dan lugar a nuevas iteraciones del ciclo. Y así sucesivamente.

Este proceso, que se reedita con cada uno de los regímenes, se despliega expansivamente a escala mundial. Pasando sin escalas y mecánicamente del azúcar y la plata al carbón y el guano, el petróleo refinado y los fertilizantes químicos, el coltán y las semillas genéticamente modificadas, avanza por etapas: de la conquista a la colonización, el neoimperialismo y la financiarización. El resultado es una geografía centro-periferia cambiante: hay un desplazamiento periódico de las fronteras entre esos espacios mutuamente constituidos, tal como sucede con el límite entre economía y

naturaleza. El proceso que produce estos cambios genera la espacialidad distintiva del desarrollo capitalista.

Ese proceso también modela la temporalidad histórica del capitalismo. Cada callejón sin salida nace de la colisión de nuestras tres Naturalezas, que operan en diferentes escalas temporales. En cada episodio, el capital, esclavo de su fantasía de una Naturaleza II dadora incesante y capaz de reponerse a sí misma ad infinitum, rediseña la Naturaleza III según sus propias especificaciones, que dictan desembolsos mínimos destinados a la reproducción ecológica y la aceleración máxima del tiempo de rotación; mientras tanto, la Naturaleza I, que transcurre en una escala temporal "propia", registra los efectos biofísicamente y "contraataca". Con el tiempo, los daños ecológicos resultantes convergen con otros daños "no ecológicos", arraigados en otras contradicciones "no ecológicas" de la sociedad capitalista. En ese momento, el régimen (sea cual fuere) ingresa en su crisis de desarrollo, que lleva a implementar iniciativas tendientes a crear un sucesor que, una vez instalado, reorganiza el nexo entre naturaleza y economía de un modo que disuelve el bloqueo específico pero preserva la ley del valor, que exige expansión máxima del capital a máxima velocidad. Lejos de ser superada, la contradicción ecológica del capitalismo es desplazada una y otra vez, tanto en el tiempo como en el espacio. Los costos se descargan no "solo" en las poblaciones marginalizadas de hoy, sino también en las futuras. Las vidas de estas últimas tampoco se computan, para que así el capital pueda vivir libre de cargas y eternamente.

Esta última formulación sugiere que la temporalidad de la contradicción ecológica del capitalismo puede no estar "meramente" vinculada a su desarrollo. A la tendencia del sistema a precipitar una serie interminable de crisis específicas de cada régimen subyace algo más profundo y amenazador: la perspectiva de una crisis epocal, producto de siglos de emisiones cada día mayores de gases de efecto invernadero (hoy en día, su volumen excede las capacidades de la tierra para recaptarlo). La progresión transrégimen del calentamiento global augura una crisis de otro orden. Al agravarse en forma implacable a lo largo de la secuencia entera de regímenes y naturalezas históricas, el cambio climático proporciona la continuidad perversa de una bomba de relojería activada que podría llevar a la etapa capitalista de la historia humana –si no a la historia humana misma– hacia un fin innoble.

Hablar de una crisis epocal, sin embargo, no significa proclamar un colapso inminente. Tampoco excluye el advenimiento de un nuevo régimen de acumulación capaz de un manejo provisorio o un

diferimiento temporario de la actual crisis. Lo cierto es que no podemos saber si el capitalismo guarda nuevos trucos en su inmensamente inventiva manga que puedan aplazar el calentamiento global al menos un tiempo, ni tampoco, si así fuera, durante cuánto tiempo. Desconocemos, asimismo, si los partidarios del sistema podrían inventar, vender e implementar esos trucos con suficiente celeridad, teniendo en cuenta que tanto ellos como nosotros estamos en una carrera contra el tiempo de la Naturaleza I. De todos modos, hay algo que sí queda claro: cualquier cosa que supere un recurso provisional y temporal requerirá un profundo reordenamiento del nexo entre economía y naturaleza que restrinja en extremo o elimine por completo las prerrogativas del capital.

Luchas entrelazadas

La conclusión confirma mi tesis principal: una ecopolítica cuyo objetivo sea prevenir la catástrofe debe ser anticapitalista y transambientalista. Si bien el motivo por el cual esa política debe ser anticapitalista ya ha quedado claro, la justificación de su carácter transambientalista reside en la estrecha conexión, ya mostrada aquí, entre la depredación ecológica y otras formas de disfunción y dominación inherentes a la sociedad capitalista. Ténganse en cuenta, en primer lugar, los vínculos internos entre expolio natural y expropiación racial e imperial. Contrariamente a las reivindicaciones de terra nullius [tierra de nadie], las porciones de naturaleza de las cuales el capital se apropia son casi siempre las condiciones de vida de algún grupo humano: su hábitat y sitio de interacción social cargado de significados; sus medios de vida y base material para la reproducción social. Asimismo, en casi todos los casos, los grupos humanos en la mira del capital fueron despojados del poder de defenderse, y a menudo quedaron relegados al lado equivocado de la línea de color global. Esto –que a lo largo de la secuencia de regímenes quedó una y otra vez en evidencia– revela que no es posible separar las cuestiones ecológicas de las cuestiones de poder político, por un lado, ni tampoco de aquellas vinculadas a la opresión racial, la dominación imperial y el despojo y el genocidio de las poblaciones nativas, por el otro.

Una proposición similar es válida en lo atinente a la reproducción social, estrechamente imbricada con la reproducción natural. Para la mayoría de las personas, la mayor parte del tiempo, los daños ecosistémicos añaden fuertes tensiones a las tareas de cuidado, aprovisionamiento social y atención de cuerpos y psiquis, y a veces tensan los vínculos sociales hasta el punto de ruptura. En la mayoría de los casos, además, las tensiones recaen con más fuerza sobre las mujeres, que cargan con la responsabilidad primaria por el bienestar de las familias y las comunidades. Existen, sin embargo, excepciones que confirman la regla. Estas surgen cuando las asimetrías de poder permiten a algunos grupos descargar sobre otros “externalidades”, como ocurrió en la era del capitalismo administrado por el Estado, cuando en el Norte Global los Estados de bienestar afluentes financiaron ayudas sociales (más o menos) generosas en sus territorios nacionales intensificando el extractivismo en el extranjero para

solventarlas. En ese caso, la dinámica política que vinculó la democracia social local con la dominación en el exterior posibilitó la compensación racializada –marcada por los estereotipos de género– de la reproducción social con depredación ecológica, contrato tácito que los partidarios del capital luego rescindieron para implementar el nuevo régimen financiarizado que les permitía obtener todo sin compensar nada.

Así, no causa sorpresa que las luchas en torno de la naturaleza hayan estado estrechamente ligadas con las luchas por el trabajo, el cuidado y el poder político en todas las etapas del desarrollo capitalista. Tampoco es casual que el ecologismo reduccionista sea excepcional desde el punto de vista histórico y políticamente problemático. Recuérdense las cambiantes formas y definiciones de la lucha ambiental en la secuencia de regímenes socioecológicos. En la era mercantil, las minas de plata envenenaban las tierras y los ríos del Perú mientras los cercamientos de tierras destruían los bosques de Inglaterra, hechos que acarrearon consecuencias de importante magnitud. Pero quienes participaban en estas luchas no separaron la protección de la naturaleza o del hábitat de la defensa de los medios de vida, la autonomía política o la reproducción social de sus comunidades. Antes bien, pelearon por todo eso a la vez y por las formas de vida a las cuales estaban integrados. Cuando la "defensa de la naturaleza" en verdad surgió como una causa independiente en la era liberal colonial, lo hizo entre aquellos cuyos medios de vida, comunidades y derechos políticos no estaban existencialmente amenazados. Libre de esas otras preocupaciones, su ecologismo con un único foco fue –necesariamente– un ecologismo de los ricos.[90]

Esto, de por sí, contrastaba drásticamente con los ecologismos sociales contemporáneos del centro y los ecologismos anticoloniales de la periferia, que tenían en su mira los daños provocados tanto a la naturaleza como a los seres humanos, una anticipación de las luchas actuales en favor del ecosocialismo y la justicia ambiental. Sin embargo, dichos movimientos fueron eliminados de la historia oficial del ecologismo, que canonizó la definición reduccionista. En la era siguiente, la del capitalismo administrado por el Estado, la definición oficial se amplió en cierto grado cuando a los proteccionistas de la vida silvestre se unieron los activistas que exigían el despliegue directo del poder del Estado capitalista contra las corporaciones contaminantes. Todos los éxitos logrados por este régimen en el aspecto ecológico se debieron al uso de ese poder, mientras que sus fracasos se originaron en la negativa a reconocer los entrelazamientos transambientales: el carácter inherentemente transterritorial de las emisiones; la fuerza del racismo ambiental nacional; el poder del

capital para subvertir las normas valiéndose del lobby, las medidas evasivas y la cooptación regulatoria, y las limitaciones inherentes al hecho de enfocarse en los abusos ecológicos y no en el funcionamiento normal y legal de una economía de consumo basada en combustibles fósiles. Al día de hoy, en la era del capitalismo financiarizado, todas esas evasiones gozan de buena salud y no dejan de provocar estragos. Especialmente problemática, tanto ahora como entonces, resulta la premisa rectora de que se puede proteger “el ambiente” como es debido sin alterar el marco institucional ni la dinámica estructural de la sociedad capitalista.

Para una política ecológica transambiental y anticapitalista

¿Vamos a repetir los mismos errores? ¿Vamos a desperdiciar la oportunidad de salvar al planeta por no construir una política ecológica transambiental y anticapitalista? Muchos de los componentes esenciales para una política de esas características ya existen de una u otra forma. Los movimientos por la justicia ambiental son, en principio, transambientales, dado que apuntan a los entrelazamientos entre el daño ecológico y uno o más ejes de dominación –usualmente, género, "raza", pertenencia étnica y nacionalidad– y algunos de ellos son explícitamente anticapitalistas. De manera similar, los movimientos de trabajadores, los integrantes del Green New Deal y algunos ecopopulistas captan (algunos de) los requisitos de clase necesarios para combatir el calentamiento global; en especial, la necesidad de vincular la transición hacia energías renovables con políticas favorables a la clase trabajadora en materia de ingresos y trabajo, así como la necesidad de fortalecer el poder de los Estados contra las corporaciones. Por último, los movimientos de descolonización e indígenas sondean el entrelazamiento de extractivismo e imperialismo. Junto con las corrientes en favor del decrecimiento, instan a repensar en profundidad nuestra relación con la naturaleza y nuestros modos de vida. Cada una de estas perspectivas ecopolíticas alberga algunos aportes genuinos.

Sin embargo, el estado actual de estos movimientos no es (aún) el adecuado para la tarea entre manos, ya se los considere en forma individual o en conjunto. En la medida en que los movimientos que luchan por la justicia ambiental permanecen abrumadoramente enfocados en el impacto dispar de las amenazas ecológicas sobre las poblaciones subalternas, no prestan suficiente atención a la dinámica estructural subyacente de un sistema social que produce no solo resultados dispares, sino una crisis general que amenaza el bienestar de todos, ni qué decir del planeta. Su anticapitalismo, por lo tanto, no es todavía suficientemente sustancial ni su transambientalismo suficientemente profundo.

Algo similar ocurre con los movimientos centrados en el Estado, sobre todo los ecopopulismos (reaccionarios), pero también los sindicatos y el Green New Deal (progresistas). En la medida en que estos actores privilegian el marco del Estado nacional territorial y la creación de

puestos de trabajo por vía de proyectos de infraestructura ecológica, parten del supuesto de una concepción insuficientemente amplia y variada de “la clase trabajadora”, que en realidad incluye no solo a trabajadores del sector de la construcción, sino también de los sectores de cuidados y servicios; no solo a quienes trabajan por un salario, sino también a aquellos cuyo trabajo no es remunerado; no solo a quienes trabajan “en la patria”, sino también a quienes lo hacen en el exterior; no solo a quienes son explotados, sino también a quienes son expropiados. Tampoco las corrientes centradas en el Estado reconocen de manera adecuada la posición y el poder de su adversario de clase, en la medida en que sostienen la premisa clásica de la socialdemocracia: que el Estado puede servir a dos amos, esto es, que puede salvar el planeta domando el capital, sin necesidad de abolirlo. Así, tampoco ellos son suficientemente anticapitalistas y transambientales, al menos hasta hoy.

Por último, los promotores del decrecimiento tienden a enturbiar las aguas políticas al mezclar en su activismo lo que se supone que debe crecer en el capitalismo –el “valor”– con lo que debería crecer pero no puede hacerlo dentro de ese marco, es decir, bienes, relaciones y actividades que puedan satisfacer el vasto campo de las necesidades humanas no satisfechas en el mundo entero. Una ecopolítica genuinamente anticapitalista debe desmantelar el imperativo predeterminado de hacer crecer el primero, y al mismo tiempo abordar el problema de cómo hacer prosperar de manera sostenible lo segundo como una cuestión política que debe decidirse mediante la deliberación democrática y la planificación social. De igual forma, las orientaciones asociadas con el decrecimiento, como el ambientalismo del estilo de vida, por un lado, y los experimentos prefigurativos en torno a la propiedad y administración de bienes compartidos (commoning), por otro, tienden a evadir la necesidad de confrontar al poder capitalista.

Consideradas en conjunto, las contribuciones genuinas de estos movimientos no llegan aún a constituir un nuevo sentido común ecopolítico. Tampoco convergen todavía en un proyecto contrahegemónico de transformación ecosocial que pueda, al menos en principio, salvar el planeta. Indudablemente, en ellos están presentes elementos transambientales esenciales, como derechos laborales, feminismo, antirracismo, antiimperialismo, conciencia de clase, promoción de la democracia, anticonsumismo y antiextractivismo. Sin embargo, esos elementos no se han integrado aún en un diagnóstico sólido de las raíces estructurales e históricas de la crisis actual. Lo que falta hasta nuestros días es una perspectiva clara y convincente que conecte todos nuestros males presentes,

ecológicos o de otro tipo, a un único sistema social y, mediante esa conexión, nos permita vincularlos entre sí.

En estas páginas he insistido en que ese sistema tiene nombre: sociedad capitalista, concebida con amplitud para incluir en esa noción todas las condiciones de posibilidad necesarias para la existencia de una economía capitalista –naturaleza no humana y poder público, expropiación y reproducción social–, todas ellas sujetas no por accidente a la canibalización por parte del capital, todas ellas sometidas ahora a un martillo de demolición y sin poder reponerse de sus efectos. Nombrar ese sistema y concebirlo en forma amplia equivale a aportar otra pieza del rompecabezas contrahegemónico que necesitamos armar. Esa pieza puede ayudarnos a encontrar las otras, a poner de manifiesto sus tensiones probables y sinergias potenciales, a aclarar de dónde provienen y hacia dónde podrían ir juntas. El anticapitalismo es la pieza que otorga dirección política y fuerza crítica al transambientalismo. Este último abre la ecopolítica a un mundo más amplio, mientras que el primero enfoca la mira sobre el principal enemigo.

El anticapitalismo es lo que traza la línea –necesaria para cada bloque histórico– entre “nosotros” y “ellos”. Al desenmascarar el comercio de derechos de emisión de carbono como la estafa que es, insta a todas las corrientes potencialmente emancipatorias de ecopolítica a desafiliarse en forma pública del “capitalismo verde”. También urge a esas corrientes a prestar atención a su propio talón de Aquiles, vale decir, su propensión a evitar confrontar al capital, y esto de distintos modos: buscando una desvinculación (ilusoria), un compromiso de clase (sesgado) o una paridad (trágica) en condiciones de vulnerabilidad extrema. Al poner de relieve al enemigo común, además, la pieza anticapitalista del rompecabezas señala un camino que los partidarios del decrecimiento, la justicia ambiental y el Green New Deal pueden transitar juntos, aunque todavía no les sea posible visualizar un destino preciso y mucho menos ponerse de acuerdo en él.

Sin duda, queda por verse si habrá algún destino común alcanzable o si la Tierra seguirá calentándose hasta el punto de ebullición. Sin embargo, nuestra mejor esperanza para evitar ese destino es, una vez más, construir un bloque contrahegemónico transambiental y anticapitalista. Tampoco está claro hacia dónde debería llevarnos un bloque de esas características, pero si tuviera que dar un nombre a esa meta, elegiría “ecosocialismo”.

Para aclarar las perspectivas de este proyecto, en el siguiente capítulo

trataré los aspectos políticos de la crisis actual del capitalismo caníbal.

▪

[61] Mi análisis de la contradicción ecológica del capitalismo se inspira en la teorización pionera sobre la “segunda contradicción del capitalismo” de James O’Connor, autor que allanó el camino al recurrir al pensamiento de Karl Polanyi para conceptualizar las “condiciones de producción” y la tendencia del capital a socavarlas. Véase “The Second Contradiction of Capitalism, with an Addendum on the Two Contradictions of Capitalism”, en James O’Connor, Natural Causes. Essays in Ecological Marxism, Nueva York, Guilford, 1998, pp. 158-177 [ed. cast.: Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico, México, Siglo XXI, 2001]. John Bellamy Foster señala con acierto algunos aspectos reduccionistas del análisis de O’Connor en “Capitalism and Ecology: The Nature of the Contradiction”, Monthly Review, vol. 54, nº 4, 2002, pp. 6-16. Sin embargo, esos aspectos no son esenciales en la visión fundamental de O’Connor y no fueron considerados en mi adaptación de su contribución.

[62] Jason W. Moore, Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital, Londres - Nueva York, Verso, 2015 [ed. cast.: El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020]. Lamentablemente, Moore parece suponer que la noción de Naturaleza III puede reemplazar la de Naturaleza I, que el autor desestima por “cartesiana”. Esa suposición resulta inhabilitante desde el punto de vista político, pues invalida la ciencia del clima. Además, entraña una confusión conceptual. Como explico más adelante, esas concepciones de la naturaleza no son, de hecho, incompatibles y pueden emplearse en conjunto. Para saber más sobre mis diferencias con Moore, véase Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, Capitalism. A Conversation in Critical Theory, ed. al cuidado de Brian Milstein, Cambridge, Reino Unido, Polity, 2018, pp. 94-96 [ed. cast.: Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica, Madrid, Morata, 2019].

[63] Deberíamos emplear las tres concepciones de la naturaleza. Cada una pertenece a un nivel de análisis y a un género de indagación diferentes: Naturaleza I, a la ciencia biofísica; Naturaleza II, al análisis estructural de la sociedad capitalista; Naturaleza III, al materialismo histórico. Entendidas correctamente, no se contradicen entre sí. La apariencia de contradicción surge solo cuando no se distinguen los niveles y se mezclan las concepciones. Así, en gran medida, el actual debate entre realistas críticos y constructivistas sociales (o

“anticartesianos”) está errado. Cada lado se aferra a una concepción y la sostiene ilegítimamente como única mientras excluye a la otra. Véase Andreas Malm, The Progress of This Storm. Nature and Society in a Warming World, Londres - Nueva York, Verso, 2018.

[64] Debo las designaciones “crisis de desarrollo” y “crisis epocal” a Jason Moore, quien las tomó de Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi y las adaptó para la teoría ecocrítica. Véase el ensayo de Moore “The Modern World System as Environmental History? Ecology and the Rise of Capitalism”, Theory and Society, vol. 32, nº 3, 2003.

[65] Para la distinción entre regímenes de energía “somáticos” y “exosomáticos”, véase J. R. McNeill, Something New Under the Sun. An Environmental History of the 20th Century, Nueva York, W. W. Norton, 2000; en especial, pp. 10-16 [ed. cast.: Algo nuevo bajo el sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX, Madrid, Alianza, 2014].

[66] Jason W. Moore, “Potosí and the Political Ecology of Underdevelopment, 1545-1800”, Journal of Philosophical Economics, vol. 4, nº 1, 2010, pp. 58-103.

[67] Hay buenos análisis de todos estos temas en un excelente libro de Philippe Descola, Beyond Nature and Culture, trad. de Janet Lloyd, Chicago, University of Chicago Press, 2014 [ed. cast.: Más allá de naturaleza y cultura, Buenos Aires, Amorrortu, 2012]; y en el clásico de Carolyn Merchant, The Death of Nature. Women, Ecology, and the Scientific Revolution, San Francisco, HarperOne, 1990 [ed. cast.: La muerte de la naturaleza. Mujeres, ecología y Revolución Científica, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023].

[68] Andreas Malm, “The Origins of Fossil Capital: From Water to Steam in the British Cotton Industry”, Historical Materialism, vol. 21, 2013, pp. 15-68.

[69] Matthew T. Huber, “Energizing Historical Materialism: Fossil Fuels, Space and the Capitalist Mode of Production”, Geoforum, vol. 40, 2008, pp. 105-115.

[70] La expresión “grieta metabólica” llega por intermedio de John Bellamy Foster desde Marx, al igual que esta explicación de la disrupción del ciclo suelo-nutrientes. Véase J. B. Foster, “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology”, cit., pp. 366-405.

[71] John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, The Ecological

Rift. Capitalism's War on the Earth, Nueva York, New York University Press, 2011.

[72] Esta expresión proviene de Jason W. Moore, "The Rise of Cheap Nature", en Jason W. Moore (ed.), Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism, Oakland, PM, 2016, pp. 78-115.

[73] Alf Hornborg, "Footprints in the Cotton Fields: The Industrial Revolution as Time-Space Appropriation and Environmental Load Displacement", Ecological Economics, vol. 59, nº 1, 2006, pp. 74-81.

[74] Aaron G. Jakes, Egypt's Occupation. Colonial Economism and the Crises of Capitalism, Redwood City, California, Stanford University Press, 2020.

[75] Véanse, por ejemplo, Mike Davis, "The Origins of the Third World", Antipode, vol. 32, nº 1, 2000, pp. 48-89; Alf Hornborg, "The Thermodynamics of Imperialism: Toward an Ecological Theory of Unequal Exchange", en The Power of the Machine. Global Inequalities of Economy, Technology, and Environment, Lanham, Maryland, AltaMira, 2001, pp. 35-48; Joan Martínez-Alier, "The Ecological Debt", Kurswechsel, vol. 4, 2002, pp. 5-16; John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, "Imperialism and Ecological Metabolism", en The Ecological Rift, ob. cit., pp. 345-374.

[76] Joan Martínez-Alier, The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation, Cheltenham, Reino Unido, Edward Elgar, 2003 [ed. cast.: El ecologismo de los pobres, Barcelona, Icaria, 2009].

[77] Esta expresión, que invierte el "ecologismo de los pobres" de Joan Martínez-Alier, fue tomada de Peter Dauvergne, Environmentalism of the Rich, Cambridge, Massachusetts, MIT, 2016.

[78] Para una reconstrucción magistral del ecologismo socialista de los siglos XIX y XX en Inglaterra, véase John Bellamy Foster, The Return of Nature. Socialism and Ecology, Nueva York, Monthly Review, 2020. Entre las numerosas derivas recientes de esta tradición, véanse Murray Bookchin, Social Ecology and Communalism, Chico, California, AK, 2005; y Michael Löwy, Ecosocialism. A Radical Alternative to Capitalist Catastrophe, Chicago, Haymarket, 2015 [ed. cast.: Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista, Buenos Aires, El Colectivo - Herramienta, 2011].

[79] Timothy Mitchell, "Carbon Democracy", Economy and Society,

vol. 38, nº 3, 2009, pp. 399-432.

[80] Alyssa Battistoni, Free Gifts. Nature, Households, and the Politics of Capitalism, tesis doctoral, Universidad de Yale, 2019.

[81] Susanne Freidberg, Fresh. A Perishable History, Cambridge, Massachusetts, Belknap, 2010.

[82] Timothy Mitchell, “Carbon Democracy”, cit.

[83] Karl Jacoby, Crimes Against Nature. Squatters, Poachers, Thieves, and the Hidden History of Conservation, Berkeley, University of California Press, 2014.

[84] Conocida como Superfondo, la Ley de Responsabilidad, Compensación y Recuperación Ambiental estadounidense facultó a la EPA para conminar a los contaminadores a reparar los daños causados. [N. de E.]

[85] Respecto del “marco erróneo”, véase Nancy Fraser, “Reframing Justice in a Globalizing World”, New Left Review, vol. 36, noviembre-diciembre de 2005, pp. 69-88.

[86] Adrian Parr, The Wrath of Capital. Neoliberalism and Climate Change Politics, Nueva York, Columbia University Press, 2013.

[87] La mejor descripción de la desposesión como resultado del matrimonio entre la biotecnología y la propiedad intelectual sigue siendo la de Vandana Shiva, “Life Inc: Biology and the Expansion of Capitalist Markets”, Sostenible?, vol. 2, 2000, pp. 79-92.

[88] Larry Lohmann, “Financialization, Commodification, and Carbon: The Contradictions of Neoliberal Climate Policy”, Socialist Register, vol. 48, 2012, pp. 85-107.

[89] Martin O’Connor, “On the Misadventures of Capitalist Nature”, en Martin O’Connor (ed.), Is Capitalism Sustainable? Political Economy and the Politics of Ecology, Nueva York, Guilford, 1994, pp. 125-151; Joan Martínez-Alier, The Environmentalism of the Poor, ob. cit.

[90] Es posible trazar un paralelo entre este razonamiento y el que las feministas negras y socialistas han formulado reiteradamente respecto del feminismo reduccionista, que pretende aislar las cuestiones de género “genuinas” de preocupaciones “ajenas” y termina por convertirse en un feminismo “burgués” o corporativo, a la medida de

la situación de las mujeres profesionales y en cargos directivos, las únicas para quienes estas preocupaciones son ajenas.

5. Faenar la democracia: por qué la crisis política es la carne roja del capital

Hoy nos enfrentamos a una crisis de la democracia. Eso es clarísimo. Lo que no se comprende con tanta claridad, sin embargo, es que esa crisis no es autónoma y que sus orígenes no residen exclusivamente en el ámbito de la política. A diferencia de lo que postula el sentido común biempensante, no es posible superarla con restauraciones de la civilidad, cultivos del bipartidismo, oposiciones contra el tribalismo o defensas de un discurso basado en datos y orientado hacia la verdad. Tampoco, en contra de la teoría democrática más reciente, puede resolverse esta crisis mediante la reforma de la esfera política: ni con un fortalecimiento del "ethos democrático", ni con una reactivación del "poder constituyente", ni con una liberación de la fuerza del "agonismo", ni con una promoción de "iteraciones democráticas".[91] Todas estas propuestas son presa de un error que denomino "politicismo". Por analogía con el economicismo, el pensamiento politicista pasa por alto la fuerza causal de la sociedad extrapolítica. Al tratar el orden político como si este se autodeterminara, no problematiza la matriz social más amplia que genera sus deformaciones.

No nos equivoquemos: la actual crisis de la democracia está firmemente anclada en una matriz social. Al igual que los callejones sin salida y encrucijadas analizados en capítulos anteriores, representa una vertiente de un complejo de crisis más amplio y no es posible entenderla aislada de las otras crisis. Ni independientes ni meramente sectoriales, los males que en nuestros días aquejan a la democracia integran la vertiente específicamente política de la crisis general en la que está quedando sumergido nuestro orden social. Las bases subyacentes a esos males residen en los pilares de ese orden: en sus estructuras institucionales y dinámicas constitutivas. La crisis democrática, estrechamente vinculada con procesos que trascienden lo político, solo puede ser comprendida desde una perspectiva crítica de la totalidad social.

¿Qué es esa totalidad social? Muchos observadores astutos la identifican con el neoliberalismo, no sin razón. Es verdad –como sostiene Colin Crouch– que actualmente los gobiernos democráticos son superados en potencia de fuego, cuando no por entero sometidos,

por corporaciones oligopólicas con alcance global que fueron liberadas en los últimos tiempos de cualquier tipo de control público.[92] También es verdad –como afirma Wolfgang Streeck– que el decaimiento de la democracia en el Norte Global coincide con la rebelión fiscal coordinada del capital corporativo y la instalación de los mercados financieros globales como nuevos soberanos a quienes deben obedecer los gobiernos elegidos por el voto.[93] Tampoco es posible disputar la aseveración de Wendy Brown respecto de que el poder democrático es vaciado desde dentro por racionalidades políticas neoliberales que valorizan la eficiencia y la elección, como asimismo por modos de subjetivación que imponen la "autorresponsabilidad" y la maximización del propio "capital humano".[94] Por último, Stephen Gill está en lo cierto cuando insiste en que la acción democrática es suplantada por un "nuevo constitucionalismo" que vuelve a la política macroeconómica neoliberal invulnerable a cambios futuros transnacionales, gracias a tratados como el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (Trips) y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan o Nafta), que consagran las restricciones vinculadas al libre comercio como cartas de triunfo políticas y excluyen la consideración de leyes sociales y ambientales robustas de interés público.[95] Tomadas en forma individual o en conjunto, estas posturas transmiten la idea plausible de que lo que amenaza nuestra democracia es el neoliberalismo.

Sin embargo, el problema es más profundo. Después de todo, el neoliberalismo es una forma de capitalismo, y la crisis democrática actual no es en modo alguno la primera del sistema. Y es poco probable, si el capitalismo perdura, que sea la última. Por el contrario, cada gran etapa de desarrollo capitalista dio origen a períodos de agitación política que la transformaron. Una serie de revueltas de esclavos en la periferia y revoluciones democráticas en la metrópolis agitaron periódicamente al capitalismo mercantil (y terminaron por destruirlo). El régimen del laissez-faire que lo sucedió acumuló un siglo y medio de turbulencia política –incluidas varias revoluciones socialistas y golpes fascistas, dos guerras mundiales e innumerables levantamientos anticoloniales– antes de ceder su lugar, entreguerras y en la posguerra, al capitalismo administrado por el Estado. Este régimen tampoco fue ajeno a las crisis políticas. Capeó oleadas masivas de rebeliones anticolonialistas, un levantamiento internacional de la Nueva Izquierda, una prolongada Guerra Fría y una carrera nuclear antes de sucumbir ante la subversión neoliberal, que abrió paso al actual régimen de capitalismo global financiarizado.

Esta historia nos muestra la actual crisis democrática bajo otra luz.

Por graves que sean, las penurias políticas que el neoliberalismo trajo consigo representan el último capítulo de una historia más larga relacionada con las vicisitudes políticas del capitalismo como tal. No es solo el neoliberalismo, sino el capitalismo lo que es propenso a las crisis políticas y hostil a la democracia.

Esa es la premisa que guía el presente capítulo. En estas páginas me ocuparé de los males que hoy en día aquejan a la democracia como parte de la crisis general del capitalismo financiarizado contemporáneo. Sin embargo, también aquí sigo el procedimiento de capítulos anteriores al defender una tesis más fuerte: no solo esta forma, sino todas las formas de capitalismo albergan en su seno una contradicción que las vuelve propensas a la crisis política. Al igual que las contradicciones ya analizadas, esta contradicción "política", como la llamaré, está inscripta en el ADN del sistema. Lejos de representar una anomalía, la crisis democrática a la cual estamos asistiendo es la forma que adopta esta contradicción en la etapa actual del capitalismo, la del capitalismo financiarizado.

La contradicción política del capitalismo “como tal”

Mi argumentación se basa en la noción ampliada de capitalismo que elaboré en el capítulo 1. Como señalé allí, muchos pensadores de izquierda conciben el capitalismo de manera demasiado limitada, como un mero sistema económico. Centrados en las contradicciones internas de la economía, equiparan crisis capitalista con disfunciones económicas, por ejemplo depresiones, quiebras en serie y desplomes del mercado. Como resultado, se imposibilita el análisis cabal de la tendencia a la crisis del capitalismo, pues se omiten sus contradicciones y formas de crisis no económicas. Lo que queda excluido, sobre todo, son las crisis fundadas en contradicciones entre esferas, las que surgen cuando los imperativos económicos del capitalismo colisionan con los imperativos relativos a la reproducción de las esferas no económicas, cuya salud es esencial para la continuidad de la acumulación, más aún del bienestar humano.

Un ejemplo, explorado en el capítulo 3, es el de la contradicción de la sociedad capitalista en el ámbito de la reproducción social. Los marxistas situaron correctamente el secreto de la acumulación en la “morada oculta” de la producción de mercancías, donde el capital explota el trabajo asalariado. Sin embargo, no siempre percibieron bien que ese proceso se sustenta en la morada aún más oculta del cuidado no remunerado, a menudo a cargo de las mujeres, que forma y repone los sujetos humanos que constituyen la “fuerza de trabajo”. Pese a su enorme dependencia de esas actividades de reproducción social, el capital no les asigna valor (monetizado), las trata como si fueran gratuitas y de disponibilidad ilimitada, y se esfuerza poco o nada por sostenerlas. Por lo tanto, librado a sí mismo y en virtud de su implacable pulsión a la acumulación sin fin, el capitalismo siempre corre el riesgo de desestabilizar el proceso mismo de reproducción social del cual depende.

Otro ejemplo, desarrollado en el capítulo 4, es la contradicción ecológica del capitalismo. Por un lado, la acumulación de capital depende de la naturaleza, tanto como “grifo” que suministra insumos materiales y energéticos para la producción de mercancías, cuanto como “sumidero” que absorbe los desperdicios de esa producción. Por el otro, el capital reniega de los costos ecológicos que genera al dar por sentado que la naturaleza puede reponerse por sí sola en forma

autónoma e ilimitada. También en este perfil, la serpiente tiende a devorar su propia cola: canibaliza las condiciones naturales que la sustentan. En los dos casos, hay una contradicción entre esferas en la base de la proclividad a un tipo de crisis capitalista que trasciende lo económico: crisis sociorreproductiva, en un caso; crisis ecológica, en el otro.

A continuación, propongo aplicar esa misma lógica a los males que en la actualidad aquejan a la democracia y así eludir la trampa del politicismo. Desde esta perspectiva, nuestras encrucijadas políticas actuales ya no lucen independientes: están arraigadas en otra contradicción entre esferas; en este caso, entre los imperativos de la acumulación de capital y la preservación de los poderes públicos de los cuales también depende la acumulación. El meollo del problema puede formularse en estos términos: el poder público legítimo y eficaz es condición de posibilidad de la acumulación sostenida de capital; sin embargo, el impulso del capital hacia la acumulación ilimitada tiende a desestabilizar, con el tiempo, los poderes públicos de los cuales depende. Argumentaré en estas páginas que esa contradicción se halla en la raíz de nuestra actual crisis de la democracia. Sin embargo, también sostendré que dicha crisis está inextricablemente enlazada con los otros callejones sin salida del sistema y que no puede resolverse al margen de ellos.

Poderes públicos

Empecemos a trabajar en esa hipótesis señalando, en primer lugar, que el capital depende de los poderes públicos para establecer y hacer cumplir sus normas constitutivas. Después de todo, la acumulación es inconcebible en ausencia de un marco jurídico que sustente la empresa privada y el intercambio de mercado. Depende, en particular, de los poderes públicos para garantizar los derechos de propiedad, hacer cumplir los contratos y dirimir disputas; para suprimir rebeliones, mantener el orden y gestionar el disenso; para sostener los regímenes monetarios que constituyen el sustento del capital; para emprender operaciones de prevención o manejo de las crisis; y para codificar y hacer cumplir tanto jerarquías de estatus oficiales, que distinguen a los ciudadanos de los "extranjeros", cuanto las no oficiales, que distinguen a los trabajadores libres y explotables, con derecho a vender su fuerza de trabajo, de los "otros" dependientes y expropiables, cuyos activos y personas pueden ser incautados sin más.

Históricamente los poderes públicos han estado radicados, en su mayoría, en Estados territoriales, incluidos los que funcionaron como potencias coloniales. Fueron los sistemas jurídicos de esos Estados los que instauraron ámbitos aparentemente despolitizados dentro de cuyo marco los actores privados pudieron actuar en procura de sus intereses "económicos", libres de cualquier interferencia "política". Asimismo, fueron los Estados territoriales los encargados de movilizar la "fuerza legítima" para sofocar la resistencia a las expropiaciones que dieron origen y mantuvieron las relaciones de propiedad capitalista. Y también fueron los Estados nacionales los que confirieron derechos subjetivos a algunos y se los negaron a otros. Fueron esos Estados, por último, aquellos que nacionalizaron y respaldaron la moneda. Tras constituir de este modo la economía capitalista, estos poderes políticos adoptaron medidas tendientes a fortalecer la capacidad del capital para acumular ganancias y superar desafíos. Construyeron y se hicieron cargo del mantenimiento de la infraestructura, compensaron las "fallas de mercado", orientaron el desarrollo económico, impulsaron la reproducción social, mitigaron las crisis económicas y gestionaron las secuelas políticas asociadas.

Pero eso no es todo. Una economía capitalista también tiene condiciones políticas de posibilidad en el nivel geopolítico. En ese

ámbito, la cuestión es organizar el espacio más amplio donde se insertan los Estados territoriales. Un espacio donde el capital parecería moverse con relativa facilidad, dado su inherente empuje expansionista y su arraigado impulso de extraer riqueza de regiones periféricas con destino al centro. Pero su capacidad para operar a través de las fronteras, expandirse por medio del comercio internacional y obtener beneficios de la depredación de pueblos sometidos depende no solo de su poderío militar nacional e imperial, sino también de acuerdos políticos transnacionales: el derecho internacional, los acuerdos negociados entre las grandes potencias y los regímenes supranacionales que pacifican parcialmente (siempre de un modo afín al capital) un ámbito global que a veces se imagina como un Estado de naturaleza. A lo largo de su historia, la economía capitalista dependió de las capacidades militares y organizacionales de una sucesión de potencias hegemónicas mundiales que procuraron promover la acumulación en una escala cada vez más amplia dentro del marco de un sistema político multiestatal.[96]

En esos dos niveles, el del Estado territorial y el geopolítico, la economía capitalista tiene una inmensa deuda con los poderes políticos externos a ella. Estos poderes “no económicos” son indispensables para todos los principales flujos de acumulación: la explotación de la fuerza de trabajo (doblemente) libre y la producción e intercambio de mercancías; la expropiación de pueblos sometidos y racializados y la extracción de riqueza de la periferia con destino al centro; la organización de las finanzas, el espacio y el conocimiento; la acumulación de intereses y renta. Así, las fuerzas políticas (al igual que la reproducción social y la naturaleza no humana) no son anexos marginales, sino elementos constitutivos de la sociedad capitalista. El poder público es parte integrante del capitalismo, el orden social institucionalizado para cuyo funcionamiento resulta esencial.

Sin embargo, el mantenimiento del poder político se ve en una tensa relación con el imperativo de acumulación del capital. El motivo de esa tensión radica en la topografía institucional distintiva del capitalismo, que escinde “lo económico” de “lo político”. En esta faceta, las sociedades capitalistas difieren de formas anteriores, en las que esas instancias estaban fusionadas; por ejemplo, en la sociedad feudal, en la que el control sobre el trabajo, la tierra y la fuerza militar era conferido con exclusividad a la institución única del señorío y el vasallaje. En la sociedad capitalista, en cambio, el poder económico y el poder político están escindidos; a cada uno se le asigna su propia esfera, y se lo dota de un medio y un modus operandi distintivos que le son propios.[97] El poder de organizar la producción se privatiza y se transfiere al capital, que supuestamente solo aplica las sanciones

“naturales”, “no políticas”, del hambre y la necesidad. La tarea de gobernar los órdenes “no económicos”, incluidos aquellos que suministran las condiciones externas para la acumulación, recae sobre el poder público, que solo puede utilizar los medios “políticos” de la ley y la violencia “legítima” del Estado. En el capitalismo, por tanto, lo económico es no político, y lo político es no económico.

Constitutiva del capitalismo en tanto orden social institucionalizado, esta división limita seriamente el alcance de lo político dentro de ese orden. Al transferir vastos aspectos de la vida social al control de “el mercado” (en realidad, de las grandes corporaciones), los deja fuera del alcance de la toma de decisiones democrática, la acción colectiva y el control público. Ese estado de cosas nos priva de la capacidad de decidir en forma colectiva qué y cuánto queremos producir, con qué base energética y con qué tipos de relaciones sociales. Nos priva, asimismo, de la capacidad de determinar cómo queremos utilizar el excedente social que producimos colectivamente, cómo queremos relacionarnos con la naturaleza y con las generaciones futuras, cómo queremos organizar el trabajo de la reproducción social y su relación con el trabajo de la producción. En virtud de su estructura inherente, el capitalismo es entonces fundamentalmente antidemocrático. Incluso en el mejor de los casos, la democracia en una sociedad capitalista es, forzosamente, limitada y débil.

Pero, como cabe esperar, la sociedad capitalista no se encuentra en la mejor situación, por lo que, sea cual fuere la democracia que consiga albergar, esta también será inestable e insegura. El problema es que el capital, por su propia naturaleza, pretende lo mejor de los dos mundos. Por un lado, se beneficia parasitariamente del poder público aprovechando los regímenes jurídicos, las fuerzas represivas, las infraestructuras y los organismos de regulación que son indispensables para la acumulación. Al mismo tiempo, la sed de lucro tienta en forma periódica a algunas fracciones de la clase capitalista a rebelarse contra el poder público, a denostarlo por considerarlo inferior a los mercados y a conspirar para debilitarlo. En esos casos, cuando los intereses cortoplacistas se anteponen a la supervivencia a largo plazo, el capital, una vez más, amenaza con destruir las condiciones políticas de posibilidad de su propia existencia.

Aquí tenemos una contradicción política alojada en lo profundo de la estructura institucional de la sociedad capitalista. Como las otras contradicciones que analicé, también esta sienta las bases de una tendencia a la crisis, tendencia que no está situada “dentro” de la economía, sino en la frontera que separa y conecta economía y organización política en la sociedad capitalista. Inherente al

capitalismo como tal, esta contradicción entre esferas hace que todas las formas de sociedad capitalista tiendan a la crisis política.

Crisis políticas en la historia del capitalismo

Hasta aquí, describí la estructura de esta tendencia a la crisis política del capitalismo como tal. Sin embargo, la sociedad capitalista no existe "como tal", excepto en formas históricamente específicas o regímenes de acumulación. Y lejos de estar dada de manera definitiva, la división constitutiva del capitalismo entre "lo económico" y "lo político" se ve sujeta a refutaciones y cambios. Especialmente en períodos de crisis, los actores sociales luchan por las fronteras que delimitan economía y organización política y a veces logran modificarlas. En el siglo XX, por ejemplo, la agudización del conflicto de clases obligó a los Estados a asumir nuevas responsabilidades en la promoción del empleo y el crecimiento económico. En los años anteriores al inicio del siglo XXI, por el contrario, los partidarios del "libre mercado" alteraron las reglas internacionales para incentivar a los Estados a dejar atrás esas iniciativas. El resultado, en uno y otro caso, fue revisar las fronteras establecidas con anterioridad entre economía y organización política. Esa división mutó varias veces durante el transcurso de la historia del capitalismo, como también mutaron los poderes públicos que posibilitaron la acumulación en cada etapa.

Producto de lo que en el capítulo 1 denominé "luchas por los límites", esos cambios señalan transformaciones mayores de la sociedad capitalista. Si adoptamos una perspectiva que los sitúe en primer plano, distinguiremos etapas políticas análogas a los cuatro regímenes históricos de acumulación que detecté en capítulos anteriores: un primer régimen moderno de capitalismo mercantil, un régimen de capitalismo liberal colonial en el siglo XIX, un régimen de capitalismo monopólico administrado por el Estado a mediados del siglo XX y el actual régimen de capitalismo globalizador financiarizado. En cada caso, las condiciones políticas para la existencia de la economía capitalista adoptaron una forma institucional diferente, tanto en el nivel del Estado territorial como en el geopolítico. En cada caso, también, la contradicción política de la sociedad capitalista cobró un aspecto diferente y encontró expresión en un conjunto distinto de fenómenos de crisis. En cada régimen, por último, la contradicción política del capitalismo incitó formas diferentes de lucha social.

Consideremos primero la etapa inicial del capitalismo, la mercantil,

que predominó durante unos doscientos años, del siglo XVI al XVIII aproximadamente. En esta etapa, la economía del capitalismo estuvo separada del Estado solo parcialmente. Ni la tierra ni el trabajo eran una verdadera mercancía, y las normas morales y económicas todavía regían la mayoría de las interacciones cotidianas, incluso en los pueblos y ciudades del centro de Europa. Los gobernantes absolutistas utilizaban su poder para regular el comercio dentro de sus territorios, mientras lucraban con los saqueos externos (perpetrados mediante la fuerza militar) y el comercio a grandes distancias (organizado primero bajo la hegemonía genovesa y más tarde bajo la neerlandesa) en un mercado mundial de esclavos, metales preciosos y mercancías suntuarias en expansión. El resultado fue una división interior/exterior: regulación comercial dentro del territorio nacional, "ley del valor" fuera de él.

Si bien esa división perduró por un tiempo, no pudo ser sostenida. Las tensiones dentro de este orden se intensificaron a medida que la lógica del valor que operaba en el ámbito internacional empezó a incidir en la esfera nacional de los Estados europeos; el resultado fue la alteración de las relaciones sociales entre los terratenientes y sus dependientes y la promoción de nuevos entornos profesionales y comerciales en los centros urbanos, que se convirtieron en semilleros de pensamiento liberal e incluso revolucionario. Igual efecto corrosivo –y relevante– tuvo el creciente endeudamiento de los gobernantes. Necesitados con urgencia de ingresos, algunos se vieron obligados a convocar cuerpos proparlamentarios a los cuales luego no pudieron controlar. Y, en varios casos, esa situación llevó a la revolución.

Como resultado de esta combinación de corrosión económica y agitación política, el capitalismo mercantil fue suplantado en el siglo XIX por un nuevo régimen, a menudo denominado capitalismo "liberal" o "del laissez-faire", aunque, como veremos, esos términos son sumamente engañosos. En esta etapa se reconfiguró el nexo entre economía y organización política. Los principales Estados capitalistas europeos dejaron de recurrir al poder público en forma directa para regular el comercio interno. En cambio, construyeron "economías" en que la producción y el intercambio parecían operar de manera autónoma, libres de control político manifiesto, merced al mecanismo "puramente económico" de la oferta y la demanda. Lo que subyacía a esa construcción era un nuevo orden jurídico que consagraba la supremacía del contrato, la propiedad privada, los mercados fijadores de precios y los derechos subjetivos asociados de "individuos libres", concebidos como operadores que buscaban maximizar sus utilidades en condiciones de igualdad. El efecto fue institucionalizar, en el nivel nacional, una división (en apariencia, tajante) entre los poderes

públicos de los Estados, por un lado, y el poder privado del capital, por el otro.

Pero, mientras tanto, los Estados recurrían al poder represivo para santificar las expropiaciones de tierras que transformaban a los pobladores rurales en proletarios doblemente libres. Así, establecieron las precondiciones de clase para la explotación a gran escala del trabajo asalariado, que, combinado con la energía fósil, impulsó el despegue masivo de la manufactura industrial y, con ella, la escalada de los conflictos de clase de alta intensidad. En algunos Estados metropolitanos, los movimientos sindicales militantes y sus aliados lograron imponer un compromiso de clase. Los trabajadores de la etnia mayoritaria ganaron el derecho al voto y la ciudadanía política, y a cambio le cedieron al capital el derecho a gobernar el lugar de trabajo y explotarlos. En la periferia no se llegó a compromisos similares. Renunciando a cualquier ficción de abstinencia política, las potencias coloniales europeas recurrieron al poderío militar para aplastar las rebeliones antiimperialistas. Se aseguraron de que el saqueo generalizado de las poblaciones subyugadas continuara y consolidaron el dominio colonial sobre la base del imperialismo de libre comercio, bajo la hegemonía británica. Todo esto pone en entredicho la expresión “capitalismo del laissez-faire” y me lleva a preferir “capitalismo liberal colonial”.

Este régimen se vio aquejado por la inestabilidad, tanto económica como política, casi desde sus inicios. En los países del centro en proceso de democratización, la igualdad política sostenía una tensa relación con la desigualdad socioeconómica; los derechos políticos allí otorgados resultaban incongruentes, para algunos, con el sometimiento brutal perpetrado en la periferia. Igualmente corrosiva era la contradicción, diagnosticada por la teórica política Hannah Arendt, entre el impulso ilimitado, transterritorial, de la lógica económica del capitalismo liberal colonial con el carácter limitado, territorialmente demarcado, de sus organizaciones políticas democráticas.[98] No resulta extraño que, como remarcó Karl Polanyi en La gran transformación, esta configuración de economía y organización política fuera crónicamente aquejada por las crisis. En la faceta económica, el capitalismo “liberal” se vio agitado por depresiones, colapsos y perturbaciones financieras agudas; en el aspecto político, generó intensos conflictos de clase, luchas por los límites y revoluciones, todos agitados por –y agitando al mismo tiempo– el caos financiero internacional, las rebeliones anticoloniales y las guerras interimperialistas.[99] Al llegar el siglo XXI, las múltiples contradicciones de esta forma de capitalismo habían hecho metástasis en una crisis general prolongada, que se resolvió con la instalación de

un nuevo régimen poco después de concluida la Segunda Guerra Mundial.

En este nuevo régimen capitalista administrado por el Estado, los Estados del centro empezaron a utilizar el poder público en forma más proactiva dentro de sus territorios para prevenir o mitigar las crisis. Empoderados por el sistema de control de capitales de Bretton Woods, instaurado en 1944 bajo la hegemonía de los Estados Unidos, invirtieron en infraestructura, asumieron algunos costos de reproducción social, promovieron el pleno empleo y el consumismo de la clase trabajadora (antes bien, algo similar a estos), aceptaron a los gremios como socios en las negociaciones trilaterales con las corporaciones, condujeron en forma activa el desarrollo económico, compensaron las "fallas del mercado" y disciplinaron en general al capital por su propio bien. Estas medidas, cuyo objetivo fue en parte garantizar las condiciones requeridas para el sostenimiento de la acumulación privada de capital, ampliaron el alcance de la política a la vez que la domesticaron: incorporaron estratos potencialmente revolucionarios incrementando el valor de su ciudadanía y dándoles participación en el sistema. El efecto que se logró fue estabilizar la situación durante varias décadas, pero tuvo un costo. Los acuerdos que otorgaron "ciudadanía social" a los trabajadores industriales de la etnia mayoritaria en el centro capitalista se sustentaron en condiciones de fondo no demasiado agradables: la dependencia de las mujeres en virtud del salario familiar aportado por el único sostén de la familia, las exclusiones raciales y étnicas, y la expropiación sostenida en lo que entonces se llamó Tercer Mundo. Esa expropiación se siguió perpetrando, por viejos y nuevos medios, aun después de la descolonización, lo cual limitó seriamente las capacidades de los Estados recién independizados para estabilizar sus sociedades, orientar el desarrollo y proteger a sus poblaciones de la depredación mediada por el mercado. El efecto radicó en activar algunas bombas de tiempo políticas cuya detonación convergería, más adelante, con otros procesos para derribar este régimen.

Al final, también el capitalismo administrado por el Estado tropezó con sus propias contradicciones, tanto económicas como políticas. La combinación de salarios en aumento con la generalización de mejoras en la productividad redujo las tasas de ganancias industriales en el centro, lo cual puso en marcha nuevas iniciativas del capital orientadas a liberar las fuerzas del mercado de la regulación política. Mientras tanto, hacía erupción una Nueva Izquierda global que desafiaba las opresiones, las exclusiones y las depredaciones que sostenían todo el andamiaje. Lo que siguió fue un prolongado período de crisis, a veces agudas, a veces crónicas, durante el cual el acuerdo

alcanzado en tiempos del capitalismo administrado por el Estado fue suplantado con sigilo por el actual régimen de capitalismo financiarizado, del cual me ocuparé a continuación.

Un golpe doble

El capitalismo financiarizado ha reconfigurado la relación entre economía y organización política una vez más. En este régimen, los bancos centrales y las instituciones financieras internacionales han reemplazado a los Estados como árbitros de una economía cada día más globalizada. Son esos entes, y no los Estados, aquellos que ahora dictan muchas de las reglas más decisivas que rigen las relaciones centrales de la sociedad capitalista: entre el trabajo y el capital, los ciudadanos y los Estados, el centro y la periferia, y –fundamental para todos los mencionados– entre deudores y acreedores. Estas últimas relaciones constituyen el eje del capitalismo financiarizado y permean las demás. En gran medida, actualmente el capital se vale de la deuda para canibalizar el trabajo, disciplinar los Estados, transferir valor de la periferia al centro y extraer riqueza de la sociedad y la naturaleza. La deuda es transversal a los Estados, las regiones, las comunidades, los hogares y las empresas, y el resultado es un cambio radical en la relación entre economía y organización política.

El régimen anterior había dotado a los Estados del poder de subordinar los intereses cortoplacistas de las empresas privadas al objetivo de largo plazo de la acumulación sostenida. Este, por el contrario, autoriza al capital financiero a disciplinar a los Estados y a la opinión pública en favor de los intereses inmediatos de los inversores privados. El resultado es un golpe doble. Por un lado, las instituciones del Estado que antes daban (de alguna manera) respuestas a los ciudadanos ahora son cada día menos capaces de resolver sus problemas o satisfacer sus necesidades. Por otro lado, los bancos centrales y las instituciones financieras internacionales, que han puesto grilletes a las capacidades del Estado, son “políticamente independientes”: no deben rendir cuentas ante los ciudadanos y son libres para actuar en beneficio de inversores y acreedores. Mientras tanto, la escala de los problemas más apremiantes, como el calentamiento global, excede el alcance y el grado de influencia de los poderes públicos. Estos poderes, en cualquier caso, son superados por las corporaciones transnacionales y los flujos financieros globales, que eluden el control de los organismos políticos encadenados a territorios delimitados. El resultado general es la creciente incapacidad de los poderes públicos para poner coto a los poderes privados. De ahí la asociación del capitalismo financiarizado con neologismos tales como

“desdemocratización” y “posdemocracia”.

El pasaje a un régimen centrado en la acumulación mediante deuda fue resultado de una profunda reestructuración del orden internacional. Fundamentales en este sentido fueron el desmantelamiento del marco de Bretton Woods, que estipulaba controles de capitales, tipos de cambio fijos y convertibilidad al oro, por un lado, y la reconversión del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional como agentes de liberalización económica, por el otro; dos transformaciones impulsadas por los Estados Unidos y destinadas a prolongar su hegemonía. Más tarde, a partir de los años ochenta del siglo XX, siguió el asalto al Estado desarrollista liderado por ese mismo país, primero por medio del “Consenso de Washington” y luego por medio del “ajuste estructural”. Conforme se imponía a punta de pistola la liberalización de la deuda en buena parte del Sur Global, los Estados endeudados luchaban por obtener divisas mediante la creación de zonas francas y la promoción de la emigración de fuerza de trabajo para obtener futuras remesas. Mientras tanto, la relocalización de las industrias manufactureras en la semiperiferia incrementó el poder del capital en dos frentes: primero, instaurando la desregulación y reducción de la carga fiscal en procura de un aumento de la competitividad en el Sur, y segundo, diezmando a los poderosos gremios del centro capitalista, con el consiguiente debilitamiento del apoyo político a la democracia social. La abolición de los controles de capitales y la creación del euro privó a casi todos los Estados del control sobre sus propias monedas y los dejó a merced de los mercados de bonos y las agencias de calificación, con la consiguiente inhabilitación de una herramienta crítica de manejo de crisis.[100] Los Estados del centro fueron empujados a una posición que los de la periferia ya conocían desde mucho tiempo atrás: la sujeción a fuerzas económicas globales que ni remotamente podían abrigar esperanzas de controlar.

La respuesta fue un cambio de política: se pasó del keynesianismo público al privado, según la memorable definición de Colin Crouch.[101] Mientras el primero había utilizado los impuestos y el gasto para cebar la bomba de la demanda de los consumidores, el segundo alentó la deuda del consumidor para promover niveles altos y sostenidos de gasto en consumo en condiciones por demás desfavorables: caída del salario real, aumento de la precariedad laboral y reducción de ingresos fiscales provenientes de las corporaciones. Ese cambio, elevado a nuevas intensidades de delirio por la “titularización”, nos trajo la crisis de las hipotecas subprime que disparó el derrumbe casi total de las finanzas globales en el lapso 2007-2008. El resultado de este último no pudo haber sido más

perverso. Lejos de dar lugar a una reestructuración profunda del nexo entre economía y organización política, la respuesta de las autoridades consolidó el control de los acreedores privados sobre el poder público. Tras orquestar la crisis de las deudas soberanas, los bancos centrales y las instituciones financieras internacionales obligaron a los Estados, bajo el asalto de los mercados de bonos, a implementar medidas de "austeridad", lo cual significó servir a sus ciudadanos en bandeja para ser canibalizados por prestamistas internacionales. La Unión Europea, a la cual en cierta época se consideraba el avatar de la "democracia posnacional", se apresuró a cumplir las órdenes de banqueros e inversores, renunciando a su pretensión de legitimidad democrática a los ojos de muchos.

En líneas generales, el capitalismo financiarizado es la era de la "gobernabilidad sin gobierno", que es como decir la era de la dominación sin la envoltura del consenso. En este régimen, no son los Estados sino las estructuras de gobierno transnacional como la Unión Europea, la Organización Mundial del Comercio, el Nafta y el Trips los entes que dictan la mayor parte de las normas aplicables mediante coerción que al día de hoy rigen vastos sectores de la interacción social en el mundo entero. Estos organismos, que no rinden cuentas ante nadie y sin tapujos defienden los intereses del capital, "constitucionalizan" las nociones neoliberales de "libre comercio" y "propiedad intelectual" inscribiéndolas a fuego en el régimen global y reemplazando leyes laborales y ambientales democráticas. Echando mano a una diversidad de medios, este régimen ha promovido la captura del poder público por parte del poder (corporativo) privado, y ha colonizado internamente al primero modelando su modus operandi sobre la base de aquel de las empresas privadas.

El efecto general ha sido vaciar el poder público en todos los niveles. Las agendas políticas se achican en todos lados, tanto por dictados externos (las demandas de "los mercados", "el nuevo constitucionalismo") como por la cooptación interna (captura corporativa, privatización, difusión de la racionalidad política neoliberal). Cuestiones que alguna vez estuvieron incluidas sin más dentro del área de injerencia de la acción política democrática se declaran ahora externas a su ámbito y se delegan en "los mercados", es decir, en beneficio de las finanzas y el capital corporativo. Y ¡ay de quienes los confronten! En el actual régimen, los facilitadores del capital se oponen con descaro a cualquier poder público o fuerza política que ponga en entredicho el nuevo orden, ya sea anulando elecciones y referendos que rechacen la austeridad, como sucedió en Grecia en 2015, o impidiendo las candidaturas presidenciales de figuras populares proclives a elegir ese camino, como ocurrió en Brasil

en el bienio 2017-2018. Mientras avanzaba esta era, los intereses capitalistas más importantes (grandes empresas frutihortícolas, farmacéuticas, de energía, armamentísticas, de inteligencia de datos) persisten en su antigua práctica de promoción del autoritarismo y la represión, el imperialismo y la guerra en el mundo entero. A ellos (y también a los actores del Estado con quienes están vinculados) les debemos gran parte de la actual crisis de refugiados.

En líneas generales, el actual régimen de acumulación ha generado una crisis de gobernabilidad democrática. Sin embargo, lejos de ser independiente, esta crisis tiene sus raíces en la dinámica contradictoria y autodesestabilizante de la sociedad capitalista. Lo que algunos denominan nuestro “déficit democrático” es, en realidad, la forma históricamente específica que adopta la contradicción política inherente al capitalismo en la etapa actual, cuando la financiarización fuera de control inunda el ámbito político y disminuye su poder en grado tal que lo imposibilita para resolver problemas acuciantes, incluidos aquellos que, como el calentamiento global, ponen en peligro las perspectivas a largo plazo de la acumulación, eso sin mencionar la vida misma en el planeta Tierra. En esta etapa del capitalismo, como en las demás, la crisis democrática no es solo sectorial, sino una faceta de un conjunto de crisis más amplio que también abarca otras: ecológica, sociorreproductiva y económica. Enlazada de manera inextricable con esas otras, nuestra crisis democrática actual es un componente integral de la crisis general del capitalismo financiarizado. No es posible resolverla sin dirimir esa crisis general y, por lo tanto, sin transformar por completo ese orden social.

Una encrucijada histórica trascendental

Sin embargo, todavía quedan cosas por decir acerca de la crisis democrática actual. Hasta aquí, la analicé principalmente desde una perspectiva estructural, como el desenvolvimiento no accidental de contradicciones inherentes al capitalismo financiarizado. Esa perspectiva es indispensable, como sostuve en este capítulo y en los anteriores. Sin embargo, no logra arrojar luz sobre el alcance total de la crisis presente que, como cualquier crisis general, también incluye una dimensión hegemónica.

Una crisis, después de todo, no es solo un atasco en el mecanismo social. Tampoco una obstrucción en los circuitos de acumulación o un bloqueo en el sistema de gobierno amerita la etiqueta de "crisis" en el verdadero sentido del término. Ese sentido incluye los callejones sin salida del sistema y además las respuestas de los actores sociales. A diferencia de las interpretaciones deficientes de las "teorías de los sistemas", nada puede considerarse una crisis hasta que no se lo vivencie como tal. Lo que parece una crisis a los ojos de algún observador externo no se vuelve históricamente generativo mientras los integrantes de la sociedad no lo vean como tal: esto sucede hasta que, por ejemplo, intuyen que los problemas apremiantes que experimentan no surgen a pesar sino, precisamente, a causa del orden establecido y no pueden resolverse dentro de él. Solo entonces, cuando una masa crítica llega a la conclusión de que el orden puede y debe ser transformado por la acción colectiva, el callejón sin salida objetivo gana voz subjetiva. Entonces, y solo entonces, podemos hablar de crisis en el sentido más amplio de encrucijada histórica trascendental que exige una decisión.[102]

Esa es nuestra situación actual. Ya no más "meramente" objetivas, las disfunciones políticas del capitalismo financiarizado han hallado un correlato subjetivo. Lo que tiempo atrás los observadores acaso podían contemplar como una crisis en sí pasó a ser una crisis para sí, en un momento en que enormes masas de individuos del mundo entero han desertado de la política tal como la conocían. La ruptura más drástica ocurrió en 2016, cuando los votantes de dos reductos clave de las finanzas globales castigaron a los arquitectos políticos del neoliberalismo otorgando sendas victorias al Brexit y a Donald Trump. Este proceso, sin embargo, ya estaba en marcha allí y en otros lugares:

las poblaciones ya habían empezado a abandonar a los partidos gobernantes de centro que promovían la financiarización en favor de populistas recién llegados que prometían oponerse a ella. En muchas regiones, los populistas de derecha cortejaron con éxito a los votantes de clase trabajadora pertenecientes a la mayoría étnica con la promesa de "recuperar" a sus países de las garras del capital global, los inmigrantes "invasores" y las minorías raciales o religiosas. Sus contrapartes de izquierda, menos exitosas en el plano electoral (salvo en América Latina y el sur de Europa), tuvieron una fuerte presencia en la sociedad civil, militando a favor del "99%" o "las familias trabajadoras", definidas de manera inclusiva, y contra "la clase de los multimillonarios".

Sin duda, estas formaciones políticas tienen profundas diferencias entre ellas, y sus respectivas fortunas sufrieron altibajos en años subsiguientes. Sin embargo, tomadas en conjunto y consideradas en general, su irrupción señaló un cambio radical en los vientos políticos. Al rasgar el velo del sentido común neoliberal y "desinflar" su romance con el mercado, la ola populista animó a muchos a pensar en formas novedosas. En ausencia de la "certidumbre" de que la libre competencia de los mercados globales era la mejor manera de lograr la coordinación social, el margen de invención política se amplió y las que hasta entonces eran alternativas impensables se volvieron concebibles. El resultado es una nueva etapa en la gestación de la crisis capitalista. Un "mero" conglomerado de callejones sin salida del sistema ha pasado a ser una crisis de hegemonía en el sentido pleno de la palabra.[103]

En el centro de esta crisis hegemónica se encuentra la disputa abierta en torno del límite actual entre economía y organización política. La idea de que la planificación pública es inferior a los mercados competitivos dejó de ser obvia, y ahora enfrenta fuerte resistencia. En respuesta al cambio climático y a la pandemia de covid-19, así como a la desigualdad de clase en rápido aumento y la desenfrenada injusticia racial, los socialdemócratas revitalizados se unen a populistas y socialistas democráticos en procura de rehabilitar el poder público. Algunos eligen el marco nacional y abogan por la acción de gobierno decidida en la protección de los ciudadanos contra los efectos devastadores de la financiarización, tanto económicos y ecológicos como sociales y políticos. Otros, activistas en defensa de la alterglobalización y la justicia ambiental, imaginan nuevos poderes públicos de alcance global o transnacional, con el peso y el alcance requeridos para controlar a los inversores y superar amenazas transfronterizas al bienestar planetario. Existen desacuerdos, sin duda, respecto de la profundidad de la reestructuración necesaria. Los

socialdemócratas y los populistas creen que los gobiernos pueden garantizar puestos de trabajo e ingresos, salud pública y un planeta habitable sin alterar las relaciones de propiedad y la dinámica de acumulación subyacentes al capitalismo. Los socialistas y los ecologistas radicales disienten. Que esas cuestiones se debatan en la esfera pública constituye prueba suficiente de que el sentido común neoliberal se ha derrumbado. También da testimonio de algo más: existe ahora un electorado sustancial, aunque fracturado internamente, cuyo objetivo es volver a trazar la frontera entre economía y organización política en vistas de fortalecer la capacidad de la segunda para gobernar a la primera.

Esa proposición recibió un fuerte impulso gracias a la pandemia de covid-19. A pesar del impactante incremento del libertarismo antibarbijos y antivacunas, así como del fanatismo por la "economía por encima de todo", el coronavirus ofició como una reivindicación de manual del poder público: de la necesidad urgente de la acción pública para mantener infraestructuras y garantizar cadenas de suministro; para aplanar la curva de contagios imponiendo el uso de cubrebocas, distancia social y resguardo en el hogar; para disminuir el ritmo de contagios mediante pruebas, rastreo y aislamiento de los infectados; para desarrollar, financiar, someter a ensayos clínicos, aprobar y distribuir vacunas y tratamientos; para proteger a los trabajadores esenciales y las poblaciones en riesgo; para sostener los ingresos y mantener los estándares de vida; para organizar las tareas de cuidado y la escolaridad, todo ello en modos que garantizaran una distribución equitativa de las cargas y los beneficios. Resultó que el sector privado no podía satisfacer ninguna de esas necesidades vitales. Las disparidades nacionales extremas en materia de resultados demostraron que así era. A la hora de reducir las tasas de contagios y salvar vidas, el desempeño de los países cuyas culturas políticas valorizaban el poder público y autorizaban su despliegue amplio y proactivo superó ampliamente el de aquellos que lo desdeñaban y restringían el recurso a él. Si viviéramos en un mundo racional, el neoliberalismo ya sería un recuerdo lejano.[104]

Pero en cambio vivimos en un mundo capitalista, que por definición está plagado de irracionalidad. Por ende, no podemos suponer que la crisis actual vaya a resolverse rápidamente o sin dar pelea. Por el contrario, los representantes del capital financiero y corporativo mantienen un sólido control de las palancas institucionales del poder en los niveles transnacional y global, donde las reglas de tránsito neoliberales siguen vigentes y bloquean las iniciativas populares orientadas a trazar un nuevo camino. En el nivel nacional, además, los apoderados del capital siguen maniobrando, con gran éxito, para

retener o recuperar el poder político pese a una decidida oposición. Consolidan el apoyo con que cuentan incluso –o justamente– en aquellos lugares donde sus retadores populistas logran acceder al poder y no consiguen satisfacer las expectativas.

Ese último escenario tuvo lugar en los Estados Unidos, donde al asumir la presidencia en 2016, Donald Trump abandonó las políticas favorables a la clase trabajadora que había propugnado en su campaña en favor de alternativas propicias a las corporaciones. Pese a los hercúleos esfuerzos por distraer al electorado mediante la intensificación del uso de chivos expiatorios, un volumen suficiente de votantes de Trump desertó en un puñado de estados cruciales para sellar su derrota en 2020 ante –justamente quién– un discípulo de Obama que prometía restaurar el statu quo ante neoliberal progresista, pese a que ese régimen había creado las condiciones que dieron lugar al trumpismo, en primer lugar, y que lo mantendrán vivo hasta el final.[105] Pero es necesario reconocer que los gobiernos populistas de izquierda también decepcionaron a sus electores. No caben dudas de que estos gobiernos tuvieron deficiencias internas, pero su descarrilamiento fue acompañado por una importante cuota de fuerzas externas: véase el caso de Syriza, en Grecia, puesto de rodillas por la "troika" de la Unión Europea, decidida a demostrar que no se permitiría la prevalencia de ninguna iniciativa seria que buscara priorizar las necesidades del 99% por sobre las de los inversores.

En cualquier caso, hay algo vacío en los Trump, los Bolsonaro, los Modis, los Erdoğan y otros con reminiscencias del "Mago de Oz", estas especies de showmen que se pavonean delante del telón mientras el verdadero poder queda oculto detrás. El verdadero poder es, por supuesto, el capital: las megacorporaciones, los grandes inversores, los bancos, las instituciones financieras cuya insaciable sed de lucro condena a miles de millones de personas en el mundo entero a una vida truncada y atrofiada. Para colmo, esos showmen no tienen soluciones para los problemas de sus partidarios: se acuestan con las fuerzas que dieron origen a esos problemas. Todo lo que pueden hacer es distraer a sus seguidores con trucos y espectáculos. A medida que los callejones sin salida se profundizan y las soluciones no se materializan, estos testaferros se ven obligados a subir la apuesta con mentiras cada vez más extravagantes y el recurso malicioso a chivos expiatorios. Esa dinámica se intensificará forzosamente hasta que alguien por fin corra el telón y exponga el engaño.

Y precisamente es lo que la oposición progresista no hizo. Lejos de desenmascarar a los poderes que se ocultan detrás del telón, las corrientes dominantes de "la resistencia" han estado asociadas con

ellos desde hace largo tiempo. Es el caso de las ramas liberal-meritocráticas de movimientos sociales tan populares como el feminismo, el antirracismo, el movimiento por los derechos LGBTQ+ y el ecologismo. Operando dentro del marco de la hegemonía liberal, durante muchos años funcionaron como socios menores en un bloque neoliberal progresista que también incluyó sectores "con pensamiento de avanzada" del capital global (tecnología integrada, finanzas, medios de comunicación, entretenimiento). Así, también los progresistas han funcionado como testaferros, aunque de un modo diferente: dándole un barniz de carisma emancipatorio a la economía política depredadora del neoliberalismo.

No caben dudas de que el resultado distó mucho de ser emancipatorio. No se trata "solo" de que esta alianza non sancta haya hecho estragos en las condiciones de vida de la inmensa mayoría y creado, de ese modo, el magma que alimentó a la derecha. Además, asoció con el neoliberalismo el feminismo, el antirracismo y otros movimientos afines, con lo cual aseguró que cuando la represa volara por los aires y masas de personas rechazaran al último, muchas también manifestaran su repudio hacia los primeros. Y este es el motivo por el cual el principal beneficiario, al menos por ahora, ha sido el populismo reaccionario de derecha. También es el motivo por el cual estamos encerrados en un callejón sin salida político, atrapados en una falsa batalla distractiva entre dos bandos de testaferros rivales –uno retrógrado, el otro progresista– mientras el verdadero poder oculto detrás del telón se ríe a más no poder camino al banco, a depositar sus ganancias.

¿En qué situación nos deja lo antedicho? En ausencia de algún realineamiento nuevo, enfrentamos un terreno inestable sin un bloque gobernante hegemónico que cuente con amplia legitimidad ni un rival contrahegemónico claro y creíble. En esta situación, el escenario más probable en el corto plazo es el de una serie de movimientos pendulares, con gobiernos que oscilen entre los abiertamente neoliberales (progresistas o retrógrados, favorables a la diversidad o excluyentes, demócratas liberales o protofascistas) y los declaradamente antineoliberales (populistas de izquierda o de derecha o socialdemócratas o comunitarios), cuya combinación exacta será dictada en cada caso por las especificidades nacionales.

Estas oscilaciones políticas caracterizan el presente como un interregno: una época en que, en palabras de Antonio Gramsci, "lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer". Cuánto durará este interregno es un enigma, como también lo es la probabilidad de que degenere en autoritarismo a pleno, una gran guerra o un derrumbe

catastrófico en oposición a un “lento” desmoronamiento. De una u otra forma, los callejones sin salida del sistema seguirán socavando nuestros modos de vida hasta que no logremos reunir un bloque contrahegemónico viable. Hasta entonces, viviremos (y moriremos) en medio del amplio abanico de “síntomas mórbidos” que caracterizan la agonía del capitalismo financiarizado y de la crisis general que ha forjado.

Pase lo que pase, hay algo que está claro: las crisis como esta no suceden todos los días. Infrecuentes desde el punto de vista histórico, representan puntos de inflexión en la historia del capitalismo, momentos de decisión cuando está en juego la elección de la forma de vida social. En esos momentos, la pregunta candente es: ¿quién logrará construir una contrahegemonía viable y sobre qué base? ¿Quién (en otras palabras) guiará el proceso de transformación social, en el interés de quiénes y con qué fines? Como vimos, el proceso por el cual la crisis general conduce a una reorganización social tuvo lugar varias veces en el curso de la historia moderna, casi siempre en beneficio del capital. Mediante ese proceso, el capitalismo se reinventó una y otra vez. Para restaurar la rentabilidad y domesticar a la oposición, sus defensores rediseñaron no solo la división entre economía y organización política, reconfigurando esos dos “ámbitos”, sino también su relación mutua y con la reproducción social, la naturaleza no humana, la raza y el imperio. En ese proceso, reorganizaron el modo de dominación política y además las formas establecidas de explotación y expropiación (por consiguiente, también de dominación de clase, jerarquía de estatus y sometimiento político). Al reinventar esas brechas, a menudo lograron canalizar energías rebeldes hacia nuevos proyectos hegemónicos abrumadoramente beneficiosos para el capital.

¿Se repetirá este proceso hoy?

La lucha por resolver la crisis democrática actual, como la crisis en sí, no puede limitarse a un sector de la sociedad o a una vertiente de la crisis general. Lejos de alcanzar solo a las instituciones políticas, plantea preguntas más generales (y fundamentales) en materia de organización social: ¿dónde trazaremos la línea que delimita la economía de la organización social, la sociedad de la naturaleza, la producción de la reproducción? ¿Como repartiremos nuestro tiempo entre trabajo y ocio, vida en familia, política y sociedad civil? ¿Cómo utilizaremos el excedente social que producimos en forma colectiva? ¿Y quién exactamente decidirá esas cuestiones? ¿Lograrán quienes persiguen solo el lucro convertir las contradicciones del capitalismo en nuevas oportunidades de acumulación de riqueza privada? ¿Cooptarán

importantes facetas de la rebelión mientras reorganizan la dominación social? ¿O será finalmente un levantamiento de las masas contra el capital “el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren [fuera de control]”, en palabras de Walter Benjamin?[106]

La respuesta dependerá, en parte, de cómo interpretemos la crisis actual. Si persistimos en las interpretaciones politicistas ya conocidas, concebiremos los males de la democracia como una especie autónoma de problema político. Pontificaremos acerca de la necesidad de civilidad, bipartidismo y respeto por la verdad, mientras pasaremos por alto el origen estructural profundo del problema. Flotando entre nobles principios por encima de las preocupaciones de los ignorantes “deplorables”, desestimaremos las demandas de esas masas críticas que en el mundo entero rechazan el neoliberalismo y exigen cambios fundamentales. Sin reconocer sus quejas legítimas (por muy malinterpretadas y malorientadas que se vean), nos volveremos irrelevantes en la actual lucha en pos de la construcción de una contrahegemonía. La alternativa que bosquejo en estas páginas consiste en comprender que los males actuales de la democracia expresan profundas contradicciones constitutivas de la estructura institucional del capitalismo financiarizado, vale decir, que son un componente de la inquietante crisis generalizada de nuestro orden social. Además de sus fortalezas sustantivas, esa interpretación cuenta con el mérito adicional de aportar una guía práctica. Orientándonos en la dirección correcta, nos desafía a rasgar el telón, identificar al verdadero culpable y desmantelar el orden disfuncional y antidemocrático representado por el capitalismo.

Sin embargo, no está tan claro qué debería reemplazar al capitalismo caníbal. Analizo algunos posibles escenarios en el próximo capítulo.

▪

[91] Seleccioné estas expresiones para representar una gama de perspectivas diferentes en el terreno de la teoría democrática; las mencionadas corresponden a William E. Connolly, Andreas Kalyvas, Chantal Mouffe y Seyla Benhabib. También podría haber seleccionado otras.

[92] Colin Crouch, The Strange Non-Death of Neoliberalism, Cambridge, Reino Unido, Polity, 2011 [ed. cast.: La extraña no-muerte del neoliberalismo, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012].

[93] Wolfgang Streeck, Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism, Londres - Nueva York, Verso, 2014 [ed. cast.: Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático, Buenos Aires, Capital Intelectual - Katz, 2016].

[94] Wendy Brown, Undoing the Demos. Neoliberalism's Stealth Revolution, Nueva York, Zone, 2015.

[95] Stephen Gill, "New Constitutionalism, Democratisation, and Global Political Economy", Pacifica Review, vol. 10, nº 1, 1998, pp. 23-38. Véase una formulación más reciente en Stephen Gill, "Market Civilization, New Constitutionalism, and World Order", en Stephen Gill y A. Claire Cutler (eds.), New Constitutionalism and World Order, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 2015, pp. 29-44.

[96] Giovanni Arrighi, The Long Twentieth Century, ob. cit.

[97] Ellen Meiksins Wood, "The Separation of the Economic and the Political in Capitalism", New Left Review, vol. 127, 1981, pp. 66-95.

[98] Hannah Arendt, The Origins of Totalitarianism, Nueva York, Harcourt, Brace, & Jovanovich, 1973 [ed. cast.: Los orígenes del totalitarismo, Madrid, Alianza, 2006]. Acerca del conflicto entre el empuje transterritorial de la acumulación ilimitada y la lógica territorial del gobierno político, véase también David Harvey, "The 'New' Imperialism: Accumulation by Dispossession", Socialist Register, vol. 40, 2014, pp. 63-87.

[99] Karl Polanyi, The Great Transformation, 2ª ed., ya citada.

[100] La excepción son los Estados Unidos, que simplemente pueden emitir más de sus dólares, que sirven como "moneda mundial".

[101] Colin Crouch, The Strange Non-Death of Neoliberalism, ob. cit.

[102] Reinhart Koselleck, "Crisis", trad. de Michaela W. Richter, Journal of the History of Ideas, vol. 67, nº 2, abril de 2006, pp. 357-400.

[103] Véase un análisis más completo de la dimensión hegemónica de la presente crisis de la democracia en Nancy Fraser, The Old Is Dying and the New Cannot Be Born, ob. cit.

[104] Véase en el epílogo un análisis más completo de la pandemia de covid como una "orgía de irracionalidad e injusticia capitalista".

[105] Nancy Fraser, The Old Is Dying and the New Cannot Be Born, ob. cit.

[106] Walter Benjamin, “Paralipomena to ‘On the Concept of History’”, en Howard Eiland y Michael W. Jennings (eds.), Walter Benjamin. Selected Writings, vol. 4, 1938-1940, trad. de Edmund Jephcott y otros, Cambridge, Massachusetts, Belknap, 2006, p. 402 [ed. cast.: “Tesis sobre la Historia. Apuntes, notas y variantes”, sección de Tesis sobre la Historia y otros fragmentos, vol. al cuidado de Bolívar Echeverría, México - Colonia del Mar, UACM - Ítaca, 2008]. La línea corresponde a uno de los apuntes preparatorios de las “Tesis sobre la Historia”, pero no se incluyó en la versión final. La cita completa es como sigue: “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren” [p. 70 de la ed. cast.; el pasaje en sí se conoce como Ms-BA 1100. N. de E.].

6. Alimento para la reflexión: ¿cuál debería ser el significado del socialismo en el siglo XXI?

Al comienzo de este libro, en el capítulo 1, señalé que el "capitalismo" ha vuelto. Qué adecuado resulta terminarlo apuntando lo mismo respecto del "socialismo". También esa palabra ha tenido un notable retorno, en parte gracias a su larga trayectoria histórica como designación preeminente de la alternativa al capitalismo. Si el regreso del término "capitalismo" al discurso público refleja el actual estado de fractura de la hegemonía neoliberal, no debe sorprendernos ver que también reaparece esa contraparte suya, el "socialismo".

En cualquier caso, sí, lo reitero: también el "socialismo" ha vuelto. Durante décadas se consideró un bochorno esa palabra: un fracaso despreciable y una rémora de épocas pasadas. Ya no más. Por lo menos, no en los Estados Unidos.[107] Hoy por hoy, los políticos estadounidenses como Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez ostentan con orgullo ese rótulo y ganan apoyos, mientras organizaciones como los Socialistas Demócratas de los Estados Unidos atraen a multitudes de nuevos miembros. Pero ¿exactamente a qué se refieren con "socialismo"? Pese a ser muy bienvenido, el entusiasmo por el término no se traduce de manera automática en una reflexión seria acerca de su contenido. ¿Qué significa o debería significar "socialismo" en la era actual?

Las argumentaciones expuestas en los capítulos previos sugieren una respuesta. La concepción ampliada de capitalismo allí delineada implica que necesitamos contar, asimismo, con una concepción ampliada del socialismo. Después de todo, una vez que abandonamos la noción del capitalismo como una economía, ya no podemos entender el socialismo como un sistema económico alternativo. Si el capital está programado para canibalizar los soportes "no económicos" de la producción de mercancías, entonces una alternativa deseable a ese orden no puede limitarse a socializar la propiedad de los medios de producción. Más allá de esa aspiración –a la cual adhiero incondicionalmente–, también debe transformar la relación de la producción con sus condiciones básicas de posibilidad: reproducción social, poder público, naturaleza no humana y formas de riqueza

situadas fuera de los circuitos oficiales del capital pero dentro de su alcance. En otras palabras, como explicaré, un socialismo relevante para nuestra época debe superar no solo la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, sino también su utilización parasitaria del trabajo de cuidado no remunerado, del poder público y de la riqueza expropiada a los sujetos racializados y la naturaleza no humana.

Esta proposición requiere una aclaración desde el inicio: ampliar la idea de socialismo no significa añadirle epiciclos. Lejos de anexar más rasgos a las interpretaciones recibidas, es necesario transformar el concepto mismo. En efecto, eso me propuse en relación con el capitalismo en los capítulos previos, al tratar como estructuralmente constitutivas cuestiones que suelen considerarse secundarias, sobre todo el género/la sexualidad, la raza/el imperio, la ecología y la democracia. En esta sección busco hacer otro tanto en relación con el socialismo. Mi objetivo radica en repensarlo, también, como un orden social institucionalizado tan integral como el capitalismo y apto para presentarse como una alternativa creíble a ese sistema. Asimismo, espero arrojar nueva luz sobre muchos topoi del pensamiento socialista: la dominación y la emancipación; la clase y la crisis; la propiedad, los mercados y la planificación; el trabajo necesario, el tiempo libre y el excedente social. Cada una de esas cuestiones debería adoptar un nuevo aspecto una vez que veamos el socialismo, también, como algo más que una economía. Lo que asimismo debería volverse visible son los contornos de un socialismo que difiere radicalmente del comunismo al estilo soviético, por un lado, y de la socialdemocracia, por el otro: un socialismo para el siglo XXI.

Debo comenzar, sin embargo, con una revisión crítica del capitalismo, que es el punto de partida necesario para cualquier debate sobre el socialismo. El socialismo, después de todo, no tendría que ser un “mero deber ser” o un sueño utópico. Si hoy en día vale la pena analizarlo es porque encapsula posibilidades reales, históricamente emergentes: potenciales para la libertad, el bienestar y la felicidad humanos que el capitalismo ha situado en el horizonte pero no puede hacer realidad. De igual importancia, el socialismo es una respuesta a los callejones sin salida y las injusticias del capitalismo: a los atolladeros que el sistema precipita periódicamente y no logra superar de manera definitiva, y a formas de dominación tan profundamente afianzadas en ese orden que no pueden erradicarse dentro de su marco. En otras palabras, el socialismo afirma estar en condiciones de remediar los males del capitalismo. Por lo tanto, allí es donde debemos comenzar.

¿Qué es entonces el capitalismo? ¿Y cuál es su problema?

¿Qué es el capitalismo? Una recapitulación

Podemos dar una respuesta sucinta a la primera pregunta si recapitulamos la argumentación desplegada a lo largo de este libro: se propuso una nueva concepción del capitalismo en tanto orden social institucionalizado que incluye cuatro condiciones no económicas de posibilidad indispensables para la existencia de una economía capitalista. La primera, expuesta en el capítulo 2, consiste en una inmensa reserva de riqueza expropiada a pueblos sometidos –en especial, pueblos racializados–, que incluye, sobre todo, tierra, recursos naturales y trabajo dependiente no remunerado o mal remunerado. Esta riqueza, concretamente robada, funciona como un flujo continuo de insumos productivos gratuitos o de bajo precio; el capital paga poco o nada por ellos, y los combina a su vez con otros, como el trabajo asalariado (doblemente) libre, cuyos costos de reproducción (en teoría) remunera. El verdadero secreto de la acumulación es la combinación de expropiación y explotación. Sin la expropiación de los pueblos sometidos, la explotación de los trabajadores libres no sería rentable. Pese a esto, el capital niega su dependencia de la riqueza expropiada y rechaza pagar por su reposición.

En el capítulo 3 se abordó la segunda precondición no económica necesaria para una economía capitalista: una reserva considerable de trabajo no remunerado o mal remunerado destinado a la reproducción social, trabajo mayormente desempeñado por mujeres. Esta labor de cuidado, que “hace” seres humanos, es indispensable para lo que el sistema denomina “producción”, que produce cosas con la finalidad de obtener ganancias. Como vimos, sin trabajo reproductivo no podría haber “trabajadores” o “fuerza de trabajo”, tiempo de trabajo necesario ni excedente, explotación o plusvalor, ganancia o acumulación de capital. Sin embargo, el capital le asigna escaso o ningún valor al trabajo de cuidado, no se preocupa por reponerlo y (en la medida de lo posible) procura no pagar por él.

La tercera precondición no económica de la economía capitalista, analizada en el capítulo 4, es una inmensa reserva de insumos gratis o de muy bajo precio extraídos de la naturaleza no humana. Esos insumos proveen el sustrato material indispensable de la producción capitalista: las materias primas que el trabajo transforma, la energía

que alimenta las máquinas, los comestibles que alimentan los cuerpos, más una variedad de prerrequisitos generales ambientales como tierra cultivable, aire respirable, agua potable y la capacidad de carga de carbono de la atmósfera terrestre. Sin estos insumos y prerrequisitos no podría haber productores económicos ni reproductores sociales, tampoco riqueza para expropiar ni trabajo libre para explotar, ni capital ni clase capitalista. Sin embargo, el capital trata la naturaleza como un tesoro escondido del cual puede servirse libremente y en forma ilimitada, sin necesidad de reabastecerla o repararla.

La cuarta y última precondición de una economía capitalista es un amplio conjunto de bienes públicos provistos por los Estados y otros poderes públicos. Como vimos en el capítulo 5, esos bienes incluyen los órdenes jurídicos, las fuerzas represivas, las infraestructuras, la masa monetaria y los mecanismos para gestionar las crisis del sistema. Sin estos bienes públicos y los poderes públicos que los garantizan no podría haber orden social, confianza, propiedad ni intercambio; ergo, no habría acumulación sostenida. Pero el capital tiende a ser hostil al poder público y procura evadir los impuestos necesarios para sostenerlo.

Cada una de estas cuatro condiciones representa un pilar indispensable de la economía capitalista. Cada una es un ámbito de relaciones sociales, actividades sociales y riqueza social que, en conjunto, constituyen el sine qua non de la acumulación. Detrás de las instituciones oficiales del capitalismo –trabajo asalariado, producción, intercambio y finanzas– están sus soportes necesarios y sus condiciones de posibilidad: familias, comunidades, naturaleza; Estados territoriales, organizaciones políticas y sociedades civiles; también, y no menos importante, cantidades inmensas y formas múltiples de trabajo no remunerado y expropiado. Esenciales para la sociedad capitalista, son además sus elementos constitutivos.

Mediante la detección de estas condiciones de fondo no reconocidas y negadas, llegamos a una respuesta no ortodoxa a nuestra pregunta inicial: ¿qué es el capitalismo? En vez de una economía, el capitalismo es un tipo de sociedad, una sociedad en la que se delimita un ámbito de actividades y relaciones economizadas y se las aparta de otras, no economizadas, de las cuales dependen (a pesar de negarlas) las primeras. Una sociedad capitalista abarca una “economía” que es diferente (y dependiente) de una “organización política” u orden político; una esfera de “producción económica” que es diferente (y dependiente) de un ámbito de “reproducción social”; un conjunto de relaciones de explotación que son diferentes (y dependientes) de relaciones negadas de expropiación; y un ámbito sociohistórico de

actividad humana que es diferente (y dependiente) de un sustrato material de naturaleza no humana.

Al adoptar esta perspectiva, cambiamos por un nuevo enfoque ampliado la noción aceptada y acotada del capitalismo. Ese cambio tiene consecuencias fundamentales para el proyecto de elaboración de una nueva concepción del socialismo: modifica –en rigor, amplía– nuestra percepción de cuál es el problema del capitalismo y qué debe hacerse para transformarlo.

¿Cuál es el problema del capitalismo?

Los críticos que adoptan la visión estrecha del capitalismo perciben tres males principales inherentes al sistema: injusticia, irracionalidad y falta de libertad. En primer término, identifican la injusticia fundamental del sistema en la explotación por parte del capital de la clase trabajadora libre no propietaria de los medios de producción. Estos trabajadores trabajan numerosas horas en forma gratuita y producen una enorme riqueza en la cual no tienen participación. Los beneficios fluyen hacia la clase capitalista, que se apropia del trabajo excedente y la plusvalía que este genera y la reinvierte con el propósito que le dicta el sistema: acumular siempre más capital. La consecuencia más importante es el crecimiento exponencial incesante del capital en tanto poder hostil que domina a los trabajadores que lo producen. Esta es la injusticia fundamental que identifica la visión acotada: la explotación de clase del trabajo asalariado en el lugar de producción. Su ámbito es la economía capitalista; específicamente, la esfera de la producción económica.

Segundo, en la visión acotada, la irracionalidad fundamental del capitalismo radica en su tendencia inherente a la crisis económica. Un sistema económico orientado a la acumulación ilimitada de plusvalía apropiada en forma privada por empresas con fines de lucro es intrínsecamente autodesestabilizante. El impulso a expandir el capital incrementando la productividad mediante avances técnicos tiene como resultado caídas periódicas de la tasa de ganancias, superproducción de bienes y acumulación excesiva de capital. Los intentos de solución, como la financiarización, no hacen más que posponer la hora de la verdad y garantizar que, cuando llegue, será aún más grave. En general, el curso del desarrollo capitalista se ha visto interrumpido por crisis económicas periódicas: ciclos de auge y depresión, desplomes bursátiles, estampidas financieras, bancarrotas en serie, liquidaciones de valor masivas y desempleo generalizado.

Por último, la visión acotada postula que el capitalismo es profunda y constitutivamente antidemocrático. Es verdad que suele prometer la prevalencia de la democracia en la esfera política. Sin embargo, esa promesa se ve sistemáticamente socavada por la desigualdad social, por un lado, y el poder de clase, por el otro. Y además, el lugar de trabajo capitalista está exento de cualquier pretensión de

autogobierno democrático: se trata de una esfera en la que el capital ordena y los trabajadores obedecen.

Por lo general, la visión acotada atribuye tres males mayores al capitalismo: injusticia, en el sentido de explotación de clase; irracionalidad, en el sentido de propensión a la crisis económica; y falta de libertad, en el sentido que la democracia se ve minada por la desigualdad social y el poder de clase. El problema surge, en cada caso, de la dinámica interna de la economía del capitalismo. Así, los males del capitalismo se originan, según la visión acotada, en su organización económica.

Este panorama no es tanto errado cuanto incompleto. Si bien identifica correctamente los males económicos inherentes al sistema, no registra una serie de injusticias, irracionalidades y faltas de libertad no económicas que son constitutivas de este orden en igual grado. Pero cuando adoptamos la concepción ampliada "caníbal", esos males adicionales se vuelven claramente visibles.

En primer lugar, la visión caníbal del capitalismo pone al descubierto un catálogo ampliado de injusticias. Lejos de residir con exclusividad dentro de la economía del sistema, se encuentran arraigadas en las relaciones entre la economía capitalista y sus condiciones no económicas de posibilidad. Un ejemplo es la división entre producción económica –en la que el tiempo de trabajo necesario es remunerado con salarios en efectivo– y reproducción social, en la que ese tiempo de trabajo es no remunerado o mal pago, naturalizado o romantizado y recompensado, en parte, con amor. Esta división, marcada históricamente por estereotipos de género, consolida formas mayores de dominación en el núcleo mismo de las sociedades capitalistas: subordinación de las mujeres, binarismo de género y heteronormatividad.

De manera similar, las sociedades capitalistas instituyen una división estructural entre los trabajadores (doblemente) libres, que pueden intercambiar su fuerza de trabajo por los costos de su reproducción, y los "otros" dependientes, cuyas personas, tierras y trabajo pueden confiscarse sin más. Esta división coincide con la línea de color mundial. Al separar lo "solo" explotable de lo directamente expropiable, racializa a este último grupo y lo designa como inherentemente pasible de abusos. Como resultado, se consolidan una serie de injusticias estructurales, entre ellas la opresión racial, el imperialismo (de vieja y nueva data), la desposesión de los pueblos nativos y el genocidio.

Por último, las sociedades capitalistas trazan una división nítida entre seres humanos y naturaleza no humana, que dejan así de pertenecer al mismo universo ontológico. Reducida a ser un grifo y un sumidero, la naturaleza no humana se abre al extractivismo y la instrumentalización brutal. Si esta no es una injusticia contra la "naturaleza" (o contra los animales no humanos), es cuando menos una injusticia contra las generaciones de seres humanos existentes y futuras a las que les dejamos un planeta cada día menos habitable.

Una visión ampliada de la sociedad capitalista suele visibilizar un catálogo ampliado de injusticias estructurales, que incluye (pero excede por mucho) la explotación de clase. Una alternativa socialista debe remediar, también, esas otras injusticias. Lejos de transformar "meramente" la organización de la producción económica, debe también transformar la relación de esta última con la reproducción social y, con ella, los órdenes de género y sexual. De igual modo, debe poner fin al aprovechamiento parasitario de la naturaleza por parte del capital, así como a la expropiación de la riqueza de los pueblos sometidos y, con ellos, a la opresión racial/imperial. En suma, para remediar las injusticias del capitalismo, el socialismo debe modificar no "solo" la economía capitalista sino la totalidad del orden institucionalizado constituido por la sociedad capitalista.

Pero eso no es todo. La concepción ampliada también acrecienta nuestra visión de qué se considera una crisis capitalista. Ahora podemos advertir algunas propensiones inherentes a la autodesestabilización, más allá de las relativas a la economía del capitalismo. Hay, en primer lugar, una tendencia sistémica a canibalizar la reproducción social y, por tanto, a provocar crisis de cuidado. En la medida en que el capital busca no pagar por el trabajo de cuidado no remunerado del cual depende, somete en forma periódica a enormes presiones a los principales proveedores de ese trabajo: familias, comunidades y, sobre todo, mujeres. La forma actual, financiarizada, de sociedad capitalista está generando una crisis de esas características al exigir tanto el recorte de la provisión pública de servicios sociales como mayor cantidad de trabajo asalariado por hogar, incluido el trabajo de las mujeres.

La visión ampliada también visibiliza una tendencia inherente a la crisis ecológica. Dado que el capital evita pagar sumas siquiera cercanas a los verdaderos costos de reabastecimiento de los insumos que toma de la naturaleza no humana, agota el suelo, contamina los mares, satura los sumideros de carbono y desborda la capacidad de carga de carbono del planeta. Al servirse de la riqueza natural sin hacerse cargo de los costos de reparación y reposición, desestabiliza

en forma periódica la interacción metabólica entre los componentes humanos y no humanos de la naturaleza. Hoy en día nos enfrentamos a las consecuencias. Lo que amenaza con incinerar el planeta no es, después de todo, “la humanidad”; es el capitalismo.

Las tendencias del capitalismo a las crisis ecológicas y sociorreproductivas son inseparables de su constitutiva necesidad de riqueza expropiada a los pueblos racializados: su dependencia de tierras robadas, trabajo forzado y minerales saqueados; de zonas racializadas como vertederos de desechos tóxicos y de pueblos racializados como proveedores de trabajo de cuidado mal remunerado organizado en cadenas de cuidado globales. El resultado es un entrelazamiento de la crisis económica, ecológica y social con el imperialismo y el antagonismo etnorracial. También en estos aspectos, el neoliberalismo ha subido la apuesta.

Por último, la visión ampliada del capitalismo pone de manifiesto una tendencia estructural a la crisis política. También aquí el capital apunta a tener todo a la vez: quiere vivir de bienes públicos por los cuales trata de no pagar. Programado para evadir impuestos y debilitar las regulaciones estatales, tiende a vaciar los poderes públicos de los cuales depende. La forma actual de capitalismo financiarizado lleva este juego a un nuevo nivel. Las megacorporaciones superan en potencia de fuego a los poderes públicos atados territorialmente, mientras que las finanzas internacionales disciplinan a los Estados convirtiendo en farsa las elecciones cuyos resultados le son adversos e impidiendo que los gobiernos anticapitalistas den respuestas a las demandas populares. El resultado es una crisis gravísima de gobernanza, ahora acompañada por una crisis de hegemonía en un momento en que inmensas cantidades de personas del mundo entero desertan de los partidos políticos establecidos y del sentido común neoliberal.

En general, la visión ampliada nos muestra que el capitalismo alberga múltiples tendencias a crisis que no se limitan a la económica. Como señalé en el capítulo 5, sigo a Karl Polanyi (y a James O’Connor) en la interpretación de esas propensiones como contradicciones “entre esferas”, alojadas en las bisagras que separan y conectan a la economía capitalista con sus condiciones de posibilidad de fondo no económicas. Atado a la lógica ya explicada en capítulos anteriores, el capital posee una tendencia inherente a erosionar, destruir o agotar –en cualquier caso, a desestabilizar– sus propios supuestos. Como el uróboro, se come su propia cola. La autocanibalización también forma parte del problema del capitalismo y de lo que el socialismo debe superar.

Y por último está el déficit democrático inherente al capitalismo. También la dimensión de este tercer mal se ve magnificada cuando adoptamos la visión ampliada de este sistema social. El problema no radica solo en que sean los jefes quienes den las órdenes en las plantas fabriles; tampoco en que la desigualdad económica y el poder de clase conviertan en farsa cualquier pretensión de contar con una voz democrática igual en la esfera política: es igual de importante (si no más) que esa esfera se haya visto gravemente truncada desde el inicio. De hecho, la división economía-organización política reduce en forma radical y por anticipado el alcance de la toma democrática de decisiones. Cuando la producción se delega en las empresas privadas, no somos nosotros sino la clase capitalista el actor que controla nuestra relación con la naturaleza y el destino del planeta, como se vio en el capítulo 4. De manera similar, no somos nosotros sino ellos quienes determinan cómo deben ser nuestras vidas de trabajo y de ocio, quienes deciden cómo asignamos nuestras energías y nuestro tiempo y cómo interpretamos y satisfacemos nuestras necesidades. Al conceder una licencia para la apropiación privada del excedente de la sociedad, por último, el nexo organización política/economía de este sistema autoriza a los capitalistas a determinar el curso del desarrollo social y, por ende, nuestro futuro. Todas estas cuestiones quedan eliminadas preventivamente de la agenda política en las sociedades capitalistas: los inversores empeñados en acumular el máximo capital las deciden a nuestras espaldas. Lejos de canibalizarse solo a sí mismo, el capitalismo también nos canibaliza: devora nuestra libertad colectiva de decidir juntos cómo queremos vivir. Para superar esta forma de canibalización, el socialismo debe expandir el alcance del autogobierno político democrático mucho más allá de sus acotados límites actuales.

¿Qué es el socialismo?

Si el socialismo tiene como meta remediar todos los males del capitalismo, entonces enfrenta una gran tarea. Debe inventar un nuevo orden social que supere no “solo” la dominación de clase, sino también las asimetrías de género y sexo, la opresión racial/étnica/imperial, y la dominación política en general. De manera similar, debe desinstitucionalizar las múltiples tendencias a las crisis: no “solo” económica y financiera, sino también ecológica, sociorreproductiva y política. Por último, un socialismo para el siglo XXI tiene que ampliar inmensamente el alcance de la democracia, y no “solo” democratizando la toma de decisiones en un ámbito “político” predefinido. Más fundamentalmente, debe democratizar la definición y la demarcación, así como los marcos mismos que constituyen “lo político”.

Definida de esta manera, la tarea de repensar el socialismo para el siglo XXI es inmensa. Si se logra ese objetivo (respecto de lo cual caben sobradas dudas), será gracias a los esfuerzos combinados de muchas personas, incluidos activistas y teóricos, ya que las percepciones ganadas a partir de la lucha social se complementan con el pensamiento programático y la organización política. Con la esperanza de contribuir a este proceso, quiero presentar tres conjuntos de reflexiones breves, cuyo objetivo reside en mostrar de qué manera el análisis precedente arroja nueva luz sobre algunos topoi clásicos del pensamiento socialista.

El primero tiene que ver con los límites institucionales. Como observamos en páginas anteriores, esos límites surgen de las separaciones institucionales que postula el capitalismo: la separación de la producción y la reproducción, de la explotación y la expropiación, de lo económico y lo político, de la sociedad humana y la naturaleza no humana. Como se explicó en los capítulos previos, estas divisiones ineludiblemente se convierten en sitios de crisis y motivos de lucha en las sociedades capitalistas. Para los socialistas, por lo tanto, la pregunta respecto de si y cómo están delimitadas y conectadas entre sí las esferas sociales es al menos tan importante como la pregunta respecto del modo en que se encuentran organizadas internamente. En lugar de centrarse unilateralmente en la organización interna de la economía (o, para el caso, de la naturaleza,

la familia o el Estado), los socialistas necesitan pensar la relación de la economía con sus condiciones básicas de posibilidad: la reproducción social, la naturaleza no humana, las formas de riqueza no capitalizadas y el poder público. Para que el socialismo supere todas las formas institucionalizadas de irracionalidad, injusticia y falta de libertad capitalista, debe rediseñar las relaciones entre producción y reproducción, sociedad y naturaleza, economía y política.

El objetivo del socialismo no debería ser liquidar estas divisiones de una vez y para siempre. Por el contrario, el desastroso intento soviético de abolir la distinción entre "lo político" y "lo económico" puede servir como advertencia. Pero podemos, y debemos, volver a concebir los límites institucionales que heredamos de la sociedad capitalista. Nuestro objetivo tendría que ser, al menos, volver a trazarlos de modo que cuestiones apremiantes que el capitalismo relegó a la esfera de lo económico se vuelvan políticas o sociales. También deberíamos modificar el carácter de esos límites, para que sean más blandos y porosos. Por cierto, tendríamos que descifrar el modo de conseguir que los diversos dominios que separan se vuelvan mutuamente compatibles y receptivos y dejen de ser antitéticos y antagónicos. Sin duda, una sociedad socialista debe superar la tendencia del capitalismo a instituir juegos de suma cero, que le quitan a la naturaleza, el poder público y la reproducción social para darle a la producción.

Más importante aun, debemos invertir las prioridades vigentes hoy en día respecto de esos ámbitos. Mientras las sociedades capitalistas subordinan los imperativos de la reproducción social, política y ecológica a los de la producción de mercancías, siempre orientada a la acumulación, las socialistas deben invertir ese estado de cosas: necesitan instalar el cuidado de las personas, la salvaguarda de la naturaleza y el autogobierno democrático como prioridades máximas de la sociedad, por encima de la eficiencia y el crecimiento. En rigor, el socialismo debe traer a un rotundo primer plano esas cuestiones que el capital relega a un segundo plano del cual reniega.

Por último, un socialismo para el siglo XXI tiene que democratizar el proceso de diseño institucional, lo que significa convertir el diseño y el alcance de los ámbitos sociales en una cuestión política. En pocas palabras, lo que el capitalismo decidió en lugar de nosotros a nuestras espaldas ahora debe ser decidido por nosotros mediante un proceso colectivo y democrático de toma de decisiones. Así, deberíamos involucrarnos en lo que los juristas denominan "rediseño de ámbitos": volver a trazar las fronteras que demarcan esas áreas sociales y decidir qué incluir en ellas.[108] Ese proceso puede considerarse

“metapolítico”, lo que equivale a decir que impulsa procesos políticos (de segundo orden) de rediseño de ámbitos para constituir espacios políticos (de primer orden) democráticamente.[109] Aquí, en efecto, somos nosotros quienes decidimos políticamente qué cuestiones se encararán de esa manera y en qué ámbitos políticos.

Sin embargo, para que sea genuinamente democrático, el rediseño socialista de ámbitos debe ser justo. Parte de lo que esto significa es claro. En primer lugar, la toma de decisiones ha de ser debidamente inclusiva: en relación con cualquier tema que esté en consideración, todos los afectados deben tener derecho a participar.[110]Además, la participación debe ser en términos de igualdad; la democracia requiere paridad en esa participación y, por lo tanto, es incompatible con la dominación estructural.[111]

Con todo, también hay otra idea menos conocida que debe guiar el proceso: llamémosla “pague lo que consume”. Rechazando todas las formas posibles de aprovechamiento parasitario y de la llamada “acumulación primitiva”, el socialismo del siglo XXI debe garantizar la sostenibilidad de todas aquellas condiciones de producción que el capitalismo ha vandalizado despiadadamente. En otras palabras: una sociedad socialista debe hacerse cargo de reponer, reparar o reemplazar toda la riqueza que consume en la producción y la reproducción. En primer lugar, debe reponer el trabajo que produce valores de uso (incluido el trabajo de cuidado que sostiene a las personas), así como el trabajo que produce mercancías. Además, debe reemplazar toda la riqueza que toma de “el exterior”, tanto de pueblos y sociedades periféricos como de la naturaleza no humana. Por último, debe reponer las capacidades políticas y los bienes públicos de los cuales se sirve para satisfacer otras necesidades. En suma, no debe existir el aprovechamiento parasitario del tipo que el capitalismo incentiva y desconoce en forma simultánea. Esta es una condición sine qua non para superar la injusticia intergeneracional endémica en la sociedad capitalista. Un socialismo para el siglo XXI solo logrará desmantelar las múltiples tendencias a la crisis y las irracionalidades del capitalismo si respeta esta condición.

Lo dicho me lleva a un segundo conjunto de reflexiones, vinculadas con la clásica cuestión socialista del excedente. El excedente es la fuente de riqueza, si la hubiera, que una sociedad genera en forma colectiva más allá de lo que necesita para reproducirse en su nivel y en su forma actuales. En las sociedades capitalistas, como ya señalé, el excedente se considera propiedad privada de la clase capitalista, y lo manejan sus propietarios, a quienes el sistema compele a reinvertirlo, en la esperanza de producir más y más aun, sin límite. Como también

se vio, esto es a la vez injusto y desestabilizante.

Una sociedad socialista debe democratizar el control del excedente social. Debe asignarlo en forma democrática mediante la toma de decisiones colectiva sobre las capacidades y recursos excedentes, así como cuánta capacidad excedente desea producir en el futuro y si, dado el calentamiento global, desea producir excedente. El socialismo debe desinstitucionalizar el imperativo del crecimiento inscripto en la sociedad capitalista. Lo dicho no significa, como sostienen ahora algunos ecologistas, que debemos institucionalizar el decrecimiento como un contraimperativo igualmente inscripto en la sociedad, sino que debemos transformar la cuestión del crecimiento (cuánto, si lo hubiera; de qué tipo, cómo y dónde) en una cuestión política que decidir mediante una reflexión multidimensional que cuente con el aporte de la ciencia del clima. En rigor, un socialismo para el siglo XXI debe tratar todas las cuestiones de esa índole como cuestiones políticas, sujetas a la resolución democrática.

También es posible pensar el excedente como tiempo: tiempo que resta después del trabajo necesario para satisfacer nuestras necesidades y reponer lo que hemos consumido; por tanto, tiempo que podría ser tiempo libre. Esta posibilidad ha sido un pivote central en todas las concepciones clásicas de la libertad socialista, incluida la de Marx. En las etapas iniciales del socialismo, sin embargo, es poco probable que el tiempo libre sea una posibilidad cercana. El motivo radica en la inmensa factura pendiente que la sociedad socialista heredaría del capitalismo. Si bien el capitalismo se enorgullece de su productividad, y a pesar de que el propio Marx lo consideraba una auténtica máquina de producción de excedente, tengo serias dudas al respecto. El problema es que, para calcular el excedente, Marx se basaba exclusivamente en el tiempo de trabajo no compensado que el capital toma de los trabajadores asalariados después de que estos producen suficiente valor para cubrir sus propios costos de vida. En cambio, no prestaba mucha atención a los diversos obsequios gratuitos o a bajo precio que el capital expropia, y de los cuales se apropia, y menos aún a la falta de cobertura de sus costos de reproducción. ¿Qué pasaría si en el cálculo incluyéramos esos costos? ¿Qué habría ocurrido si el capital hubiera tenido que pagar por el trabajo reproductivo gratuito, la reparación y reposición ecológica, la riqueza expropiada a los pueblos racializados, los bienes públicos? ¿Cuánto excedente habría producido en realidad? Estamos, por supuesto, ante una pregunta retórica. No está claro cuál sería exactamente el modo de abordarla para intentar responderla. Sin embargo, sí es claro que una sociedad socialista heredaría una pesada factura por siglos de costos impagos.

También heredaría una gravosa factura por enormes cantidades de necesidades humanas no satisfechas en el mundo entero: necesidades de atención de la salud, vivienda, alimento nutritivo (y sabroso), educación, transporte, etc. Tampoco estas deberían ser consideradas inversiones excedentes, sino cuestiones de absoluta necesidad. Lo mismo se aplica a la apremiante e inmensa tarea de descarbonizar la economía mundial, tarea que de ningún modo es optativa. Por lo general, la pregunta respecto de qué es necesario y qué es excedente adopta un aspecto diferente a la luz de nuestras concepciones ampliadas del capitalismo y el socialismo.

Y lo dicho también es válido acerca de un tercer topos fundamental en la teoría social: el rol de los mercados en una sociedad socialista. Al respecto, las implicaciones de la concepción del capitalismo caníbal pueden condensarse en una fórmula simple: sin mercados en la cima, sin mercados en la base, pero tal vez con algunos mercados en el medio. Permítaseme explicarlo.

Cuando hablo de “la cima”, me refiero al nivel de la asignación del excedente social. En el supuesto de que haya un excedente social para asignar, se lo debe considerar riqueza colectiva de la sociedad en su conjunto. Ninguna persona, empresa o Estado puede adueñarse de él ni tener el derecho a disponer de ese excedente en forma unilateral. Por ser propiedad colectiva, el excedente debe asignarse mediante procesos colectivos de toma de decisiones y planificación, planificación que puede y debe organizarse democráticamente. Los mecanismos de mercado no deben cumplir rol alguno en este nivel. La regla en esta materia es: ni mercados ni propiedad privada en el nivel superior.

Otro tanto se aplica a “la base”, término con el cual refiero al nivel de las necesidades básicas: vivienda, vestimenta, alimento, educación, atención de la salud, transporte, comunicación, energía, ocio, agua potable y aire respirable. Desde luego, no es posible especificar de una vez y para siempre qué se considera exactamente necesidad básica y qué se requiere exactamente para satisfacerla. También este es un tema que debe ser sometido al debate, la disputa y la toma de decisiones democrática. Sin embargo, sea lo que fuere que se decida, se lo debe proveer como una cuestión de derecho, no sobre la base de la capacidad de pago. Por consiguiente, los valores de uso que producimos para satisfacer esas necesidades no pueden ser mercancías, sino que deben ser, en cambio, bienes públicos. Y, a propósito, lo dicho pone de manifiesto una desventaja clave de las propuestas de un salario básico universal (o incondicional), que supone pagarles a las personas en efectivo para que adquieran

elementos que satisfagan sus necesidades básicas y de ese modo tratar las satisfacciones de las necesidades básicas como mercancías. Una sociedad socialista debe tratar esas satisfacciones como bienes públicos: no debe haber mercados en la base.

Entonces, sin mercados en la base ni en la cima. ¿Y qué ocurre en el medio? El socialismo debería imaginar el medio como un espacio para la experimentación con una combinación de posibilidades diversas: un espacio donde los mercados pudieran encontrar un sitio, junto con las cooperativas, las tierras compartidas, las asociaciones autoorganizadas y los proyectos de autogestión. Muchas de las objeciones tradicionales del socialismo a los mercados se disolverían o disminuirían en el contexto que concibo aquí, ya que su operación no alimentaría (ni se vería distorsionada por) la dinámica de la acumulación de capital y la apropiación privada del excedente social. Una vez que la cima y la base se socializan y desmercantilizan, la función y el rol de los mercados en el medio se transforma. Esa proposición parece bastante clara, aunque por ahora no es posible especificar cómo sería esa transformación.

Muchas incertidumbres de esa índole exigen reflexión y clarificación por parte de quienes buscan desarrollar una concepción ampliada del socialismo para el siglo XXI. El enfoque que bosquejo aquí es parcial y preliminar. Solo abarca un subconjunto de las cuestiones más apremiantes y relevantes, y lo hace de un modo decididamente exploratorio. Sin embargo, espero haber demostrado los méritos de este modo de abordar la pregunta respecto de qué debería significar hoy en día el socialismo. Uno de esos méritos es la perspectiva de superar el economicismo de las concepciones heredadas. Otro es la oportunidad de mostrar la relevancia del socialismo en relación con una amplia gama de preocupaciones actuales, más allá de las que constituyen el foco de los movimientos obreros tradicionales: a saber, la reproducción social, el racismo estructural, el imperialismo, la desdemocratización y el calentamiento global. Y todavía una tercera ventaja es la capacidad de arrojar nueva luz sobre algunos topoi clásicos del pensamiento socialista, entre ellos las fronteras institucionales, el excedente social y el rol de los mercados.

Más allá de todo eso, espero haber demostrado algo mucho más sencillo, pero de todos modos más importante: que bien vale la pena llevar adelante el proyecto socialista en el siglo XXI; que, lejos de ser una mera palabra de moda o una reliquia histórica, “socialismo” debe pasar a ser el nombre de una alternativa genuina al sistema que hoy en día destruye el planeta y frustra nuestras probabilidades de vivir bien, con libertad y en democracia.

[107] Si el resurgimiento del interés en el socialismo es, en gran medida, un fenómeno estadounidense, probablemente se deba a que la palabra tuvo aquí tan escasa circulación durante las últimas décadas que eludió su asociación con el neoliberalismo, asociación que le quitó lustre en el resto del mundo. En Europa, sobre todo, los partidos socialistas desempeñaron un papel fundamental en la consolidación de la política neoliberal, lo cual dotó de mala fama al término, en especial entre los jóvenes activistas. En los Estados Unidos, en cambio, el sentimiento antisocialista no nace de los opositores de izquierda al neoliberalismo sino de las fuerzas de derecha que reciclan los tropos de la Guerra Fría. La postura "vieja escuela" de estos últimos puede, en realidad, intensificar el atractivo del término para la militancia joven e incluso infundirle un prestigio especial.

[108] Mariana Prandini Assis, Boundaries, Scales and Binaries of Women's Human Rights. An Examination of Feminist Confrontations in the Transnational Legal Sphere, tesis doctoral, The New School for Social Research, 2019.

[109] Nancy Fraser, Reframing Justice. The 2004 Spinoza Lectures, Ámsterdam, Van Gorcum, 2005; y "Reframing Justice in a Globalizing World", New Left Review, vol. 36, noviembre-diciembre de 2005, pp. 69-88.

[110] Véase un análisis más completo de este tema en Nancy Fraser, "Reframing Justice", cit., y "Publicity, Subjection, Critique: A Reply to My Critics", en Kate Nash (ed.), Transnationalizing the Public Sphere, Malden, Massachusetts, Polity, 2014.

[111] En relación con la paridad de participación y la incompatibilidad entre democracia y dominación, véase Nancy Fraser y Axel Honneth, Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange, Londres, Verso, 2003 [ed. cast.: ¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico, Madrid, Morata, 2006].

Epílogo

Macrófago: por qué el covid demostró ser una orgía del capitalismo caníbal

Macrófago: sust. Usado ante todo en inmunología; literalmente: “gran comedor”, del griego μακρός (makrós, “grande”) y φαγεῖν (phaguéin, “comer”).

Escribí la mayor parte de este libro antes del inicio del brote de covid-19. Durante esos años anteriores a la pandemia, mientras desarrollaba la concepción ampliada del capitalismo, me centré en elaborar la noción de las diversas “moradas ocultas” que posibilitan la acumulación de capital en la economía oficial. El resultado, que está ante ustedes, consiste en un conjunto de capítulos; cada uno toma en consideración una de esas precondiciones necesarias y sin embargo no reconocidas: expropiación racializada y reproducción social, ecología de la tierra y poder político. En cada caso, busqué revelar el carácter contradictorio y propenso a las crisis de un orden social estructuralmente programado para canibalizar las bases mismas de su propia existencia: devorar el trabajo de cuidado y engullir la naturaleza, eviscerar el poder público y tragar la riqueza de poblaciones racializadas. En cada caso, asimismo, indiqué que ninguno de esos frenesíes alimentarios sucede monológicamente, aislado del resto; por el contrario, todos están entrelazados en la crisis devoradora que habitamos hoy.

De esos entrelazamientos, la irrupción del covid-19 ofrece una demostración de manual. En este momento, mientras escribo, en abril de 2022, la pandemia se presenta como el punto donde convergen todas las contradicciones del capitalismo: es allí donde la canibalización de la naturaleza y del cuidado, de la capacidad política y de las poblaciones periferizadas se combinan en un atracón letal. Verdadera orgía de disfunción capitalista, más allá de toda duda el covid-19 establece la necesidad de abolir este sistema social de una vez y para siempre.

Para entender por qué, pensemos en la naturaleza. No fue otra cosa que la canibalización por parte del capital de ese soporte vital de su propia existencia (y de la nuestra) lo que expuso a los seres humanos al SARS-CoV-2. Alojado durante largo tiempo en murciélagos refugiados en cuevas remotas, el virus que provoca el covid-19 dio el salto zoonótico a los seres humanos en 2019; el vector fue alguna especie de puente todavía no identificada, posiblemente los pangolines. Pero lo que puso a los murciélagos en contacto con ese intermediario, y a este con nosotros, sí está claro: los efectos combinados del calentamiento global, por un lado, y la deforestación tropical, por el otro. Lo que también está claro es que esos dos procesos son progenie del capital, siempre impulsado por su insaciable ansia de lucro. Esos procesos conjugados desventraron los hábitats de innumerables especies y pusieron en marcha migraciones masivas, crearon nuevas proximidades entre organismos antes alejados y ahora en conflicto, y promovieron nuevas transferencias de patógenos entre ellos. Dicha dinámica ya precipitó en el pasado una serie de epidemias virales, todas ellas transferidas de murciélagos a seres humanos a través de un "huésped amplificador": el vih a través de los chimpancés, el Nipah a través de los cerdos, el SARS a través de las civetas, el MERS a través de los camellos y ahora el covid-19, como vimos, posiblemente a través de los pangolines. Y con certeza vendrán más. Esas epidemias son subproductos no accidentales de un orden social que pone a la naturaleza a merced del capital. Con incentivos para apropiarse de la riqueza biofísica lo más rápido y al más bajo costo que sea posible, sin responsabilidad alguna por su reparación o reposición, quienes se dedican a acumular ganancias diezman las selvas subtropicales y bombardean la atmósfera con gases de efecto invernadero. Decididos a acumular a cualquier costo en todas las épocas, pero fuertemente empoderados por el neoliberalismo, han precipitado una sucesión de plagas letales cada día más acelerada.

Los efectos del covid en los seres humanos serían espantosos en cualquier circunstancia. Sin embargo, se han visto incalculablemente agravados por otra vertiente de la crisis actual, arraigada en otra contradicción estructural de la sociedad capitalista también agudizada en extremo en la era neoliberal: después de todo, lo que el capital canibalizó en este período no fue "solo" la naturaleza, sino también el poder público. Ese también es un ingrediente esencial de su dieta, consumido con avidez en todas las etapas del desarrollo del sistema, pero devorado con especial ferocidad en los últimos cuarenta años. Y he ahí el problema. Las capacidades políticas de las cuales se atiborró hasta el hartazgo el capital financiarizado son, precisamente, las que podrían haber mitigado la pandemia. Sin embargo, no tuvimos esa

suerte. Mucho tiempo antes del estallido de la pandemia, la mayoría de los Estados cedieron ante las exigencias de “los mercados” y recortaron el gasto social, incluido el destinado a infraestructura de salud pública e investigación básica. Con algunas excepciones (Cuba, por ejemplo), redujeron sus dotaciones de equipos indispensables para salvar vidas (equipos de protección para el personal médico y paramédico, respiradores, jeringas, medicamentos y kits de análisis), vaciaron sus capacidades diagnósticas (testeo, rastreo, modelado y secuenciación genética) y recortaron las capacidades de coordinación y tratamiento (hospitales públicos, unidades de terapia intensiva, e instalaciones para la producción, el almacenamiento y la distribución de vacunas). Tras destripar la infraestructura pública, nuestros gobernantes transfirieron las funciones vitales de atención de la salud a proveedores externos, aseguradoras de salud, laboratorios farmacéuticos y fabricantes con fines de lucro. Esas empresas constitutivamente indiferentes al interés público, que no les significa restricción alguna, controlan hoy la mayor parte de todo lo vinculado al cuidado de la salud mundial: fuerzas laborales y materias primas, maquinarias y plantas de producción, cadenas de suministro y propiedad intelectual, institutos de investigación e investigadores que en conjunto determinan nuestros destinos individuales y colectivos. Consagradas a la preservación de sus flujos de ganancias, constituyen una force majeure privada que bloquea la acción pública concertada en beneficio de la humanidad. Los efectos son trágicos, aunque no sorprendentes. Un sistema social que somete las cuestiones de vida y muerte a “la ley del valor” estaba estructuralmente configurado desde su inicio para dejar a multitudes incalculables de personas abandonadas ante el covid-19.

Sin embargo, eso no es todo. El derrumbe de sistemas públicos ya debilitados convergió con otra contradicción estructural de la sociedad capitalista, centrada en la reproducción social. El trabajo de cuidado –desde siempre un alimento de primera necesidad para el capital– fue engullido con voracidad en estos años. El régimen que dejó de invertir en la infraestructura del cuidado público también debilitó sindicatos y bajó salarios; como resultado, obligó al incremento de horas de trabajo remunerado por hogar, necesidad que incluyó a los cuidadores primarios. Al descargar el trabajo de cuidado en las familias y comunidades mientras vaciaba las energías necesarias para llevarlo a cabo, el neoliberalismo convirtió la tendencia a desestabilizar la reproducción social inherente al capital en una crisis aguda de cuidado. El advenimiento del covid intensificó esta vertiente de la crisis al descargar nuevas y pesadas tareas de cuidado en las familias y las comunidades, en especial en las mujeres, que siguen realizando la

mayor parte del trabajo de cuidado no remunerado. Durante el confinamiento por la pandemia, el cuidado de los niños y la escolaridad se desplazaron a los hogares; fueron las madres y los padres quienes debieron asumir esa carga, sumada a otras, en espacios domésticos limitados no aptos para esos fines. Muchas mujeres trabajadoras terminaron por abandonar sus empleos para cuidar a sus hijos y otros familiares, mientras que muchas otras fueron despedidas por sus empleadores. Ambos grupos enfrentarán pérdidas importantes, tanto en lo relativo a sus empleos como a sus salarios, en caso de que vuelvan a sumarse a la fuerza de trabajo. Un tercer grupo, que tuvo el privilegio de conservar sus puestos y trabajar en forma remota mientras desempeñaba labores de cuidado, entre ellas la atención de sus hijos confinados, llevó el multitasking a nuevos niveles de delirio. Un cuarto grupo, no delimitado en forma estricta por el género, es portador del título honorífico de "trabajadores esenciales", pese a lo cual fue remunerado de modo miserable y tratado como si fuera prescindible. Este grupo se vio obligado a enfrentar a diario la amenaza de infección, junto con el temor de llevarla a sus hogares, para producir y distribuir los elementos que permitieron permanecer aislado al resto de la población. En cada uno de estos casos, el trabajo de la reproducción social, hoy en día incrementado por la pandemia, recayó mayoritariamente sobre las mujeres, como ocurrió en todas las etapas de la historia del capitalismo. Sin embargo, qué mujer termine en cuál categoría depende de su clase y su color.

Después de todo, el racismo estructural ha sido central en todas las etapas de desarrollo del sistema y la actual no es una excepción a la regla. Contra lo sostenido por las posturas de izquierda ortodoxas, la acumulación de capital no se limita a explotar el trabajo asalariado (doblemente) libre, sino que también expropia poblaciones dependientes privadas de poder político y derechos justiciables. Esta distinción entre explotación y expropiación se corresponde con la línea de color global. La depredación racial-imperial, una característica intrínseca de la sociedad capitalista, permea todos los aspectos de la crisis actual. En el nivel global, colorea la geografía de la devastación ecológica, ya que el capital sacia su sed de "naturaleza barata" incautando tierras, energía y riqueza mineral de poblaciones racializadas. Privadas de medios de autodefensa y sometidas a la conquista, la esclavitud, el genocidio y la desposesión, esas poblaciones soportan una proporción injusta de la carga ecológica mundial. En situación de vulnerabilidad desproporcionada frente a los vertidos tóxicos, los "desastres naturales" y los múltiples impactos letales del calentamiento global, actualmente están además en último lugar en la fila para recibir vacunas y tratamientos.

En el nivel nacional, mientras tanto, el color modula las vertientes política y sociorreproductiva de la crisis. A poblaciones racializadas de numerosos países se les ha negado el acceso a condiciones que promueven la salud: atención médica asequible y de calidad, agua potable, alimentos nutritivos, condiciones laborales y de vida seguras. No causa sorpresa que sus integrantes hayan sido víctimas del covid en cantidades desproporcionadas, en lo que respecta a cantidad de casos tanto como de muertes. Apenas puede resultar un misterio que los motivos de esos resultados sean la pobreza y la calidad inferior de atención de la salud; las condiciones médicas preexistentes vinculadas al estrés, la desnutrición y la exposición a toxinas; la sobrerrepresentación en trabajos en primera línea que no pueden desempeñarse "a distancia"; la falta de recursos que les permitirían rechazar trabajos no seguros; las viviendas y condiciones de vida deficientes que impiden el distanciamiento social y facilitan la transmisión; y el menor acceso a tratamientos y vacunas. En conjunto, estas condiciones ampliaron el significado del eslogan "Las vidas negras importan", que, en interacción con su referencia original a la violencia policial, ayudó a avivar las protestas masivas de mayo y junio de 2020 tras la muerte de George Floyd a manos de la policía de Mineápolis.

El color, además, está profundamente entrelazado con la clase: en el sistema capitalista en general y en el actual período en particular. En rigor, los dos son inseparables, como lo demuestra la categoría "trabajador esencial". Si no consideramos a los profesionales del ámbito de la medicina, esa designación cubre a los trabajadores agrícolas migrantes, los trabajadores inmigrantes de mataderos y plantas de envasado de productos cárnicos, los operarios de almacenes de Amazon, los conductores de UPS, los auxiliares en residencias geriátricas, el personal de limpieza de hospitales, los repositores y cajeros de supermercados, y los trabajadores de plataforma que reparten productos de almacén y comidas. Estos trabajos, especialmente peligrosos en tiempos de pandemia, son en su mayoría mal remunerados, no están sindicalizados, son precarios y carecen de beneficios y protecciones laborales. Sujetos a supervisión y control intrusivos, ofrecen escasa autonomía o perspectivas de progreso y adquisición de nuevas habilidades. También son desempeñados, en forma desproporcionada, por mujeres y personas de color. En conjunto, hoy en día estos puestos de trabajo y quienes los desempeñan representan la cara de la clase trabajadora en el capitalismo financiarizado. Esa clase, ya no personificada en la figura del minero, el operario fabril y el trabajador de la construcción de color blanco, ahora está integrada paradigmáticamente por

trabajadores del sector de los cuidados, trabajadores de plataforma y trabajadores de servicios de baja remuneración. Con remuneraciones inferiores a los costos de su reproducción (cuando recibe algún tipo de pago), la clase trabajadora es expropiada y explotada a un mismo tiempo. El covid también expuso a la luz ese sucio secreto. Al yuxtaponer el carácter "esencial" del trabajo de esa clase a su subvaluación sistemática por parte del capital, la pandemia dio testimonio de otro defecto crucial de la sociedad capitalista: la incapacidad de los mercados en el ámbito laboral para hacer un cálculo acertado del valor real del trabajo.

En líneas generales, el covid fue una verdadera orgía de irracionalidad e injusticia capitalista. Al intensificar hasta el límite los defectos inherentes del sistema, hizo brillar un rayo de luz penetrante sobre todas las moradas ocultas de nuestra sociedad. Arrastrándolas desde las sombras y exponiéndolas a la luz del día, la pandemia reveló las contradicciones estructurales del capitalismo ante la vista de todos: el impulso inherente al capital de canibalizar la naturaleza, hasta llegar al borde de la conflagración planetaria; a desviar nuestras capacidades del trabajo esencial de la reproducción social; a vaciar el poder público en grado tal que ya no puede solucionar los problemas generados por el sistema; a alimentarse de la cada vez menores riqueza y salud de los pueblos racializados; a explotar y además expropiar a la clase trabajadora. No podríamos pedir una mejor lección en materia de teoría social. Sin embargo, ahora viene la parte difícil: aplicar esa lección a la práctica social. Es hora de descubrir el modo de matar de hambre a la bestia y poner fin, de una vez y para siempre, al capitalismo caníbal.